

PRIMERA PARTE
DIARIO DEL REGRESO
CELINO GRACIA





Serie diarios

© Celino Gracia, 2022
© Fotografía portada: Greg Sand
© Diseño portada: Jennifer Játiva

Primera edición: noviembre 2022
Segunda edición: junio 2023

Depósito legal: TE 162-2022
ISBN: 978-84-09-45878-3

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor.

Salvo que sea por un buen motivo.

Diario del regreso

Primera parte



Celino Gracia

*El poeta no es una piedra perdida.
Tiene dos obligaciones sagradas:
partir y regresar.*

PABLO NERUDA

I

Ir tirando del lenguaje, del idioma, para deshilar con él el ovillo del pensamiento. Visitar sus avenidas más sinceras, sus cataratas de luz. Coquetear con la palabra más doliente, merecer el noviembre de las cosas. Darle al azul su cualidad de azul.

Buscar en cada fiebre el calor íntimo, callado, solitario de la siguiente sílaba. La alegría es un botón, la belleza una niña que al pronunciarla llora. Y tantas palabras fueron adiós, y tantas palabras seda, y tantas palabras...

Si se enfada conmigo un adjetivo, qué tristeza.

Jugar a la pronunciación exacta de las cosas. Levantar una escuela de silencio y dejarla florecer de espantos. Vigilar los nidos del idioma y tener paciencia de siglos. Adornar la rosa solamente hasta que sea rosa.

Besar el lingote de oro de lo que aún no existe. No mancharlo. Dejarlo nacer sedimentariamente, humanamente, culpablemente. Como nace todo oro. Ir tirando del lenguaje, del idioma. Pronunciar con claridad de paloma las palabras más sencillas. Y puede que esas palabras, una vez pronunciadas, nos digan lo que estábamos pensando.

Por la mañana escribo en mi cuarto, sentado en la cama y apoyado en una mesita vieja, senil, cascada.

Habitación pequeña y oscura, limitación que me impongo para que el corazón no se desperdigue tanto. Existe una naturalidad poderosa, esencial, en esas primeras horas de la mañana, un perfecto bautismo de las cosas, una reciente luz sobre las palabras. Siempre he consistido más en esa claridad primera del día que en la escritura bohemia, canalla y torrencial de la noche. Siempre han sido mis horas lúcidas las del despertar solitario, y por eso las protejo tanto: de interrupciones telefónicas, de presencias reales, de tentaciones febriles.

Las tardes son de lectura a pleno sol. Como quien ha tenido su alma apretada entre dos sombras, salgo a la terraza para que ella pueda volver a correr, niña despeinada, por el arrabal del mundo. Que toque los horizontes, los campos, la rendición aldeana del agua en cada acequia. Movimiento de expansión/contracción para que el sentir no petrifique, para que la quietud no devenga en contemplación solamente, para que la soledad no sea una tumba sino una vocación positiva, creadora.

Leo mientras camino, recorro de un flanco a otro la terraza cada vez sobre una línea, sobre un párrafo distinto. Como la rueda de Penélope, eternidad consentida.

Así se parten mis días, así parcelo el tiempo. Mañanas para oír la música de lo que nace en la cuartilla y tardes de acatamiento de lo que ya está dicho: libros que ya recordaba mucho antes de leerlos.

Es complicada la sencillez de cada día, el dulce triunfo de poseer el tiempo propio. Costó llegar. Duró la

lucha. Y era cierto que el comienzo de cualquier tarea humana, literaria o no, consiste sólo en su fuerza acumulada, en su primer impulso. El talento se perfecciona con el tiempo, la belleza se apura trazo a trazo, el pensamiento se vuelve azucarado racimo a cierta edad. Pero el primer impulso de la creación, esa delimitación del espacio en que luego uno forjará su carácter hasta levantarlo como estatua de sí mismo... eso, o es vocación violenta, o no es nada.

Fui a visitar a un amigo, un luthier. Me abrió las puertas de su taller de guitarras: maderas infantiles y sublimes como para la cuna de un príncipe; tabloncillos ásperos y de veta basta, como de barco hundido; herramientas con expresión de dolor primario, sano, preciso; brochas para humedecer la madera y poder amaestrarla; lijadoras, medidores de precisión, cuerdas huérfanas; todo el polvo de un siglo en cada estantería y, en algún sitio, un botecito con pegamento de escama que parece comprado en un antiguo mercado persa. Secretos de luthier.

Me va enseñando las maderas. Me habla de la simetría de las vetas, del efecto de espejo que deben tener las dos láminas para que las fuerzas interiores que pugnarán luego en la guitarra sean opuestas y proporcionales. Es, me dice, como si a la guitarra le estuviera naciendo un árbol dentro, un árbol que es la memoria de la madera y que

no detiene nunca su impulso de crecimiento natural. Y hay que asegurarse de que el árbol, con todas sus fuerzas delimitadas, respete su nuevo espacio: la guitarra.

Me habla con ojos de niño y sabiduría de pastor: palabras rápidas que son un idioma lento. Me muestra cada tabla, la acaricia: caoba africana, abeto alemán, cedro color rojizo; el prohibido –pero posible– palosanto de Brasil. Cada madera con sus propiedades únicas, con su carácter inmutable, con su paciencia milenaria hasta llegar a ser canción. Y en cada palabra de mi amigo hay un brillo de vocación tardía y un amor mínimo y puro por su oficio. Acarician sus dedos el polvo y se convierte en serrín. Toca un segundo la madera y ya es cristal.

Ya es tarde cuando llega su esposa. Presentación de rigor, sonrisa amable. Mi amigo hace un papel de doble guía explicándole a ella lo que me está explicando a mí. De vez en cuando su mujer me observa con inquietud de madre que no sabe si su hijo está entreteniendo demasiado a la visita. Me mira y yo devuelvo una sonrisa de cortesía, pero me avergüenzo. Me duele, sin sorprenderme –doble dolor, ay– que esa pasión tan sincera, ese altruismo de la voluntad que es cualquier vocación, ya sólo signifique para ella, al sentirla en su marido, un capricho infantil, un desmayo del tiempo útil, una voluta desprendida del duro hierro del vivir.

Leía hace poco aquello de que las mujeres nos inspiran los más altos logros para luego impedir que los podamos alcanzar. ¿Por qué ella no es capaz de elevarse sobre lo cotidiano para darse cuenta de que su marido

me está mostrando un trozo de madera que a él le parece más hermoso que un desconsolado barco egipcio? ¿Dónde está la esponjosa maternidad de las mujeres cuando se trata de apadrinar un ideal, de dar calor a un sueño, de no malgastar, con el uso, el delicado diamante de las aspiraciones? ¿Quién robó el alfiler que sujetaba el juego inocente, el que no tiene fin ni ganadores, al eterno día castigado de la mujer? Son, en puridad, el paradigma del ser antirromántico.

Y vuelvo a decirlo, me da lástima que mi amigo tenga que luchar, además de contra su propio tiempo y contra su propia vida —necesidades, obligaciones, remuneraciones, créditos, almuerzos y oficinas—, además de contra todo eso, digo, contra la repetición de esas mismas cosas en los ojos de su mujer. Espejo cruel el de la esposa que ve a su marido alzarse y en vez de dar un salto junto a él tira de la cuerda para traer la cometa de nuevo a tierra. A su lado. Preocupación tutelar constante por el niño-hombre, de enfermera atenta e inapelable ante cualquier impulso que le parezca infértil.

La mujer, decíamos, siempre tan real. Siempre guiada por el criterio de utilidad. Siempre disfrazada de saeta o de reproche, guillotina puntual de todo aquello que no pueda tocar, asumir o comprar.

Prefiero no hablar mientras ella esté aquí. Prefiero dejar que se marche a ordenar papeles, pintalabios o cebollas tristes mientras nosotros seguimos hablando de palosantos sagrados y de un ejército soñado de diez mil barcos egipcios.

—¿Por qué escribes?

—Por miedo.

—¿Por miedo a qué?

—A no escribir.

Y así comienza el mundo. Una breve conversación con uno mismo capaz de empequeñecer cualquier duda mundana o filosófica que se nos ponga por delante. Por miedo a no escribir.

Mis primeras letras, mis primeros cuentos, los redacté cuando tenía unos siete años. Por desgracia, no tengo una de esas memorias prodigiosas que pueda ahora contar a qué olía la cocina de mi casa el día que los escribí ni el tacto de aquellas cuartillas. No recuerdo nada de lo que dicen esos cuentos, aunque creo que mi madre los conserva.

Lo que sí puedo contar es que aquellos primeros textos aparecieron simplemente por una necesidad mecánica, recreativa, puramente infantil, y no como prisma catalizador de ninguna inquietud íntima. Lo sé porque mis primeras aproximaciones líricas —que fueron a esa edad, aunque luego desaparecerían hasta muchos años más tarde— siempre traté de corporeizarlas, de materializarlas, en forma de dibujo y no literariamente.

Llamo aproximaciones líricas a esos viajes en el asiento de atrás del coche en que los árboles que pasaban por la ventanilla eran *algo más* que árboles y en que las

nubes que se veían en el cielo eran *algo distinto* de una nube. Y al llegar a casa pintaba, pintaba feo y a lápiz, con atención minuciosa y mala memoria, paciente como un pescador, ese algo que yo había visto y que no era ni árbol ni nube. Por supuesto, si alguien encontrara hoy esos dibujos sólo vería árboles y nubes. Faltaba mucho para que fuera yo capaz, no ya de presentir lo sutil, sino de poseerlo y poderlo expresar.

Y es que la vida –la infancia– tiró por otros derroteros. Quizás la ausencia de un referente cercano que hubiera podido guiarme hacia esos mundos, quizás la fuerza de otras pasiones... En todo el período desde esos primeros años hasta la conclusión de mis estudios, sólo algunos poemas –tareas escolares– en que vi que era capaz de rimar llanto con espanto y tentación con melancolía.

En cuanto al dibujo, pronto me di cuenta de que podía ser más preciso describiendo un botón –mínimo, asustado, interrogante como un ojo– que tratándolo de pintar.

Volvieron mis inquietudes, tiempo adelante, de la mano de una guitarra. Y había tardado tanto, ya digo, en recuperar esa pulsión íntima, ese querer decir las cosas, que cuando por fin se me puso delante tenía ya dureza de vocación, peso de promesa, violencia de hambres atrasadas.

Parecía, y es una sensación que sigo teniendo a día de hoy, que había comenzado mi viaje con siglos de retraso, que debía desbaratar cuando antes mi viejo

andamiaje interior, que a mis veinte años el tiempo que tenía por delante ya era poco tiempo. Seriedad íntima, herrería silenciosa del que quiere forjarse a sí mismo, crueldad consentida.

Y al mar zarpé mis barcos, mis queridos marineros invisibles. Un librito de poemas sin publicar —del que he rescatado alguno para este diario—, los primeros acordes, la primera canción.

Marché a tierras del norte —luego se contará por lo menudo— sin otro compromiso que el de volver un día siendo el hombre que debía ser, con más certidumbre en la mirada y mayor precisión en el decir. Me emborraché de libros y de soledad, me hice extranjero de todo menos de mí mismo. Quise desbrozar mis pozos interiores, enfrentarme a mis dudas planetarias. Y no fui feliz ni desdichado, fui un deber cotidiano para mí mismo. Qué hermosa tarea la de ser tu propio canto y tu propio juez, qué norte presentido tan adentro, qué centímetro de luz ganaba cada día.

Es parecido al enamoramiento ese primer encuentro con uno mismo. No necesitaba nada más. Vivía. Paseaba las calles de Londres sin un amigo, sin un contrato, sin un amor. Tenía alquilada una habitación encima de una tienda de antigüedades. Me atendía una casera amable, maternal y polaca. Leía mucho y dormía bien. Un colchón en el suelo y un escritorio de madera. Seis metros cuadrados de buhardilla fueron el palacio por cuyos pasillos corría salvaje mi felicidad más pura, la que no es felicidad, sino compromiso inevitable.

Y si pasaron los años debió de ser por algún tipo de compromiso burocrático, porque el mundo necesitaba seguir avanzando, tener un argumento, un algo. Porque para mí había pasado sólo un segundo el día en que al volver a mi buhardilla y ver por el suelo los libros de Byron, de George Steiner, de Dylan Thomas, me sentí, por primera vez desde que me fuera, lejos de mi patria y, sobre todo, de mi idioma. Y pensé en volver.

Empezaba a intuir, aunque aún no lo entendiera, aquella nerudiana verdad de que el poeta no es una piedra perdida. Tiene dos obligaciones sagradas: partir y regresar.

Aunque este librito respete la estructura íntima de un diario, y hable como tal, con su mismo gesto y seña, sé desde el principio que en mis días hay bien poco que contar. Pocos viajes, pocas experiencias, apenas ninguna batalla que ganar o perder. Pero no me inquieta demasiado. Sé igualmente que cuando un árbol no puede tender sus ramas amorosamente al sol, acaba encontrando lo que buscaba profundizando con sus raíces en la tierra.

Así que comienzo este pequeño proyecto avisado de que se trata más de un recorrido hacia mi centro que de una narración del acontecimiento puntual, municipal, de cada día. Y quizás aquí aparezcan ya un par de peli-gros a considerar.

Primero lo primero: la comprensión. El hecho de ahondar en uno mismo conlleva siempre el riesgo de hermetizar demasiado el lenguaje —y hasta los temas— que uno quiere compartir. Así de sencillo.

Pero ese mismo problema, elevado a categoría literaria, supone ya tener que tomar partido, casi a cada frase, bien por la idea cierta y desnuda, bien por la escritura de filigrana, adorno y barroquismo. Me explico: cuando se es joven, en lo que se refiere a literatura el estilo florido, encalabritado, personalísimo, es casi la única opción viable. Lo es porque una íntima sabiduría —que no tiene por qué ser consciente— nos dice que nuestra corta experiencia, nuestra poca vida, tiene un escaso valor, si acaso alguno, de enseñanza para los demás. No tenemos lecciones duraderas que mostrar, no hay playas lejanas y únicas en nuestra memoria: no sabemos aún nada. Así que nos defendemos como sólo la juventud se defiende: violentando el estilo, adornando las ideas simples con flores llamativas, quitando comas y puntos, rompiendo las normas clásicas. En resumidas cuentas, convirtiendo el agua clara en remolino oscuro para que, como decía Nietzsche, nadie pueda advertir la poca profundidad del estanque de nuestra alma.

Sólo unos pocos se han salvado de esta trampa, mentes precoces. Hombres que ya eran pozos profundos antes de nacer. Los demás —y cuanto más serios en la vocación literaria, más duramente— todos hemos pasado esas fiebres de adolescencia. Pero llega el momento en que resulta que sí, que ya tienes algo que contar a los

demás, y a partir de ese día lúcido, transversal, debes siempre tomar partido: seguir ahondando en esa escritura privada con la esperanza de que al final del túnel haya otra vez luz, o mirar hacia afuera y volver a la sencillez primitiva de la creación: idea, sujeto y predicado.

(Ay, y en qué trampa he caído. Yo queriendo hablar de cosas útiles y aquí estoy teorizando. ¡Que nadie me tome en serio!)

Decía Borges que el barroco es una especie de deformación, que la escritura debe hacerse con las palabras del día a día. Que si el cielo es azul, nadie diga azulino. Y entiendo a qué se refiere, pero lo entiendo como mensaje a la juventud creadora, a sus excesos: volved al agua transparente, a la idea clara. No empañéis el cristal de vuestra literatura. Asumo el consejo como tal, digo, y no como dogma ni como mandamiento y resumen de validez. El último que consentiría hacer de su opinión una tabla de la ley sería el propio Borges.

Son inmensas las playas del idioma, y quién hay que no crea hermoso encontrar, entre la ola de una idea y la siguiente, el raro erizo de mar de una metáfora o la concha soleada de una palabra inaudita.

Hay violencia en mí. No soy el lago en calma en el que suelen navegar mis días. Y no sé si es porque persigo, logro y protejo esa paz exterior, ese detenimiento del presente, de lo que me rodea, para poder agitar sin

miedo todas mis aguas interiores a mi tiempo y gusto, o si bien esas mareas violentas, provocadas y necesarias son la respuesta a una comodidad cotidiana y vulgar que me oprime y me avergüenza un poco.

Hablaba al comienzo de este diario, o hablaré, de defender siempre las primeras horas de cada jornada, su despertar sutil, porque en ellas estaban presentidas ya todas las esperanzas de luz del nuevo día. Pero es verdad que el poeta, el escritor, nunca descansa. Siempre están las yemas de sus dedos receptivas al erizarse de una idea, al aire de una palabra volandera. Y de la misma forma todo el cuerpo, el alma toda con sus terminaciones nerviosas expuestas, como orquídeas discretamente abiertas al estímulo, a la caricia o al dolor. Sensibilidad. Disponibilidad sensitiva.

Porque igual que una hormiga palpa el mundo y lo anticipa con sus antenas siempre en movimiento, el artista vive exponiendo su soledad creadora a todo tipo de vientos acechantes. Es su forma de amar y esa es su labor: hacer cosecha de las pasiones humanas, masticar el trigo silvestre y fabricar con él un pan que sea ya de todos: un pan, un cuadro, un cuento o una canción. Sentir en su propia piel lo que el conciudadano ocupado y respetable no tiene tiempo de sentir por sí mismo y luego contárselo amable y tercamente.

Digo sentir en la propia piel, pero hay artistas que fueron incluso más allá: se arrancaron esa piel, se hicieron transparentes a sí mismos para poder ser luminosos ante los demás. Quisieron ser la experiencia pura,

el cristal altruista de otras vidas, el andamiaje subacuático y feliz de un mar profundo del que los demás apenas habíamos intuido una espuma, un vaivén: su superficie.

Y perecieron, porque el junco puede doblarse sin partirse, pero el hombre no. El artista lo es porque cruje y sufre y porque su bendición es, irremediablemente, la derrota. Pero una derrota alta, contributiva y constitutiva de algo nuevo, germinadora y sonriente. Que donde hubo barcos bellamente hundidos ya se encargará la fina pero segura arena del tiempo de levantar islas habitables, selvas ingenuamente vírgenes y hasta palacios submarinos de recentísimo coral.

Y acudiremos todos a esa hoguera común, tan nuestra, sin pensar por un momento que fue la dureza mineral de un solo hombre la que hoy celebramos, la que hoy nos alumbra dolorosa y triunfal. Qué mejor destino para un poeta que arder sin ruido y convertirse lentamente en ceniza verdadera.

6 de enero. Día de Reyes. El próximo lunes, comienzo de las grabaciones. Nuevo disco, preparativos: estudio de letras, remiendos de última hora, claquetas, guitarras, notas a pie de página, revisión de partituras para cada músico, un tres cubano, reservar el hotel, fijación de días y horas, orden de las grabaciones, micrófonos, consejos de interpretación, inquietud, trenes para llegar a tiempo, penúltimas dudas, pentagramas

sueltos, exportación de las maquetas, coger el tamborcito por si hace falta, llamadas telefónicas, transcripciones armónicas, cambio de cuerdas, contactar con el técnico y asegurar que hayan afinado el piano, pasar a limpio las anotaciones del cuadernito rojo, memorizar segundas voces, regrabarlas en casa, establecer pautas para cada ri-tardando, etiquetar cada estrofa y hablar del sentido de cada una con el cuarteto de cuerdas, diseñar las plantillas en el estudio copiando los parámetros de las maquetas, sugerir dinámicas interpretativas, disfrutar del trabajo, saber descansar, ir finalizando arreglos, aceptar pequeñas variaciones pero siempre atento a que no haya una sola palabra, una sola frase, que pierda su esencia comunicativa, su latido primero, registrar lo que falte por registrar, últimas firmas, algunas indicaciones melódicas, más guitarras, guardar la voz, dinero en efectivo, previsiones de lluvia, consideraciones generales y detalles importantísimos. En definitiva, todas esas cosas que luego, vistas desde fuera, parecerán solamente una canción.

Porque al final es así: tres minutos entre quien dice algo y quien lo quiere escuchar. Un diálogo monologado que lleva meses preparándose, ejercitándose bajo la dura maquinaria del tiempo, que acabará llevándose unas estrofas y dejando otras, depurando el tema elegido y haciéndose cómplice siempre de lo mismo: lo que dijimos con nuestra voz más propia, sin querer ser otros, sin fingir ser otros.

Y podríamos quizás engañar a alguien haciéndole pensar que sabemos más de lo que en verdad

sabemos. Pero, ¿de qué iba a servir? Nadie aprende nada de lo que otro hombre le dice. Uno aprende sólo de lo que otro hombre es. Y si hay duda en un palabra, que se sienta esa duda; y si hay miedo, que se intuya. Y si hay imperfección o negación o indiferencia, que se vea, que se toque y que se sepa. Porque hombres de talento hay muchos, pero vocaciones generosas que hagan resonar verdaderamente el fondo de arcilla de uno mismo... ay.

Ay.

Empecé este proyecto hace unos meses. Y el disco que de él resulte será no más que una especie de postal, de recuerdo sonoro, peregrinado y mínimo de una realidad mucho más ancha y vital, que es el período biográfico en que luché por él. Se va a llamar *Cuántos violines para decir piano* y es, ya digo, una fotografía parcial, el intento de dibujar la silueta propia contra los movedizos espejos del tiempo. De vivir hincando las palabras.

Hay un pantano cerca de aquí. Es un mar provinciano, pacífico, navegable. Es la sonrisa hidrográfica del paisaje, la sorpresa coralina de estas tierras de salvia y espliego. Es un cielo repetido y un nudo del agua y un domingo feliz. Es una barcaza sorda anclada a su propio desencanto, un Yangtsé amaestrado con las palmitas huecas que dan los niños, en el agua, para salpicarse

unos a otros. Es el embarcadero, la presa y el estanque. Es la playa de los pobres. En verano, quien no tiene piso en la costa, se viene al pantano.

Nadie madruga. Las familias con su torteras, pareos, cansancios y manguitos van poco a poco llegando. Se juntan las madres con las madres, los padres con los amigos y los niños con los peces. Para qué complicar las cosas, si así todo el mundo se entiende.

—¿Eso son barbos o son truchas, papá?

—Eso son peces, hijo.

(Suelen quedarse las familias en la parte de la presa, que es la zona que mejor acceso tiene con el coche. El resto del pantano es para los senderistas mañosos y los pescadores viejos. Lulú y yo siempre decimos que tenemos que ir un día a ver la cola del embalse. Y de tan cerca como la tenemos, nunca vamos.)

Los peces del pantano, iba diciendo, no se asustan de los niños, y como saben de su impaciencia por meterse al agua y que lo hacen sin haberse acabado la merienda, los acechan con amistad y denuedo, boquirredondos de hambre, siempre en busca del salami tierno o del pellizco gordo de pan bimbo.

En la primera cala a la izquierda hay un embarcadero con una docena de patines a pedales. Si uno tiene novia, juventud y ganas, se le alquila una barca y así se tiene una tarde entera de conversación floja y mucho sol de frente, de sustos bajo el agua y cansancios tontos.

—Rema tú, oye.

—No, tú.

Ahora en invierno todo eso no se ve. Hay un silencio oceánico en el pantano y está el agua como mareada de verse tan quieta. Las pocas parejas que se acercan van ya con la hora anochecida y el corazón a todo vapor. Y no salen del coche, claro.

Quedémonos mejor con la imagen soleada y plural, con la alegría azul de los bikinis rojos, con el verano caudal y pedaleado del embalse, con su alboroto feliz y sus navegantes desnavegados.

—Papá, ¿eso es una barca o un patín a pedales?

—Eso es que nos vamos ya.

Y hasta el domingo siguiente.

Las pequeñas luchas: el dolor en los ojos, los problemas de piel, las fiebres desconocidas. No nos van a matar pero hay días en que casi deseáramos que lo hicieran. Son guerras de desgaste contra uno mismo, duelos siempre a la defensiva en que la única victoria posible es la resignación.

El dolor en los ojos apareció primero como una sensibilidad incómoda, trabajosa, a la luz solar. Luego un cansancio en la mirada que parecía timidez, y finalmente una especie de tristeza inamovible, como un montoncito de arena fija en la pupila poniendo distancia entre el mundo y yo. En los peores días, no saber si era dolor o sueño, si fatiga o empeoramiento, y en ocasiones incluso tener que conversar con Lulú, largos ratos, con

los ojos cerrados. Por primera vez, enfrentarme a una limitación constante. Tener que calcular las horas de lectura, programar descansos, ejercitar los músculos oculares. Y qué desconsuelo esas pequeñas enfermedades en que un día estás bien y al siguiente peor sin saber por qué. Los médicos tampoco lo saben, y te mandan gotas y sobres y dietas, y tú haces caso y luego ves que no, que no hay milagro, que el único que puede encontrar algún remedio eres tú: pruebas nuevos hábitos, cambias las bombillas, paseas más, te pones al salir de casa esas gafas de sol que nunca has llevado... Y comienza la verdadera convivencia entre la enfermedad y tú, esa etapa en la que ya se nota una cierta complicidad entre ambos, en que asumes que tu carácter, a partir de ahora, debe incluir a tu nueva compañera.

Creo que una de las grandes ventajas de cualquier tarea solitaria, como lo es la de escritor, es que tienes la posibilidad de conversar con tus enfermedades. Quien vive en la ciudad, madruga, coge el metro, trabaja, ríe, cruza en rojo, visita a un amigo, bosteza y pierde un taxi no tiene tiempo para esas cosas. Para él este dolor mínimo y fluyente es una incomodidad, nada más. Pero aquí, en este cuarto y en esta soledad, es una limitación.

Se tarda en comprender que cualquier limitación, una vez asumida, sea una puerta abierta. Incluso parece que a veces el cuerpo se incendie a sí mismo para provocar un cambio, para hacerte ver algo que no ves. Sabiduría ancestral de los cuerpos; y qué poco, tarde y mal

acudimos a esa hoguera a ver lo que nos dice nuestro buen chamán. No somos conscientes, más que en puntuales ráfagas de lucidez, de que corre por nuestras venas el oro del tiempo, la omnisapiencia de diez mil generaciones, los instintos puros de la especie. Pero hay tanto ruido alrededor, tanto ruido, que no, no lo escuchamos. Por eso el cuerpo nos grita una enfermedad de vez en cuando, como el náufrago dispara una bengala al aire, para que nos rescatemos a nosotros mismos de nuestro propio crimen.

Escuchar nuestras enfermedades, utilizarlas como un prisma en que descomponernos nuevamente en nuestros colores primarios. Ser honestos en nuestro diálogo con ellas.

Decía Nietzsche que sólo hay dos tipos de obras artísticas: las que nacen de un exceso de energía, de una afluencia vital desbordada, y las que son el humano fruto de la debilidad. Por eso antes hablaba yo de la enfermedad, de la limitación, como oportunidad, como presagio. En los días difíciles nuestra lucha nos hará más humildes y profundos, más débiles. ¡Aprovechemos el momento para hacer la obra de la contención, de la incertidumbre, de la *debilidad*! Seamos hijos dolorosos de nuestro estado.

Y ya llegará el momento en que nuestra enfermedad se vuelva generosa en la batalla y reconozca nuestro esfuerzo, nuestras lágrimas. Veréis entonces qué clara es la luz del día, como nunca lo fue. Incluso para estos ojos incendiados será consolador cada rayo de sol.

Y en qué torrente fecundo se convierte cualquier limitación vencida, como un embalse que a fuerza de empujar quebró su presa. ¡Aprovechemos entonces para hacer la obra rápida, *dominadora*, luminosa, de un hombre que asiste a su propia liberación! Gritemos desde lo alto de la montaña con voz recobrada y rugido de león. Digamos que salimos doblemente victoriosos —primero en la derrota, luego en la superación— de esa lucha de la entraña con la entraña, de esta guerra civil desconsolada, de la dulce cópula de la enfermedad con uno mismo.

Quiero que este diario tenga sonido fluvial, alegría correntosa de prosa escrita sin dificultad ni peligro. No quiero pararme a pensar demasiado ni a corregir más que lo imprescindible. Acaba notándose mucho cuando un escritor trata de salvar la pobreza de su escritura con diamantinas verbales cuyo significado no alcanza ni comprende. Se nota porque el lenguaje es honesto. Siempre es honesto. Y pone zancadillas lexicográficas a quien lo utiliza como pedestal en vez de como ofrenda, a quien quiere hacer de él una prenda hinchada y trabajosa. A quien no ha sabido nombrar la rosa sencillamente.

Así que este va a ser un librito rápido, la sombra de un jinete feliz cabalgando la luz de los días. Qué bonito cuando la escritura tiene aroma de conversación

madrugadora, veloz y descomplicada. Se lee fácil lo que se escribe fácil, dijo alguien.

Creo que hace poco ya toqué el tema del barroquismo del idioma, pero ahora no se trata de eso. Me refiero más bien a la soltura de la muñeca al escribir, al desenfado de la página, a la pura velocidad del oficio. Hacer con la abstracción del pensamiento la manualidad concreta de la prosa, contar lo que ocurre y no esperar nada más.

Estoy leyendo muchos diarios últimamente, y los más interesantes siempre son los que muestran al hombre tal cual es, sin adornos ni erudiciones pretendidas. Y no nos confundamos, el erudito como Borges, que nos dé erudiciones; el circense y maravilloso Gómez de la Serna, que nos dé adorno, floritura, media verónica y doble pirueta mortal. Porque así son ellos. Pero quien viva apartado y ajeno en una casita del campo, que no nos hable de bailes populosos en soberbios palacios de invierno; quien sea feliz y sencillo, como Josep Pla, que nos lo diga feliz y sencillamente. Y todos lo agradeceremos. No es la claridad del idioma la obligación del escritor, sino la transparencia entre sí mismo y el idioma. Eso sí es obligado, que el espejo de la prosa muestre una imagen no deformada del propio vivir.

Y en eso estamos. Una mesita, este folio y yo. Son las once de la mañana de un miércoles de enero. Lejos, un sol frío y optimista, grato y saludador, como regalo entrañable del cielo en la ventana de todos los convalecientes del mundo.

El frío. Una vez quise ser amigo del frío. Era el tiempo en que pensaba que mi vocación me llevaría irremediablemente hacia una vida de privaciones, hacia una pobreza mansa y feliz. Todos tenemos esa balanza interior sobre la que decidimos constantemente y sin pensar demasiado en ello. Todos somos ese equilibrio entre aquello a lo que aspiramos, de un lado, y lo que estamos dispuestos a hacer —o a sacrificar— para alimentar nuestra esperanza. Para mantenerla viva. Todos hemos elegido, en algún momento, llevar a cabo nuestra misión de una forma *más o menos radical* según nuestra capacidad para renunciar en menor o mayor medida a todo lo que no sea esa vocación íntima, esa pulsión primera.

Empecé por lo sencillo en lo que se refiere al frío: dos o tres pares de calcetines superpuestos (que acabaron cobrándose una uña de mi pie derecho, por aquello de la humedad reconcentrada), pijama de lana con bata de invierno encima —parecía un marqués—, una estufita eléctrica para las manos y un barreño con agua caliente para cuando los pies no aguantaban más. Suena a tortura autoinfligida, pero no suponía ningún sufrimiento. Era una parte más del oficio, una manera de ganar grados de libertad, de cambiar comodidad por tiempo, porque las horas que no tenía que invertir en trabajar para pagar la calefacción podía dedicarlas a mi tarea fundamental, a mis canciones. Y es cierto que mis padres me ayudaban

en todo lo posible, y me hubieran ayudado más de habérselo pedido. Pero no se trataba, ya digo, de pasar un invierno, sino de aprenderle los resortes a todos los inviernos que iban a venir después, de hacer del frío un monstruo levemente amaestrado, de acostarme cada día bajo dos buenas mantas sabiendo que todo avanzaba en la dirección correcta.

A media tarde, cuando la casa se hacía témpano, salía a la terraza, donde el frío aún era peor, y leía un rato allí. Era la forma de conseguir que luego, al volver a entrar, mi habitación pareciera, por contraste, humana y confortable. Era el juego de las relatividades. Y esto, que parece una anécdota sencilla, es una de las tres o cuatro verdades más duraderas que me han enseñado los años, y quien lo piense bien verá que es aplicable, como experiencia, a casi cualquier otro ámbito imaginable.

De todos modos, debo decir que la batalla del frío es una batalla que he perdido finalmente. Siempre me vienen a la cabeza las conversaciones que tenía con un caballero inglés –ya bien entrado en los sesenta años, cuyo nombre no tengo presente ahora mismo– por los bosques de Richmond, a las afueras de uno de los barrios acomodados de Londres. A él se le ponía muy roja la nariz los días de frío y humedad, y hasta le temblaban las manos. Muchas veces me miraba y, si a mí me veía sonriente y despreocupado del clima, me decía:

–Si es que los jóvenes no sentís el frío.

–Lo sentimos igual –le respondía– sólo que se nos olvida antes.

Y aunque él consintiera con su sonrisa de zorro viejo, con el tiempo he podido ver que ese frío contra el que una vez luché, por victorioso que me creyera durante uno o dos inviernos, ha dejado una especie de escarcha en mí, una leve sensación en los huesos parecida al desamparo, a la orfandad. Y cada vez que ahora siento frío en casa, no se trata sólo del frío puntual, anecdótico casi, del momento, sino que me embiste como una bestia lenta y rezagada el frío acumulado de los años, de tantos eneros de experimentar con él, de jugar a ser domador de un dragón cuyo aliento no era de lumbre sino de hielo.

Fue sencilla la lección. Fue sencillo descubrir que el frío no se aprende; el frío, simplemente, se recuerda.

Mi casa, o esta casa prestada en la que vivo, tiene un buzón de lata y un corazón de témpano. Es grande como un pantano y silenciosa como una hora de domingo. Se le nota cansada ya de tiempo, agrietada de difíciles inviernos, sabia de generaciones. Es un búho paciente y generoso al borde de la carretera.

Dicen que cada casa tiene sus ruidos presagiados, sus quejidos nocturnos, sus corrientes interiores. Que vivir una casa es aprenderle los crujidos, los rincones de polvo, la parcialidad de los espejos. Las horas de luz y la silla que cojea, el runrún matinal de la despensa y la terquedad de una baldosa. Entrar en la cocina y conocer la

historia de cada bote de especias: la canela con su ciencia ancestral, la pimienta como un fuego amaestrado, la sal, abeja reina, el orégano frutal y la menta sorprendida; el azúcar como una sonrisa silenciosa y derramada. Lleva tiempo conocer por su nombre cada sartén, cada utensilio, cada cosa. Lenta tarea la de hacerse respetar por ese ejército sencillo que puebla los cajones, y que son los defensores *plurivalentes* —contra el fuego, contra el acero, contra uno mismo— del reino de lo doméstico. Yo he visto a ese ejército mirarme primero con desconcierto, con pereza rudimentaria, con incompreensión. Luego, con los años, el uso y el abuso, nos hemos hecho cómplices en lo cotidiano, descubridores campantes de esa vida rumorosa y mágica que habita en las cocinas.

La terraza. Creo haber hablado ya de ella en anteriores anotaciones. Es una terraza amplia, soleada y elemental. Es una infancia convertida en terraza, una terraza convertida en sol, un sol hecho de baldosas claras. Es el alma de esta casa. Toda la luz del mundo, de los siglos, cabe aquí. Es un espejo siempre atento a la nube que pasa, a las noches con luna, a las aves que inician su vuelo sur. Es un gigante recostado con amaneceres blancos, sencillos, sin memoria. Es un milagro de la ingeniería. El día que vengan expertos de algún ministerio a medir en metros cúbicos la luz de esta terraza les va a parecer no una azotea sino un pozo de petróleo. Pozo de petróleo, aviso queda, que no está en venta. A saber qué harían los industriosos funcionarios con tantos puñados de luz. Los convertirían en electricidad para

hacer funcionar cafeteras o en pilas de mando a distancia. Y no es eso. La luz de esta terraza es anterior a la técnica, vieja como un ladrido, sagrada como un indio. Yo la utilizo como renglón sobre el que poner mi escritura, tratando de no gastarla, de coger siempre lo justo para iluminar sólo la palabra más necesitada y dejar suficiente para la mañana siguiente. Usarla para todo lo que no sea eso sería malversarla.

Desde que llegué a esta casa he dormido, a temporadas, en casi todas sus habitaciones. Me voy mudando dentro de mi propia casa, y me siento extranjero de nuevo. No sé de dónde viene esa necesidad interior de ir haciendo estos traslados cortos y casi siempre improvisados...

Han pasado casi tres semanas desde la última anotación (que dejé a medias) en este cuadernito. Sé que estas ausencias contravienen un poco la razón de ser de cualquier diario, que es la continuidad, pero creo haber dicho ya que esto no debería ser un diario al uso, no quiero ser cronista puntual de los hechos ni llevar la cuenta de los noviembreros que pasan, sino solamente tomar la fotografía literaria de este invierno, de otros inviernos que ya fueron, de la próxima primavera quizás, y empezar cada día con el sano ejercicio de escribir a vuelapluma, con velocidad matinal y sin floreo, las cuatro cosas que uno puede decir con optimismo, sinceridad y sin quedar en evidencia.

De todos modos, y aunque esto, como digo, no sea un diario tradicional, contaré más adelante en qué he empleado estas últimas semanas y por qué no he sido capaz de avanzar una sola página —ni de escritura ni de lectura— en estos veinte días. Lo contaré más adelante porque quiero dar algo de distancia a lo vivido, ofrecerle categoría de recuerdo a lo que hoy es presente llano y, como se suele decir, prestigiar de tiempo el tiempo.

Así que volvamos a las pequeñas cosas, al párrafo suelto de la última anotación:

“Desde que llegué a esta casa he dormido, a temporadas, en casi todas sus habitaciones. Me voy mudando dentro de mi propia casa, y me siento extranjero de nuevo. No sé de dónde viene esa necesidad interior de ir haciendo estos traslados cortos y casi siempre improvisados...”

Supongo que tiene que ver con el descubrimiento de que cada habitación, cada estancia, nos predispone hacia la vida y hacia la escritura de un modo diferente. Y no hablo ya de tener una ventana al sur o no tenerla. Me refiero a la conversación íntima que se establece entre uno mismo y las cuatro cosas en que consiste su vivir inmediato. Suelto el lápiz y veo un armario achacoso, una cama llena de libros y una lamparita de cristal. El morado de la pared, la seriedad de una silla —que en la habitación sirve de lo que han servido toda la vida: de perchero— y una mesita baja. Sólo lo necesario. Todo lo necesario.

Inciso. Recomienda la RAE que este *solo* de la página anterior se escriba siempre sin tilde, tanto si se refiere a “solamente” como a “no acompañado”. La RAE, esa institución que en su día pudo dar cobijo, si- quiera económico, a escritores como Gabriel Miró, Gó- mez de la Serna o Francisco Umbral y no lo hizo. La RAE, que pudiendo ser una academia del lenguaje pare- ce más bien un simple regulador del tráfico del idioma. Y es que la palabra Academia, con esa mayúscula her- mosamente platoniana, debiera estar reservada única- mente para organismos que sí amen a sus mejores pu- pilos, que sí sepan reconocer la cima de un solo hombre sobre el resto, que no teman el leve terremoto humano de lo singular, de lo nuevo, del creador auténtico.

Escribo todo esto teniendo delante el *Automori- bundia* de Gómez de la Serna, y esa primera reacción violenta del párrafo anterior (a mí los enfados, ya se ve, no me duran ni una página) casi se vuelve alivio al pen- sar si el reconocimiento de estos y otros grandes escrito- res por parte de la Academia, esa seguridad económica que podría haberles brindado, no les hubiera mermado la inquietud última del artista, su leve drama humano, tan necesario para el escritor siempre. Uno está cansado de ver cómo lo confortable de una vida resuelta ha malo- grado el talento y el instinto de tantos y tantos artistas. Llega el cheque mensual y empieza a momificarse el

estilo, a escribirse desde la displicencia, desde la indiferencia mal entendida, a embotarse la sangre que debiera estar brotando.

Todo esto para decir que voy a seguir escribiendo *sólo* –referido a solamente– con tilde. Y no porque piense que tenga o no razón (el debate sobre la tilde diacrítica quede entre los expertos) sino por un afán de claridad. Como lingüista comprendería la propuesta de supresión de la tilde; como escritor me parece peligrosa; y si fuera poeta, sería capaz de ir a la guerra contra ella. Qué manera de reducir la realidad expresiva del idioma en favor de la funcionalidad y el orden gramatical.

En cuanto a la RAE, terminar diciendo que es necesario y justo que esté poblada de catedráticos, filólogos, historiadores, científicos y hasta de militares. El problema es que no haya una sillita aparte, una *hache* minúscula siquiera, para los poetas. Pasarán siglos y la Academia seguirá premiando a los millonarios del idioma a costa de desdeñar a sus príncipes.

Ayer por la tarde, mientras leía en la terraza, un bichito se posó en mi lápiz. El primer impulso, el cruel, el infantil, el de la crueldad infantil: hacerle daño. El segundo, casi tan inmediato como el primero, observarlo y soplar con cuidado para que él reemprendiera su marcha y pudiera yo volver a ser dueño de mi lápiz.

¿De qué sirve tanta lectura, tanto filósofo griego, tanta prosa castellana y tanta poesía en azul si luego acude a ti un ser mínimo y alado, sencillo y despreocupado, y no has aprendido la bondad hacia esas formas ligeras de la existencia? ¿De qué sirve conocer metáforas y versos, fechas y renglones, que no transformen íntimamente nuestra visión del mundo, que no alteren lenta y subterráneamente nuestra relación con los días y los seres?

La cultura, ese concepto tan mal entendido, no es haber leído el *Quijote* y poder citar a memoria corrida los refranes trasmareados del buen Sancho. Cultura es haber leído el *Quijote* y ser capaz de incorporar una sola de sus frases al propio vivir, al sentir único de nuestra personalidad, notar cómo la piedra de una idea cae en el pozo de nuestro entendimiento y permanece allí resonando durante la vida toda. La piedra ya da igual, se ha hundido. La piedra no era la cultura, la cultura es su resonar contra las paredes de uno mismo. Normalmente esas personas a quienes llamamos cultas por saber muchas cosas lo que tiran a su pozo no son piedras que se hunden y lanzan un eco de comprensión, de asimilación, sino barquitos de papel que quedan en la superficie del alma, navegándola sin penetrarla, sin provocar ondas cataclísmicas ni sequías atemporales. No moldean el alma sino que simplemente la adornan. Y todos somos culpables de dejarnos asombrar por los llamativos colores de esos barquitos de papel y de no dar el peso de lo suficiente al gris de la piedra fecunda, demorada, que

guarda en su centro mineral y planetario un gramito de poderosísima verdad.

Así que no se trata de leer mucho, ni siquiera de aprender mucho. Hay quien tuvo tanta sed de conocimiento que acabó *inundando el mar* de su propia personalidad, anegando incluso las islas en que debía salvarse su vida, su pensamiento, su escritura. Porque deben existir esas islas salvajes, interiores y anteriores a la cultura, que son las islas de nuestro instinto, las de nuestra infancia, las playas no quemadas por el sol de lo aprendido, por la mano fosilizada –y fosilizante– de los siglos, la arena pura y nuestra sobre la que dibujar con el dedo la imagen pasajera e imperfecta de uno mismo.

Y qué tentador lo de cerrar el día con uno de esos párrafos altisonantes y con buena cadencia rítmica. Pero no, ya dije que este iba a ser un diario sencillo, un cuadernito que me sirviera para hacer con el correr de los días –y con el volar de los bichos– un poco de biografía útil. Por eso, porque no nace para asombrar, no ha comenzado con una muerte en la primera línea ni terminará con una traca su párrafo final. Avisado queda el lector: todo va a seguir igual, al ritmo reposado y monologante de estas primeras páginas, posiblemente sin grandes acontecimientos que anotar en un febrero que ha comenzado lírico y peligroso –susto familiar–, intenso y malcarado, pero febrero al fin y al cabo.

Cuando uno escribe debe decidir si va a ser hombre o feriante, si quiere vender el eco sutil de su melodía interior o el *boom* de un fuego artificial. Simplemente.

Las campanas. Hay que acostumbrarse a las campanas: a la hora en punto y a la media. Igual que hay provincias marineras con alma de faro y corazón de travesía, tiene este pueblo temperamento y goce de campana dura. Dicen que sólo las oye el visitante, que a quien nació aquí le ocurre como al que vivió siempre junto a un río caudaloso: que sólo lo escucha cuando no suena.

A mí me parecen duendes de la hora, clarines alados, cigüeñitas solas. Entran en casa por cualquier ventana y allí revolotean un rato. Eso, en casa del ocioso, claro, que quien está con la voluntad bien ahincada sobre algo ni las oye ni le importan. Antes sí, antes las campanas no sólo daban el carrillón puntual de la vida sino que tenían un toque de arrebató —en caso de fuego—, un toque de fiesta mayor y hasta el toque de almas, que era el que marcaba la hora de vuelta a casa de las hijas bien. Eran el código morse anterior a la invención del código morse. Pero quién queda ya que hable el idioma de las campanas...

La iglesia tan sola, el campanario tan alto. Es tan grande el tiempo aquí en el campo que alguien pensó que había que ponerle cercas. Y como el año es largo pero la voluntad de los vecinos tan corta, a falta de muros, le pusieron campanas.

El sábado fue día de concierto. En el oficio no se llaman conciertos, se llaman *bolos*. A mí nunca me ha gustado hacer esa sustitución de una palabra digna, entera, respetable, por otra que parece que mata lo artesanal del oficio para quedarse sólo con lo banal, con lo repercutido del mismo. Se empieza a amar las cosas, y hay que tener cuidado con esto, por la forma de nombrarlas.

Tuve años en que la idea de cantar delante de un público me parecía descabellada. Hoy en día sigue habiendo nervios, pero son unos nervios útiles, no paralizantes. Son el miedo a cometer errores, a olvidar cosas, pero no suponen una barrera a nada. Son el recordatorio sencillo y vital de que lo que se hace hay que hacerlo bien. Nada más. Y siempre me ha parecido sano el sentir esos nervios durante la primera canción; y que perderlos significaría una indiferencia o una suficiencia —no sé cuál de las dos cosas sea más terrible— que acabarían comiéndose las canciones desde dentro. La canción es compromiso, y no hablo de compromiso social ni político sino de compromiso con ella misma. Y en cuanto asoman un poco las orejas del lobo de la indiferencia creativa o de la suficiencia artística, ay, ya no tenemos canción. Entonces tenemos una balada, un bolero o una serenata, pero no una canción. Porque si quien canta no siente una implicación radical y efervescente con cada

una de las palabras de cada uno de sus versos, nada ha servido de nada. Este es uno de los motivos por el que siempre he preferido el género canción a la palabra escrita. Me veo capaz de mentir –literariamente– en este diario. Puede que hasta de mentir literalmente. Pero no creo que nunca pudiera cantar una canción que no sea veraz y representativa de un latido propio, de esa cuerda interior, vibrante y fecunda que la hizo posible.

Mi madre, de niños, apenas nos ayudaba con los deberes. Ella, aunque no ejercía, tenía el título de maestra y precisamente por eso, por experiencias que había tenido, prefirió quizás darnos siempre un grado de responsabilidad un punto por encima del que por edad nos correspondía. Recuerdo una tarde, tendría yo seis o siete años, en que estaba aburrido y se sentó conmigo a explicarme los sistemas de base no decimal (de pequeño me encantaban las matemáticas), que era algo que en el colegio no nos habían enseñado ni nos iban a enseñar.

Y para cosas así sí podía contar con ella, para todo lo que fuera ampliación de estudios o de conocimientos. Pero para lo ordinario –lo dejó claro bien pronto– estaban el profesor y nuestras propias cabezas (la de mi hermana y la mía). Mi madre había hecho un voto consigo misma para no hacernos dependientes ni, sobre todo, inútiles –en el sentido útil de la palabra–. Su negativa a ayudarnos no era ni comodidad ni dejadez. No era

una ausencia; era, en palabras de Ortega y Gasset, “no simplemente un no estar, sino un positivo estar ausente”.

Qué fácil olvidar los pequeños aciertos de nuestros padres, los que precisamente lo son por ser casi imperceptibles. Hoy, como me he acordado de este, lo dejo anotado aquí.

Creo que siempre voy a ser amigo de la madera. La madera es mágica por inmortal. La talamos, la hacemos listones, le lijamos los salientes, la medimos, la descortezamos, la tratamos, la perforamos, la pintamos, la cubrimos de barniz, y después de tanta tortura, de tanta mano encima y tanto maltrato industrial, uno la mira y sigue estando viva; viva y alegre. La madera es mágica por terca. Se ha empeñado en ser.

Y uno la puede imaginar naciente, bajo su corteza natal, alargando su veta hacia el sol que la nutre, hacia la lluvia esencial. ¿Soñará con ser algún día el perchero menudo de una niña rubia y fresca? ¿O la mecedora maternal de todos los inviernos del mundo? ¿Querrá ser guitarra, pupitre o reloj de cuco? Seguro que las hay tan sencillas que han nacido para pinzas de tender la ropa.

Siempre he creído en la honradez de la madera, en su optimismo lento, milenario. Detrás de un objeto de plástico hay un proceso; detrás de cualquier mueble de madera lo que hay es una historia. Una dureza logra-

da vegetalmente, a base de creer en sí misma, de amar el tiempo que pasa y de ofrecerle, cada año, un anillo de compromiso. Y anillo sobre anillo vence la madera a la muerte, convierte el amor en dureza, el tiempo en sombra, el invierno en musgo. Qué manera de sonreír sin sonrisa, de estar en el mundo generosamente. Yo he visto a la madera soportar la incompreensión del hombre, su mano descuidada, su herramienta feroz; la he visto comida de frío y humedades, abandonadamente sola. Y la he visto después reconciliarse con nosotros en una única caricia –caricia artesana, sabedora– de un carpintero de pueblo o de un luthier sentimental. Sólo pedía eso la madera, una caricia para volver a ser latido, fragancia o lejanía. Para recordar su historia y, vagamente, perdonarnos.

La mesita en la que escribo es de madera, anticuada y fea, brillante de barniz y desbarnizada de tiempo. Es una mesita baja y pequeña, con dos cajones y poco adorno, digna sin pretensiones. Me doy cuenta de que siempre he trabajado sobre mesas de madera, sabiendo quizás sin saberlo que el papel y la escritura siempre van a contagiarse un poco de esa calidez o frialdad de los elementos más próximos. Conservo un cariño especial, rudimentario casi, por el primer y único escritorio que tuve en Londres. Era uno de esos escritorios colgado a la pared por rieles, plegable y sin patas, de roble oscuro y con dos baldas para dejar libros. A los pocos meses de llegar me trasladé a otra casa –que pertenecía a la misma dueña– y mi casera, viendo lo que me gustaba aquel altarcito colgante, lo desatornilló de la

pared y lo instaló en mi nueva habitación, en mi flamante buhardilla. Cosas así son las que le hacen a uno sentirse escritor cuando aún sólo sueña con serlo.

Siento más amor por la madera desnuda, sin barniz ni pintura, libre para dar olor y respirar desahogadamente. Tocar la madera desnuda es volver a abrazar su bosque interior, no amaestrarla completamente, escuchar su leve protesta. Y es que la protesta de la madera siempre es pacífica: una astilla de advertencia si la acaricias en sentido equivocado, un crujido mínimo si fuerzas demasiado su alegría vegetal, o un nudo con resistencia de diamante en el lugar donde ibas a cortar. Deben de ser los múltiples corazones de la madera esos nudos que no debemos atravesar nunca, porque entonces sí acabaríamos con ella, entonces sí seríamos culpables de un crimen de mil años.

Queridísima madera. Verdor en racimo oscurecido, primavera interior del tiempo, corazón anillado y bondadoso, árbol, espiga y luz, cierta como una leyenda y paciente como un mito. Me siento a escribir en mi mesita, anticuada y fea, y repito sin querer ante el folio silencioso, entre ventanas de aluminio, figurines de cerámica y escayolas de techo, que todo lo que veo es madera o es mentira.

El lunes falleció George Steiner, uno de los críticos literarios más elocuentes de las últimas décadas.

Siempre me gustó su manera de escribir, de iluminar el camino artístico. Tenía esa visión aérea y sopesada sobre las raíces más intrincadas y escondidas de la literatura, además de un lenguaje preciso, imantado a sí mismo, que siempre andaba dando saltos entre los cinco o seis idiomas que conocía.

He sabido de su muerte porque dejó una entrevista póstuma que se ha publicado estos días. Y lo mejor de la entrevista es que se trata sólo de un preámbulo, del prólogo para un diario íntimo que Steiner ha dejado en depósito a la Universidad de Cambridge para que sea desprecintado y ofrecido al público dentro de treinta años. Es decir, cuando su mujer y sus hijos ya no lo puedan leer.

Estoy seguro de que George Steiner ha sido en su vida privada, así como en la académica, un hombre ejemplar. Todo lo ejemplar que un hombre puede ser. No hablo de heroísmos, sino de un comportamiento consciente y medido como escritor, padre y esposo. Y aún así, tantas cosas que no se pueden decir. Entre él y su intimidad más cierta, treinta años de silencio.

Y uno, que está escribiendo esta especie de diario personal, se da cuenta de la distancia que hay entre lo personal y lo verdaderamente íntimo. Casi la misma que hay entre la sinceridad con los demás respecto de la sinceridad con uno mismo. Para hacer un diario personal hace falta un poco de silencio, un lápiz y trescientos folios en blanco. Para el diario íntimo y sin concesiones, una renta vitalicia asegurada, una esposa totalmente in-

condicional o irremediablemente desengañada, unos hijos insolentes y emancipados, un padre enajenado y una madre comprensiva, como lo son todas las madres, y preferiblemente enterrada. A todo esto añadir una hipoteca con todas las letras pagadas y lo de los trescientos folios.

Quiero decir que la honestidad más radical, la que se atreve a penetrar los mimbres del pensamiento y a quemarse en el fuego que la alumbraba, ese tipo de honestidad, no suele ser posible y, de serlo, nunca es impune.

Tenemos pensamientos más crueles que una vida entera, nosotros, los hombres buenos. Nos confesamos a veces cosas que, de decirlas, derrumbarían los oídos del ser más amado. No hay lágrima infinita que consuele de nuestra más profunda sinceridad. Eso lo sabía Steiner, y ahí está su muralla enhiesta, esa empalizada de tiempo entre su mujer, sus hijos y su intimidad. Porque el límite al ofrecimiento de uno mismo a los demás, a la publicidad de un sentimiento, es el dolor de los otros.

Tenemos cada cual, en nuestra vida, un cupo de autenticidad declarada al que podemos llegar, sin sobrepasarlo. Nos limita, como siempre, el hecho de amar y ser amados. Por eso siempre habrá escritores que dejen obra póstuma deliberadamente. Y no es cobardía. Por eso también habrá otros cuyas circunstancias personales les permitan alcanzar en vida cotas de sinceridad mayores que al resto. Son los malditos de la literatura, los Bukowski, los Henry Miller, huérfanos de todo menos

de sí mismos, hombres sin nada que alentar ni que perder. Espectáculos de la libertad compartida.

El resto tendremos que conformarnos con decir algunas cosas y callar otras tantas, con ofrecer la plata amañada de nuestra sinceridad a cambio de conservar el oro quemante de nuestros secretos, con medir siempre la altura de la palabra que lanzamos al aire para sopesarla con el daño de su caída. Seremos sinceros en lo posible. Nosotros, los hombres buenos.

Es febrero con luz, con un sol manantial en las ventanas. Ha comenzado el mes con impaciencia primaveral, con ráfagas de olor a estío, con presagios de flor de almendro. Ni siquiera han emigrado las cigüeñas este año. Todo tiene una alegría zumbona e impropia, todo lo ceniciento de esta época está restallante de azul.

Y yo, que hace tiempo amé tanto los días grises, los días de llovizna interminable, ahora cada vez me siento más dependiente del sol —de la luz solar— como percha invisible sobre la que colgar mi buen ánimo. Creo que el amor por lo gris, por lo lánguido, por lo agónico incluso, tan propio de las naturalezas adolescentes y juveniles, no es amor, sino más bien un lujo que su fuerza vital se permite, un adorno de melancolía sobre la hoguera revibrante de una plenitud abrasadora. Ya lo dijo alguien, la tristeza es un derroche en la juventud.

Con los años, sin embargo, todo se va aclarando, todo se simplifica. El hombre mira al cielo y se da cuenta de que las fuerzas son las que son, que el día es propicio o no, y que todos acabamos igual: como viejitos al sol.

El gato de Lulú lleva diez días sin comer. Pasea como siempre, vigila los tejados, se deja acariciar, pero no come. Tiene en los ojos esa melancolía egipcia de los gatos, esa sabiduría atávica —aunque sea un gato joven— que le dice que algo no está bien. No se queja ni se arriima más que de costumbre, parece que sólo ande buscando un rincón tranquilo para ronronear a la muerte. Ayer descubrimos que lo que le ocurre es que se ha tragado un ovillo. Le habíamos visto muchas veces jugar con él —pura estampa de dibujo animado— pero en algún momento al pobre gato, retozón y desocupado, se le avivó el instinto de la sangre y sin pensarlo se comió de un mandibulazo veloz ese inerte ratón de hilo.

Visita al veterinario, que nos dice que podría comer, pero que no va a comer, que se podría operar, pero que quizás no sirva, que podemos darle una pastilla pero que no le hará nada. Y el gato todo lo mira, fuera de su casa y sus posesiones, como rey marchito que sabe que ha cometido un error fatal. Guillotinante. Él no necesita informes, su pelo se ha deshinchado y no tiene

ganas de jugar. Aunque no ha perdido mucho peso y su cuerpo sigue luchando, su latido es corto y su maullido breve.

Nos llega el sufrimiento de un gato, por callado que sea, como una bofetada a tiempo de una naturaleza pura, esencial, con la que convivimos y de la que no sabemos nada. El gato escucha su cuerpo y sabe que va a morir —o lo sabría si conociera lo que es la muerte, que eso es lo de menos—, encuentra un rincón mullido y descansa. El hombre escucha su cuerpo y empieza a llamar intérpretes: médicos, enfermeros, dependientes de farmacia, curanderos, radiólogos, hechiceros de la tribu.

—A usted lo que le pasa es que no escucha.

—Pero si he hecho sólo lo que me han dicho.

—Pues eso.

Pues eso. Que no escuchamos a nuestro cuerpo. Lo llevamos puesto como por fuera, como un chambergo. Y sí, oímos cuando hay una protesta evidente, una inflamación de encías, una contractura cervical, una faringitis aguda. Pero eso es todo. Apenas sabemos qué climas le sientan bien, cuáles son sus horas buenas para la digestión o qué posturas le son favorables en el trabajo y el sueño. No experimentamos con él, no lo ponemos a prueba. Nos dejamos ir. Somos un prodigio de mecanismos interiores que sólo atendemos al oírlos chirriar.

Y entonces ves un gato que se muere, y te das cuenta de que el gato es relojero puntual de sí mismo, celoso sabedor hasta de sus más mínimos resortes, vigilante siempre atento al tictac de su propia existencia.

Hoy *Miel* —que así se llama el gato de Lulú— sabe que dentro tiene un peligro, un ratoncito negro que se dejó atrapar y le tendió una trampa. Hoy *Miel* lucha en silencio, con urgencia mortal y bigote triste, contra ese ovillo anudado en su ser.

Está ya en casa, bebe agua, se echa a descansar. Se le pone una mosca en la nariz, como retando a su tigre interior, pero *Miel* cierra los ojos.

“Sigüenza se ve como espectáculo de sus ojos, siempre a la misma distancia siendo él. Está visualmente rodeado de las cosas y comprendido en ellas. Es menos o más que su propósito y que su pensamiento. Se sentía a sí mismo como si fuese otro, y ese otro es Sigüenza hasta sin querer. Sean estas páginas tuyas para el amigo de Sigüenza, más Sigüenza y más él.”

Estoy retomando estos días a Gabriel Miró. Cada dos o tres años tengo una temporada de releer *Años y leguas*, el *Libro de Sigüenza*, *Del vivir*. No completos, algunos capítulos, párrafos sueltos, y siempre la misma sensación de maravilla. Maravilla porque nadie ha hecho del idioma castellano una pieza de orfebrería más recogida y lograda que Gabriel Miró. En cada página, en toda descripción, siempre ese minuto de poesía discreta, sus caminitos rubios, ese decir pasajero y cordial. No parece querer impresionar al lector sino charlar con él un rato. No trata de exaltar lo que

narra. Es el hombre traslúcido entre la escritura y el mundo. Toda su obra parece estar gritando, en susurro detenido, que no se trata tanto de deslumbrar como de iluminarnos. Así, se ha convertido en uno de esos escritores a los que leemos poco pero que nos acompañan siempre.

Y entonces nos sentimos culpables. ¿Por qué abandonamos a saeta fija a un escritor así, a un hombre así? ¿Por qué dejamos que se llenen de polvo estas páginas y sólo las recuperamos cada cierto tiempo? Quizás sea porque cada cuento, cada librito de Miró, deja en nosotros un poso de verdades fecundas, de intimidades nuevas, y es bueno darles tiempo para que se incorporen a nuestra propia sensibilidad, a nuestra alma endurecida, como flechas demoradas pero seguras de un sentir elemental. Para que así la vida, nuestra vida, dé poco a poco valor de experiencia a lo que primero fueron sólo palabras lejanas y adivinatorias...

Lunes sin poesía, escritura sin filo ni matiz. En estos días es mejor estarse quieto, no tratar de forzar el mecanismo de la lírica ni andar persiguiendo metáforas por el desierto literario de uno mismo. Son días para otro tipo de tareas: presentar solicitudes, ordenar cuadernos, salir a pasear sin un lápiz en el bolsillo, pedir hora en la peluquería o renovar el DNI.

Antes me culpaba mucho por días como hoy, por estas fases no productivas en sentido estricto, y me desesperaba mi incapacidad para escribir una sola línea. He aprendido con el tiempo a aceptarlos y a desviar la atención hacia otras actividades, normalmente poco o nada creativas, administrativas, hasta que aparece el estímulo —una canción, un libro, un pensamiento— que me lleva de nuevo a ese estado en que uno empieza a participar sensiblemente de las relaciones invisibles del mundo. Ese estado en que las imágenes más imposibles van apurando su nitidez y la palabra que buscabas es justo la que vas a decir.

Descubro ahora lo útil que es tener un diario como este, aunque sea sólo como soporte vital, como depositario de estos descargos de conciencia, necesarios cada cierto espacio. Si esa culpa de la que hablaba antes, la culpa de *no crear*, me hubiera cogido a cuerpo limpio, sin este parapeto literario, quién sabe lo que habría pasado. En días como hoy sólo se escriben las canciones que luego ganarán el *Festival de Benidorm*.

Hoy has querido inventar un día se la semana, Lulú, incorporar un día que no existe. Tendríamos que ponerle nombre, has dicho, como si el principal problema fuera ese, el dar con el léxico apropiado para la nueva criatura. Lo otro, lo de crear un día de la nada, eso, Lulú, te ha parecido sencillo. Habrá que rellenar formu-

larios, solventar burocracias, hacer algunos ajustes aquí o allá, pero teniéndolo nosotros claro y explicándolo despacio y bien... Y yo me quedo callado, disfrutando ese minuto en que se te empiezan a tropezar las palabras y te atropellas a ti misma con ideas mágicas y desproporcionadas, en que llenas el aire de semillas imposibles y desatadas ocurrencias.

La última, la de hoy, ha sido la de darle una dentallada profunda al tiempo, al orden administrativo de la vida. Y todo porque me has notado cansado, poco hablador, distante sin lejanía. Y has echado tus cuentas: “Hoy es lunes, si quieres hoy no vengas, descansa y trabaja a tu ritmo un par de días, podemos vernos el martes; el martes no, que es mañana, el miércoles, o el jueves incluso; de aquí al viernes son cinco días, puedes aprovechar cuatro y nos quedan dos...” Cuánta confusión, cuánta matemática bien hilada para darme un regalo tan simple como es el tiempo, para ofrecerme esa soledad que necesito tanto.

No quería terminar la tarde, Lulú, sin una breve nota sobre ese día imaginario.

El día como un campo inmenso y solo, el tiempo sin norte ni saeta, todo febrero prometiendo luz. Tres días por delante que van a ser un monacato de silencio, un ayuno gozoso de todo lo exterior, un reencuentro —que siempre es el mismo— con esta soledad que me

defiende y me acompaña; soledad, medicina infalible, tembloroso jarabe infantil para el niño tímido y obediente que llevo dentro.

Siempre he sido de los que huyen de las muchedumbres, de las aglomeraciones. Me cuesta mucho la conversación mundana, ligera y sana que suele darse en ese tipo de situaciones. A mi natural falta de ingenio hay que añadirle un estado de alerta casi continuo, una especie de ruido estático que interfiere con el dial de mis pensamientos cuando hay gente alrededor. Cruzar de un lado a otro un salón lleno de señoras amables y caballeros distraídos supone, para mí, un cortocircuito incesante de ideas, palabras y sensaciones, un molesto cambio de frecuencia, como de salto de una emisora a otra en la radio del coche; una batería de estímulos, en fin, que me limitan, me aturden y rápidamente me fatigan. Puedo fijar mi atención en una cara, en un detalle, en un botón mal abrochado, puedo imaginar la narrativa de un traje mal planchado o de la camarera risueña con ojitos de fiebre. Pero la ensoñación no dura, siempre hay algo que la distrae y la torna superficial, elemental, no literaria.

Hay quien tiene sus mejores ideas en medio de una conversación. Y hay quien se sienta en un bar y escribe seguido y bien. Las pocas veces que he intentado algo así han sido un fracaso estrepitoso. Por eso siempre acabo deseando salir, deseando volver. A mis libros, a mis canciones, a mis pocas cosas. Y no como rechazo a nada sino como aproximación a algo que sé que es mi

latido más humano, mi ecuación más cierta, mi atalaya sentimental.

Se tarda tiempo en comprender y aceptar este tipo de egoísmo. Incluso el propio protagonista empieza sintiendo la culpa del alejamiento de los demás, por elegido y deliberado que ese distanciamiento sea. Después, con los años, te das cuenta de que ese egoísmo no es el egoísmo bíblico, el de la moral cristiana, el que maestras y sacerdotes llevan siglos condenando, sino que se trata de un egoísmo sano, cardinal y fructuoso. Un egoísmo no definitivo ni lamentable sino una substracción temporal de todo lo mejor de uno mismo para perfeccionarlo, para pulirlo en soledad y tratar de devolvérselo a los demás convertido en potencia recién inaugurada, en moscatel fresco, en alma utilizada y desbordante.

Pero cuánta lucha, y cuánta gente hemos perdido antes de saber explicar todo esto. Cuando la necesidad de estar solos era impulso violento y no razonado, cuando proteger nuestro derecho suponía atacar mortalmente a la costumbre, a lo cordial, a lo esperado. Cuando divisábamos ya la gran batalla de nuestra vida y en la mano sólo teníamos una espadita corta y de madera. Cuando nuestra mayor conquista era salir al mundo para traernos por fin de vuelta a casa.

La sentencia es firme, inapelable: sesenta días de inhabilitación, de extrañamiento, de destierro casi. Pue-

do seguir yendo por allí, me han dicho, pero todos mis derechos han sido revocados, suprimidos, castrados. Donde antes se extendían mares de un silencio innumerable hoy sólo veo ojos enmarañándose en mi contra, susurrando mi culpa a quieta voz. Fue mi hogar y lo traicioné, fue mi tiempo detenido, mi compañía generosa y expansiva. Fue la palabra justa y conmovida, el verbo henchido, la razón colmada. Cuántas veces mis manos acariciaron allí la seriedad de los siglos.

Uno se sabe ciudadano corriente y poco o nada conflictivo, amigo de los semáforos y de los gorrones, cumplido pagador de sus deudas, hasta que un día, sin presentirlo siquiera, cae en desgracia y se convierte en extraño incluso para los sitios que una vez fueron su mejor refugio, su nido de comprensión y hasta de abandono.

(No sé si esto es demasiado bombo dramático para explicar que he devuelto tarde algunos libros en la biblioteca y me han sancionado hasta mediados de abril. Pero bueno.)

Pocito, mediana edad, envejecido. Obediente como un monaguillo y callado como un cardenal. Va y viene con su bicicleta sin hacer un ruido, en un aleteo constante contra el aire, aire que apenas le opone resistencia, que se deja atravesar sin lucha ni entusiasmo, que

no repara en ese hombrecito con su bicicleta repintada. ¿Adónde irá Pocito, sin rumbo ni antagonista? ¿Adónde va un hombre sin obstáculos ni fe? Irá a casa de una mujer sola y preocupada a desmontarle una cisterna, a pintar una verja o a cambiarle las gomas de la lavadora. Pocito, aquí, es quien hace los apaños.

Recuerdo la vez que vino porque el viento estaba a punto de tirar nuestra antena del tejado, y apareció Pocito con su bicicleta y una enorme escalera de madera sujeta detrás, con una cuerda, en un espectáculo acrobático digno del intermedio del *Cirque du Soleil*. Digo del intermedio porque los hombres como Pocito nunca llegan a pisar la pista central de la vida, su luz cenital, y si lo hacen es en esa hora baja en que nadie está mirando o en que la atención está disminuida por el elefante que sale, el comefuegos que se prepara o simplemente por un vendedor de pipas que ha tosido.

En fin, subió al tejado Pocito sin miedo ni gravedad. Es cierto, pensé: no tiene peso en el mundo. Y me asomaba yo de vez en cuando, desde la terraza, por asegurarme de que el viento no se lo llevara a él, junto con la antena, en una imitación rural y malograda de la escena de Mary Poppins y su paraguas mágico.

No recuerdo si al terminar hablamos algo o no, cuánto le pagamos ni a qué hora se marchó. No llegué a distinguir tampoco, desde el umbral de casa, si el sol de media tarde proyectaba la sombra —o lo atravesaba sin mancha— del cuerpo de Pocito alejándose en su bicicleta.

Está la tarde indecisa­mente gris, como prevenida de un peligro inexistente, dudando entre la claridad y la amargura, acompañada y sola, madre y madrastra sin consejo para sus aves —qué vientos quieres, qué rama rota—, ancha de tiempo, triste de luz, está la tarde presa de eternidades lejanas, de ríos que no suenan, está vertical y quieta, sin cielo y sin tempestad. Sin ángel.

Parece que la vida nos enfrenta a veces con una de estas tardes sin destino, con unas horas en que el mundo se hace indiferente ante sí mismo, y debe el corazón apretarse como un puño para que lo detenido del tiempo no alcance a herirlo lenta y fatalmente. En una tarde así, bonancible y sin rumbo, uno corre mucho más peligro que en las marejadas más duras, que en los inviernos peores. Porque una adversidad, la que sea, siempre sirve para ejercitar el carácter —lo avisaba Goethe—, pero estas lagunas de tiempo en que nada ocurre y nada se teme nos van hundiendo sin darnos cuenta en el fondo contemplativo de nosotros mismos, nos paralizan amablemente, nos eternizan. Nos matan.

Creo haber dicho ya que tengo prohibido retirar libros de la biblioteca durante los próximos meses, así que asisto estos días a una reducción casi cósmica de mi

universo literario, algo así como un *big bang* inverso y civilizado. Me encuentro de nuevo con los libros de mi casa.

Relecturas de Miró, Nietzsche, Umbral, Neruda. Vuelta a lo esencial. Porque todos tenemos un núcleo de influencias perdurables, un magma interior de fuegos que una vez nos deslumbraron, un grupito de escritores a los que cuando estamos solos llamamos por su nombre más familiar. Luego, con el tiempo, llegan otros poetas, filósofos y artistas, con palabras nuevas y depurado estilo, con verdades posibles, con duro ingenio, y en ellos vibra nuestra atención de nuevo durante una tarde, durante un verano. Pero en todo momento sabemos que estos nuevos comensales son invitados de paso en nuestra mesa literaria, viajeros que añaden al pan de nuestros días el sabor de una anécdota, de una imagen o de una idea, pero nada más. Volveremos siempre —aunque sea obligados, como es el caso— a nuestros autores esenciales, a nuestro centro poético y humano, a ese sentimiento enraizado y profundo de nuestra primera identificación con el otro, de nuestra primera hermandad con algo que estaba en la página y que no éramos nosotros mismos.

No es asumible, ni en el arte ni en la vida, la búsqueda de la novedad constante, la huida siempre hacia delante. De vez en cuando hay que detenerse y palpar nuestros cimientos interiores. Igual que se necesita la novedad como estímulo creador, hace falta la revisión de lo pretérito como fuerza que concentre y concrete —cuidado— nuestro carácter.

Es aquello que tanto se comenta de volver a prestigiar la limitación. Limitación entendida como castillo amurallado, como contrafuerte erigido para salvarnos de esa dispersión –tan tentadora como dañina– que amenaza al artista con resplandores continuos y falsas promesas. Rousseau, que sabía que una imagen siempre explica más que un concepto, hablaba del hombre disperso, del escritor sin una referencia clara de su centro literario, como de un niño que va recogiendo conchas por la orilla del mar y siempre acaba soltando la que ya posee porque piensa, una y otra vez, que la que tiene delante brilla más. Al final, claro, vuelve a casa con las manos vacías.

La generación en la que crecemos es nuestra jaula de oro, nuestra limitación más terca, nuestra esclavitud más dulce. Aquí en el pueblo es fácil, por lo cerca que están y lo mucho que se rozan, observar la convivencia entre generaciones y darse cuenta de lo desconectadas que están. Pisando las mismas calles, habitan mundos distintos. Es la brecha del tiempo, de la edad, que separa las vidas, inclinaciones, deseos y referentes de cada estrato vital –desde los más niños hasta los más ancianos–; la distinta levadura con la que va saliendo al mundo cada hornada de buenos ciudadanos.

Ahí están los muy jóvenes. Ya van tomando conciencia de sí mismos y de su circunstancia, esa cir-

cunstancia íntima que van a compartir únicamente con sus compañeros de generación –sus coetáneos, sus “quintos”– frente a la realidad total, contemporánea y aumentada del resto de generaciones –la colectiva–. No lo saben pero tienen ya un sistema de referencias culturales, de creencias y convicciones heredadas y un centón de reglas del vivir, de esperanzas, miedos e ilusiones que son propias y *exclusivas* de su generación.

Y un joven puede pensar que es individuo hecho a su propia imagen, puro, descontaminado de lo que le rodea, pero no. Nadie escapa a la atracción gravitacional que ejerce el núcleo de creencias y circunstancias de su época. Más que de su época, de su edad. Incluso quien ya tempranamente es consciente de ese acontecer y trata de alejarse de él buscando referentes en generaciones de más edad (recuerdo una chica de quince años que un día me contaba que le gustaban más las películas de Chaplin, *Candilejas* y todo eso, que las de Robert Pattinson), incluso esa persona lo hace de algún modo como arañando la pared de un laberinto que aún no comprende, queriendo resistir una fuerza que pone en cuestión su *yo* frente al colectivo generacional. Por eso digo que es una jaula de la que no podemos escabullirnos: porque un movimiento de oposición, de reacción contra algo, también es una pesada cadena. Aquel cuya personalidad sigue dócil la dictadura de la mayoría impersonal es esclavo en su mansedumbre –adhesión a una idea sin cuestionarla–, mientras que quien reniega de la idea sólo por ser la democrática, la corriente popular, es esclavo en

su inconformismo –predisposición al rechazo de todo lo mayoritario–.

Antes hablaba de coetáneos y contemporáneos. Personas coetáneas son las que comparten una edad; personas contemporáneas, las que habitan una misma época. Porque el anciano de ochenta años es contemporáneo del chaval de catorce, pero sus mundos, su *experiencia e interpretación* del mundo, no podrían ser más distintas. Donde uno ve destrucción de valores el otro lo que ve, o lo que siente, es el asentamiento de unas ideas que nacen con él, que son nada menos que la imprimación de su huella en lo real, la afirmación feliz e inviolada de su existencia.

Nace una generación para aniquilar silenciosamente a la precedente, para derrumbar sus ídolos y crear otros nuevos. Y hay una serie de códigos para establecer quién está dentro y quién queda fuera: son sus reglas de inclusión. Así, la manera de hablar de las generaciones más jóvenes, siempre excluyentes, siempre propias –o debidamente recicladas– para filtrar, como decíamos antes, quién es coetáneo y quién un simple contemporáneo de esa nueva edad que quiere destruir el mundo con la única intención –validísima intención– de verse representada en él.

Hay un viejito en la plaza al que muchas veces veo cabecear cuando pasan dando voces los muchachos y las muchachas. Hoy les he oído decir, primero a él y luego a ellos:

–Está el mundo loco.

—El mundo no, don Blas, ¡todos los mundos!

A veces uno llega a tiempo de escuchar estas conversaciones tan resumidas y tan significadas. Y las anota para que no se le olviden.

Conversar con uno mismo es engañarse constante y dulcemente. Nos escondemos algunas cosas, no nos preguntamos otras, somos el amante y la amada, el Romeo y la Julieta de nuestra propia vanidad; nos perfumamos, empañamos los espejos que no nos favorecen y después salimos airados y sonrientes al balcón del mundo. Nos mentimos como bellacos.

Para conversar realmente hace falta un amigo, echar un pie en el mundo. Que la partida de damas de nuestro bien y nuestro mal tenga, si no un adversario, sí al menos un árbitro que la regule. Porque una persona que pasa demasiado tiempo sola acaba construyendo una realidad interior que por una u otra esquina va a acabar estrellándose contra el mundo que la circunda.

Llega un momento en toda juventud en que uno se ve con la fuerza suficiente como para crearse a sí mismo e imponerse como realidad a los demás. Lo habitual es que ese proceso de aislamiento, de autarquía personal, dure unos años y acabe naufragando —bien que sea heroicamente— en las orillas de la realidad común, la compartida, la que desdeñábamos. Así terminan tantos

poetas maravillosos convertidos en subsecretarios de la diputación.

Y es que el amigo debe aquí cumplir su función: servir de piedra de toque constante para el joven artista, de ejercicio de realidad, de contrapeso solidario para su alma volandera. Debe, por decirlo sencillamente, prepararle para el golpe. En eso tuve yo suerte, encontré ese amigo, uno solo, y no quise tener más. Porque con un amigo puedes conversar sobre Platón si hace falta –que no suele hacerla– pero en cuanto se van sumando oídos, invitados, la conversación va decayendo en tertulia, en ruido articulado, en simple cháchara. Se cumple la ecuación fatal del común denominador: a mayor número de personas en torno a una mesa, más elemental el carácter de la conversación. El ejemplo es claro si piensas en un campo de fútbol. Lo más inteligente que cinco mil personas se han dicho frente a otras cinco mil en la historia del deporte, y hablamos ya de la era post-revolución cognitiva, ha sido:

- ¡Hola fondo Norte!

A lo que el fondo Norte no ha tenido más remedio que responder:

- ¡Hola fondo Sur!

Qué necesaria una tarde perdida de vez en cuando. Una tarde sin aspiraciones ni lucha, sin foco ni castigo, pacientemente adormecida, sin luto ni culpa ni

vocación posible. Una tarde a la que cerrar los ojos como convenciéndola de que no pasa nada, no pasa nada y sólo duerme, tarde perdida, sacrificio pacífico del tiempo y de su corazón cansado.

Ayer fue un día de abandono absoluto. Mañana de peluquería y tarde de San Valentín. San Valentín sin Lulú ni fuerzas para nada. Desde hace unos años tengo episodios así, repentinos e idiopáticos (sin causa conocida) que me obligan a quedarme en casa, normalmente en la cama, sin fiebre ni dolor alguno pero con una fatiga extraña, como de preámbulo de una enfermedad que nunca llega y cuyo único remedio parece ser el reposo. Son días de abandono, de dejarme caer en el pozo de mí mismo, de no luchar por defenderme. Aunque no sepamos lo que dice, el cuerpo es taquígrafo puntual y uno debe a veces obedecer, callar y no pedirle explicaciones.

Lo realmente peligroso de estos descansos obligados es sucumbir sólo a medias, echarte en la cama pero al rato querer revisar unos cuadernos o mejorar la última estrofa –hoy que tengo tiempo– de alguna canción. Ayer volví a caer en la trampa, traté de juntar fuerzas para pasear y seguir con una de las lecturas que tenía pendientes, y al primer párrafo me di de frente con un rafagazo de realidad. Eso que tanto disfruto en mis autores queridos –el lirismo de la prosa, la imagen inédita, la palabra inesperada– me resultaba ocioso, intrincado,

peor aún, indiferente. Casi me irrité con el libro por ofrecirme caricias inútiles y literarias cuando lo que de verdad me hacía falta era un paracetamol. Y volver a la cama, claro.

El sentimiento poético se ha retratado siempre como un afeminamiento del sentir, como una disposición *débil* del alma, como una inclinación blanda y timorata hacia eso que alguien llamó los “mundos sutiles”. Es posible que los poetas hayan contribuido sin quererlo a esa visión desalentada de su propio oficio: el género poético. Pero no hablo ahora de categorías literarias sino del sentimiento poético como tal, de la capacidad para el asombro ante lo inevidente, ante lo presentido. (Una vez me preguntaron en una entrevista en radio qué era para mí un poeta. Un poeta –dije– es una persona que ve un montón de ladrillos y piensa “ruinas” o piensa “catedral”, pero que no piensa “muro de ladrillos”).

Pues bien, si en las horas de naufragio, en las de desaliento vital, la flor poética se vuelve banal de tan ligera, si en el convaleciente que todos llevamos auestas no hay espacio para ese relámpago inútil, ¿no será entonces lo poético, lo lírico, una expresión de fuerza, un sobrante de energía, más que ese refugio para seres mansos al que lo hemos relegado? Mi enfermedad la rechaza, mi salud la alienta, ¿de verdad eso no significa nada? En este mismo sentido contaba un día un autor que toda su filosofía se volvía insignificante, redundante y muda cuando vivía momentos de desesperación real, y daba la imagen de un niño enfermo en la cama

que no tiene ganas de jugar con los juguetes que su madre, amorosa, le ha dejado en la mesilla. Y es que, efectivamente, la filosofía, como el sentir poético, no es reducción de la vida hacia su núcleo sino expansión de sí misma, adorno sobre su frente clara, valiente lanza con la que atravesar sin sangre el vasto corazón del día.

Por eso en momentos de enfermedad y de convalecencia es mejor dejarlas a un lado. Centrarse en beber agua abundante y comer mucha fruta, sacar la otra manta del armario y dormir monárquicamente. Dado que el arte no puede salvarnos, que no quede tampoco manchado de nuestras fiebres más mundanas ni del aceitoso tacto de la autocompasión. Ya llegará el día en que, recuperados, podamos volver a sujetar con fuerza el timón de nuestra nave literaria, y en que nuestros mejores marineros canten de nuevo, al emprender su viaje, el feliz himno de su labor oceánica.

Ayer, viaje y entrevista. Hoy, entrevista y viaje. Es el panorama de toda esta semana, porque el sábado presentamos disco. Así que toca preparar maletas, coger la guitarra, decidir qué canciones interpretar en cada sitio y sacar, de alguna manera, ese poquito de ingenio para responder, como si fueran nuevas, a las preguntas de siempre.

De vuelta en casa, paz en los rincones. Cómo me cuesta esto de salir al mundo, de saltar el valladar de mí mismo y unirme a lo actual, a lo urgente, a la vida en las calles. Esta semana en que no he anotado nada en este diario ha sido un constante ir y venir a ningún sitio: entrevistas, conversaciones, preparativos. Y el sábado, concierto. Suelo sacar poco de estas jornadas frenéticas y como desorientadas, de esa necesidad de cumplir con lo que hay que cumplir; de la velocidad, en definitiva, de un vivir que observo y reconozco, pero que sé que no es el mío.

El miércoles, por suerte, tuve un rato para conversar con un hombre de radio de los que hablan para decir, de los que preguntan para saber. De los que no temen dejar un silencio –ese silencio radiofónico que es como la guillotina del locutor– cuando saben que lo que se ha dicho, o lo que se va a decir, tiene valor real. Si un escritor quiere señalar la importancia de una idea utiliza una cursiva; si un entrevistador, en la radio, quiere hacer lo mismo, utiliza el silencio. Un silencio para subrayar una palabra. Así, sí.

Ahora estoy en la terraza escuchando a Leonard Cohen y tratando de recuperar la temperatura poética. Hasta hace no mucho, cada vez que se daba una situación como esta, en que algo me obligaba a apartarme de mi centro entrañable, trataba de encontrar ratos, escon-

drijos, momentos en que recuperarme y salvarme de lo exterior, de lo que fuera que estuviese pasando a mi alrededor. Ahora la estrategia es otra: dejar que ocurra. Juntar todos los compromisos en unos pocos días, cumplir con ellos, desenraizarme completamente de todo lo que no sea el momento presente y no leer, no escribir, no reunir ideas para la próxima canción. Poner un dique a las aguas más profundas y dejar que sólo rebasen las superficiales.

Así la conciencia íntima de pérdida de tiempo se lleva con mejor ánimo, y uno vuelve a casa como milagro superviviente de un naufragio fulgurante y total, y no como protagonista gris de un hundimiento a medias, que ni nos hizo robinsones triunfantes ante nosotros mismos ni verdaderos Ulises entre la indiferente multitud.

—Come pan, hijo, come más pan.

Las abuelas, estas abuelas nuestras, las de la posguerra y el matute, las del tazón medido de lentejas y el aceite en cupones, las de los fielatos y el *¡trigo para España!*, qué consejo van a darnos. Si había pan, se comía pan, y a Dios gracias.

En el pueblo hay una tienda de capricho y una panadería pobre. Tienda de capricho significa que tienes las cosas del vivir, del día a día —leche, detergente, pan— pero a precio de antojo. Lo de la panadería pobre lo

supongo y lo digo porque cada dos años cambia de dueño. Mala señal. Tanto madrugar para vender tan poco...

Ha llegado estos días una panadera nueva y anda el pueblo en revolución, en esa revolución contenida y rebajada de que es capaz, a estas alturas, un pueblo como este: murmuración, chisme y parola.

—Dicen que los *miguelitos*, sí, muy buenos.

—Pero el pan no.

—El pan no.

Viene y va la parroquia como en deshilada proce-sión a probar la novedad del pan de siempre. Y todo son confidencias en las esquinas, conspiraciones con la lanza de pan bajo el brazo —amenazante— y el crimen de la harina en el cuello del jersey.

—Yo no lo veo bien cocido.

—No, lo que pasa es que no lo deja crecer bien.

—Eso.

Durará dos semanas el revuelo, una para que los entendidos prueben el pan y otra para que todo el mundo opine sobre ello. Después todo seguirá como siempre. Aquí, he oído, lo educado es encargar la barra un día en la panadería y otro en la tienda, alternando.

Qué cosas.

He pasado la mañana dándole vueltas a la idea de grabar un puñado de canciones en casa, como hacía antes, sólo voz y guitarra, y publicarlas con algún título

como *Cartas a mí mismo*. El pasado sábado hicimos la presentación de *El pobrecito hablador*, en dos semanas viajaré para empezar a mezclar las grabaciones que finalizamos en enero y que aparecerán con el título de *Cuántos violines para decir piano*, y ahora la idea de estas *Cartas a mí mismo*, mientras continúo además con la escritura de este diario.

Cuando tenía menos años me fascinaban esos períodos de exuberancia creativa que había visto en artistas como Bob Dylan o Pablo Neruda, esos momentos fértiles en que daba la sensación de que todo florecía espontáneamente, sin esfuerzo, y en que la única labor del artista consistía en hacer cosecha de sí mismo, organizarla mínimamente y repartirla por el mundo. Luego vas viendo que todo consiste en una acumulación de energías, en una superposición de fuerzas que acaban liberándose de golpe, con sorpresa incluso para el propio sujeto, que descubre un día que toda su potencia creativa, la que fue alimentando durante tanto tiempo, encuentra una rendija de luz por la que escapar y hacerse fuerza viva.

Lo ideal ahora sería dedicar unas semanas a finalizar ese puñado de canciones de que hablaba, enseñárselas a un par de amigos y publicarlas inmediatamente, sin darme tiempo a la duda ni al arrepentimiento. Ya avisaba Machado de que se escribe siempre por intuiciones y se corrige por juicios. Por juicios y por prejuicios. Por eso la única forma de mantener la frescura de una obra es concluirla cuanto antes, no darle tiempo a vol-

verse sobre sí misma ni a interrogar a su creador. Con-
cebir, plasmar, finalizar. Qué admiración por esas cosas
imperfectas y aireadas, perfumantes como sábanas de
agosto, cuya imperfección resulta más acabada que la
perfección misma.

Imagino este proyecto de *Cartas a mí mismo*
como una manera de hacer publicable un tipo de can-
ción que, siendo menos atractivo para los demás, es el
tipo de canción que más amo escribir. Es, por decirlo
sencillamente, el canto que resuena en mí de una forma
más natural, el que siempre escribiría quien no tuviera,
además de escribir, que vender su música. Es posible
que incluso añada al título la coletilla de *Volumen I*,
dejando así abierta la vía para futuros proyectos en los
que trabajar del mismo modo. O quizás al final todo
esto quede en nada, y cuando algún día relea este diario
me haga gracia contemplar la facilidad con la que el op-
timismo de una tarde amplia y luminosa me llevaba a
proponerme tareas que ni siquiera sé si soy capaz de lle-
var a término.

En cualquier caso, sirvan estos párrafos para
recordar una tarde de febrero mágica, con sus cien
horizontes abiertos, en que todos los noviazgos con el
mundo fueron posibles.

Se está convirtiendo en vespertino este diario, y
eso que no hace ni dos meses que declaraba abiertamen-

te su vocación matinal. Estos últimos días he preferido hacer pequeñas grabaciones en las primeras horas de la jornada y volcar sobre la guitarra esa luz bienquerida del amanecer cotidiano.

Por la tarde, después de comer, he continuado con la lectura de algunos textos autobiográficos de Ramón Gómez de la Serna. “Nada es tan artificioso como el diario íntimo”, dice el buen Ramón. Y qué resumidas y ciertas sus razones. Gómez de la Serna es uno de esos escritores con palco de honor en nuestro feliz teatro literario, una fuente constante de riqueza lingüística y humana, una proa valiente para guiarnos en la encrespada lucha, el ejemplo palpitante de un hombre con la ambición máxima: ser duramente él mismo.

Por eso nos duele asistir al destemple y la soledad de algunas de sus cartas últimas, al desconcierto mudo de sus pensamientos más humanos, a la duda —que nunca pasó de ahí— acerca de su inacabable labor literaria. Se queja en sus postreros años de que sus amigos ya no atienden su correspondencia, que no le responden.

Así que aquí te envío, Ramón, con tinta de tarde y velocidad de espanto, una página escrita a la sombra de tus letras, como hija rescatada al tiempo y puesta en desvanecidas manos. Seguro que a estas alturas a ti apenas van a importarte los sesenta años transcurridos entre el día que tanto la necesitabas y este ratito presente, fresco y casi anochecido ya, en que por fin te la he podido escribir.

Salto de mes, comenzó marzo su carrera hacia la luz. Marzo con sus fríos y su voluntad de lejanía, marzo mosquetero del invierno, flecha solitaria ensanchando en el cielo la granazón del día. Marzo recién nacido, tan recobrado siempre.

No hay nubes como las de marzo, esas nubes grandes y sueltas, con silueta gris y centro plateado, con intención de lluvia generosa, las lleva el viento y no protestan, son veleros con armazón de hielo y entraña arrepentida. Recorren los campos cual pastores de lo vivo, amanecen los montes, vigilan las cosechas, llevan pensada ya, como un broche, la flor temprana del almendro. No hay nubes tan solitarias como las de marzo, porque son desertoras del invierno sin alcanzar todavía el feliz campamento de la primavera. Por eso viajan solas, endureciendo el cielo, desmigando la luz y la sombra de la vida, dándonos momentos de entusiasmo apagado y otros de una lucidez dolorosa y quieta.

Dan ganas de coger una cuerda y atar una de esas nubes para lucirla como cometa esponjosa e infantil. Y en un futuro poder contar a nuestros hijos que fuimos dueños imaginarios del cielo en uno de esos días en que marzo despertaba como un gigante bondadoso, temblando entre el dolor y la lucha, entre la duda y la nada.

Hablar de la inspiración no es hablar del aire, tiene peso y medida el aliento de las musas. Cuánto hemos alimentado los artistas la idea de la inspiración como figura mitológica, como mágica linterna poblando con sombras desconocidas la pared de nuestra caverna interior; la hemos presentado, al fin y al cabo, como *divina* potencia, siempre perseguida y nunca plenamente otorgada.

Declarar algo divino, decía Nietzsche, es salvarse uno mismo del esfuerzo, de la aspiración a competir con algo que nos aventaja pero que es, cómo no, fruto irremediabilmente humano. Qué cobardes y qué descuidados hemos sido siempre los escritores, los poetas, los pintores, qué incapaces de asumir la *responsabilidad* de nuestra propia inspiración. Un poco más allá de cualquier romanticismo con el que quiera abordarse el tema, un solo paso más allá, hay una verdad total y fecunda: sólo sale de nuestra inspiración aquello que previamente hemos llevado allí. Y creo que estoy dando una cita casi textual de algo que solía decir Goethe acerca de la soledad, pero no importa.

Lo que importa es comprender que la inspiración es una especie de destilado íntimo que el alma creativa va logrando a partir de materiales más bastos, de lecturas realizadas, de conversaciones lejanas, de trabajos noctur-

nos y tediosos. Estímulos que penetran de un modo u otro la dermis de nuestra sensibilidad y que luego nos acompañan ya como un agua de lluvia que se fue filtrando hacia las capas más subterráneas de nuestro ser. Gota a gota es como se forma un lago interior de ideas, un aguamiel que lleva nuestra imprimación, nuestro nombre, aunque aún no lo sepamos. Y aún no lo sabemos porque hay que seguir trabajando, aumentando lentamente ese caudal interior para que alcance su punto de presión exacto, y eso que fue lago en calma se convierta en torrente creador que ya no puede ser contenido, que debe ser expulsado violentamente. Y quien vea esa explosión creativa, ese pozo rebosante de agua, pensará en lo mágico del momento y en lo inexplicable del proceso. Pero el artista reconoce cada lágrima que brota y sabe si es gota de lluvia asimilada o gota de sudor vencida... Lo que ocurre es que resulta tentador que a uno le miren como mago de sí mismo, como hechicero de un mundo para muchos insondable; por eso el artista calla y deja que el asombro sea asombro. Por vanidad.

Ya hemos dicho alguna vez que el hecho de que esto sea un diario no nos va a salvar de mentir de tanto en cuando. De lo que sí nos va a librar es de callarnos una verdad cuando la vemos tan de cerca: la inspiración, por mil engaños que nosotros artistas queramos hacernos, es una cuenta exacta: sólo sale lo que entra, sólo se transforma lo asimilado, sólo se libera lo anteriormente apresado. Y es cierto que a veces el trabajo se hace y el

fruto no madura, pero el remedio es seguir acumulando, seguir destilando, seguir, seguir, seguir. No ha de ser puntual la cuenta, pero sí, repito, acaba siendo exacta.

Es el momento de asumir nuestra carga, nuestra primera responsabilidad como creadores: entender la inspiración como una disciplina dura pero moldeable, que responde al giro constante del torno de la voluntad y que devuelve a cada uno, en función de su capacidad y su talento, una pieza siempre proporcional a la arcilla que le fue ofrecida. Larga tarea es consentir que ya no podremos volver a poner piel de hechizo sobre ese ser encorvado y soso que es uno mismo ante el torno del oficio de la creación.

Veo pasar a Jaime muy de mañana. A las ocho y media, en lo más cierto del invierno, ya vuelve del huerto que tiene por la casa blanca. No lleva abrigo, sólo un jersey gordo y unos pantalones finos; y al hombro, cómo no, su saco, ese saco triste en el que hoy llevará un rábano, dos patatas viejas o unas judías verdes. Jaime, nombre de niño, anciano casi, arrastrando los pies por la cuesta arriba del pueblo, por la cuesta abajo de la vida, tempraneador y solitario, calandrajo humano, lo veo ir y venir, resollar contra el frío, empujar con un paso el siguiente. Parece un hombre despeñado.

No vive lejos. Su casa, según dicen, no tiene calefacción ni cuarto de baño. Alguna vecina le recose los

pantalones de vez en cuando, por caridad cristiana o por tristeza ajena. Por las dos cosas.

Hay muchas mujeres viudas en el pueblo. Ellas mandan en su casa como un general en su ejército, y tienen tiestos lucidos en el balcón y ropa blanquísima recién tendida. (Me contaba mi abuela que cuando era joven, aparte misas y huronerías, a las recién casadas se les juzgaba enseguida por lo blanca que fuera su ropa blanca.) Y ellas sí, las mujeres solas, ellas no sólo sobreviven sino que salen puntuales a barrer las hojas de parra de su acera todas las mañanas. Ellos, no. Los pocos hombres viudos son un hatillo de miserias, un bulto de vida, una hinchazón de tiempo y nada. En el caso de Jaime, un simple hombre del saco.

Nunca devuelve el saludo. Sólo una vez, recuerdo, aquella en que estábamos Lulú y yo en la puerta de casa picando el hielo de la madrugada para poder salir, se paró a hablarnos. De cerca se le veía tan cansado como de lejos.

Voy avanzando con la grabación de algunas voces del disco aquí en casa, con vistas a nuestra próxima visita al estudio, que será en un par de semanas. Días de trabajo concreto y tranquilo, con espacio para pensar y repensar las cosas. Trato de solucionar los pequeños errores que voy viendo sin apenas escuchar el conjunto de la canción, igual que un cirujano que abre, interviene y cierra cuanto antes.

Cuando se trabaja en proyectos largos como este (que se va a llamar *Cuántos violines para decir piano*) es importante dejar períodos de descanso, de barbecho, entre escucha y escucha, para desacostumbrar el oído y poder volver a percibir las canciones, una vez retomadas, como un estímulo nuevo, libre de los vicios asumidos por la escucha repetida.

El oído es una máquina magnífica, capaz de convertir en información relevante y diferenciada una amalgama de frecuencias y ruidos (ruido es la ausencia de una frecuencia definitoria) que recibe a todas horas y de todas direcciones. Nos informa de un peligro, nos da posición y distancia, movimiento, profundidad del espacio, timbre, frecuencia; distingue una voz particular entre una multitud y focaliza su atención en ella, organiza nativamente sonidos musicales individuales y simultáneos y los interpreta como armonías, reconoce escalas y canciones, se protege a sí mismo –taponamiento– ante cambios de presión atmosférica y, además, nos proporciona el equilibrio que necesitamos para mantener nuestra condición de seres orgullosos y bípedos.

Extraordinario, ya digo, este sentido que parece estar trabajando siempre bajo la superficie de la conciencia. Extraordinario y vulnerable. Al ser tan adaptativo, la repetición de un estímulo –una canción oída una y otra vez– va convirtiéndolo en un juez menos y menos crítico, en una herramienta poco precisa para valorar aspectos musicales o técnicos concretos.

Por eso estoy escribiendo ahora, entre toma y toma, no porque tuviera nada interesante que contar, sino por darles un respiro a mis oídos. Por hacer tiempo.

Frío al fin. Esta tarde, en la terraza, aguanieve sobre la ropa tendida. Apetecía quedarse en casa contemplando esa indecisión del invierno, esa agüita que no moja, esa nieve que no cuaja; menos mal que el fenómeno —porque si no no serviría de nada— puede rescatarse como palabra: aguanieve.

La mañana ha sido para avanzar con las grabaciones. Por la tarde, algo de lectura y soledad bien llevada. La soledad no tiene rostro, y unos días quiere ser monstruo delator y otras maestro contemplativo que sonrío sobre nuestras cabezas. Esa soledad positiva, la que no amarga ni señala, ¿no será una forma de satisfacción, una sonrisa del yo al yo? La otra, la terrible, tiene mucho de instinto de la especie, de culpa ancestral por alejarnos del rebaño humano.

Hasta hace un par de años no tuve internet en casa. Eso sí era estar solo, claro. Tenía un pequeño transistor de mi abuelo que sólo sintonizaba Radio Nacional. Y sí, somos seres sociales, hasta el que menos quiere serlo. Cuántas veces encendía esa radio sólo por escuchar al otro lado el ruidito del vivir mundano, las conversaciones sin interés alguno que tanto me acompañaban, la voz indiferente de una multitud que estaba afuera, lejos de mi

habitación, de mi guitarra y de mis libros, esperando a que un día yo también tuviera algo que decir.

Hoy digo esto: gracias, abuelo Claudio, por esa radio del tamaño de una cajetilla de tabaco, porque aun siendo tan chiquita y captando una sola emisora, a mí me parecía, ya ves, el mundo entero.

Domingo de convalecencia. Otro de esos días de fiebre sin causa ni sentido. Hacía tiempo que no se juntaban en una semana dos días así. El proceso es casi siempre el mismo. Me levanto con una sensación extraña en el cuerpo, una suerte de pereza retardada, como si la salida del sol me hubiera sorprendido sin el andamiaje interior montado. Luego el desayuno, tostadas en vez de fruta, por aquello de que uno no se encuentra bien y hay que mimarse un poco. Funcionalidad limitada hasta media mañana, se pueden hacer cosas que no requieran ni demasiado esfuerzo ni excesiva concentración. Quizás leer un rato, ordenar papeles, recopilar ideas. Toda la posible productividad del día está en esas horas, así que hay que aprovecharlas, porque a partir de ahí, hacia la hora de comer, comienza esa sensación de fiebre sin fiebre —a veces la hay, otras no—, de cansancio lento e inexplicable, de desvalimiento sosegado y total. De renuncia, casi.

El cuerpo se va haciendo un ovillo, se sabe herido de algo y comienza una retirada silenciosa hacia el cen-

tro de sí mismo. Su centro es el reposo, ahí es capaz de escuchar sus dolores mínimos, calcular temperaturas, averiguar pulsos y desenterrar sangres. Todo lo invisible se hace manifiesto: la respiración, los silencios, la propia debilidad. Estos períodos vulnerables, que tanto nos enseñan de nosotros mismos, son más peligrosos por inconvenientes que por verdaderamente graves. Ayer sin ir más lejos tenía una comida familiar y la pasé en el sofá del comedor con una manta que era como mi defensa ante el mundo, quieto como una estatua yacente y sudorosa, oyendo en la cocina el alboroto de los platos y las conversaciones, el tumulto incongruente de la vida, su discurrir predecible, su menudez, su encanto.

Por la tarde, cama y resignación. Pocas energías y mucho sueño. Intento no dormir, dejar que pasen las horas como barquitos por el horizonte, no dar demasiado espacio a esa melancolía latente que suele atacarme en días así. Me distraigo para que llegue la noche cuanto antes y se diluya en ella esa sensación de cansancio desgastado pero feroz, esa sombra de mí mismo que soy.

Ha sido un domingo en el que no he podido repartir un solo beso verdadero ni un abrazo entusiasmado. Todo han sido gestos vagos y flaqueza de ánimo. ¿De qué sirve uno si no es para alegrar un poco su corro familiar, para enternecer pasajeraamente esas vidas que tanto le importan? ¿De qué sirve uno si no es capaz de sentarse entre los suyos, sonreír apenas y dejar que el domingo sea domingo entre conversaciones sencillas y

un pan que partimos entre todos? Me acuesto temprano. Mañana, me digo, estaré mejor.

Tiene la noche una hora de imposibles, un rincón inhóspito, una desbandada de tiempo entre las tres y las cinco de la madrugada, en que estar despierto supone enfrentarse a todos los demonios que nos habitan. Es otra vez aquello de que el cerebro, nuestro cerebro, no busca la verdad sino la supervivencia. Y todo funciona bien, vivimos felices y engañados, nos acostamos crédulos y confiados, con ese pestillo de seguridad echado –no ver tanto como uno puede sino tanto como uno debe, eso es ser sabio, dijo alguien– y de repente despiertas a esa hora sin dios ni luna, desprovisto de la defensa eficaz e involuntaria que es el autoengaño, solo en el mundo y en la noche, a corazón abierto contra la doble lanza del miedo y de la duda. Dudamos de todo, de nuestra fuerza, de nuestra labor, de nuestros pocos méritos. Vemos el material de la vida en crudo, sin ese escudo de las convicciones, de lo irracional, sin ese amor fanático y necesario que nos tenemos a nosotros mismos. Es como si nuestra cabeza, a esa hora, no tuviera potencia para despertar los circuitos no esenciales y nos abandonara sin recuerdos, asustados y niños –niños asustados– por las afiladas avenidas del ser.

Yo no sé qué remedio puede ponerse a este descuido del alma para consigo misma. Lo que sí sé es que

uno no debe dejarse arrastrar por lo que sienta o piense en este tipo de situaciones, porque igual de peligrosas que las decisiones que se toman en instantes de euforia son las que se toman en momentos de desesperación, de visión *demasiado clara* de la realidad, sin el abrigo mínimamente cordial de una mentira que lo es, pero que en vez de ahogarnos en mitad de la noche, empuja nuestra voluntad, como barca rota y soñadora, hacia las corrientes bienhechoras del siguiente día.

Es tarde, escribo estas últimas líneas del día ya desde la cama, Lulú a mi lado, atenta a sus cosas, sin preguntarme demasiado sobre lo que escribo porque sabe que me costaría explicarlo. Ayer pasó el día conmigo, cuidándome como al niño enfermo que era, con esa sonrisa de buena cuidadora que vale más que cualquier medicina. Hoy ha sido ella la que necesitaba un abrazo y por eso me he quedado a dormir aquí.

Me acaba de enseñar una foto nuestra en el hospital de la que hoy se cumplen tres años (9 de marzo). Estuve ingresado unos días por estas mismas fiebres de las que vengo hablando. Pruebas de esfuerzo, de corazón, serología, gastroscopias, análisis de sangre por la mañana y por la noche, ayunos, enfermeras amables y sopas bobas. Diagnóstico: está usted perfectamente.

Así que perfectamente a casa y a pensar que todo ha sido un espejismo, una bravuconada de mis glóbulos

blancos, algo así como una guerra civil contra un enemigo tan desconocido que bien pudiera ser imaginario. Por suerte, no repite con mucha frecuencia. Incluso he tenido temporadas en estos tres años de olvidarme de ello. Excepto por lo inconveniente del asunto, casi siento estas fiebres como una parte más de mí, como un rasgo de vulnerabilidad plenamente asumido. Es tan mía la enfermedad que ni siquiera tiene nombre. Se levanta a mi lado algunos días, conversamos, me obliga a descansar, a restar importancia a las cosas, a retomar el centro de mí mismo, a dejarme cuidar. Hay gentes por ahí que nunca han tenido una madre que hiciera tanto por ellos.

II

Es fácil amontonar el tiempo, darlo entrecosido de fechas, acotarlo, vencerlo con paréntesis imaginarios, ablandarlo de recuerdos, doblarle su esquinita azul, convencerle de que lo que pasó, pasó, desnudarlo y sentirlo, desanudarlo y temerlo, abrir como ciruela en flor su corazón desminutado, morder sus dientes viejos, su risa de leche, enlagunarlo sin prisa, gota a gota, tiempo a tiempo, mirarlo a contramar caracoleado en sí mismo, presa y garganta, garganta y tiempo, milimetrado a veces, niño en la arena, deletreando nombres y días contra olas que no suenan, contra un mundo en fuga, clamorosa derrota del tiempo contra su propio ser, allá dolorido y callado a medias, boquirroto, manilargo, ciego, cojo y mentiroso, amor por lo que olvida y nostalgia por lo que no recuerda, tiempo, tahúr y diablo, monaguillo corretón y redicho, barcarola blanca sin tripulación ni guía, marineros dicen, marineros van, aguamarina que empuja y empuja, y de tanto empujar el mundo sólo mueve sus pies, tiempo, guardapolvos del tiempo, patatús y eternidad, lingote de oro, goterón gris sobre las cosas, organillero de la música del aire, alta miniatura, cielo total, maestro y cordura, molinero triste, tiempo, dulce licor para el buen paladeante, tiempo, vinagre y ajeno para el resto, ángel, perdonador y ratero, culpa de nadie, previsor a ciegas, socavón de la tierra en la tierra, tambor de los descontentos, justiciero a lo

largo, carta sobre la mesa, triquiñuela, tiempo, tiempo de abril, tiempo de tanto, contraventana al contrapatio del tiempo, excesivo trastrueque, soñador lejano, dulceazul del día, péndulo endurecido, apaciguador de fieras, mediador entre los siglos, tiempo, cronicón del tiempo, estalactita en la cueva del tiempo, frente de barro y manos de diosa, murmuración y destemplanza, verdugo sin cabeza, premio y repudio, rueda que nace y deshace, embudo fiero, tiempo, tiempo en el mar, recién planchado el tiempo, espadita de madera, corta y sin filo, contra la propia historia, cuartucho con olor a humedad, a oración, a moridero, ventanuco de luz justa, merodeo y zumbo de la abeja, tiempo, jersey roto, paz sin botín, cicatriz del mosquetero, pan de lo por venir, eco acostumbrado, tiempo porque un minuto es tiempo y porque un siglo es condena, apresurado tropezón del tiempo, farol a medio gas, sal necesaria, helado está el azar frente a los días, días, cara maquillada del tiempo, tiempo, río que muere, flor que no cesa, té a la hora del tiempo, altar con niñas y guitarras, muralla que viste pero no defiende, techumbre de plata, piedra sagrada de las tribus pensativas, juicio y balanza, barranco endurecido, tiempo, relámpago con ojos vendados, trigo y batalla, relágrima, barrunto de lo que pudo ser, confeti triste, mazapán mordido, arrebató de tiempo, de todo, de nada, desbaratada imagen de uno mismo, retal, pajarera sorda, hueso por fuera, tiempo, postal del tiempo, afluente mayor del tiempo, dolorosa reina, el tiempo, amante y perdonadora, brutal y nuestra, hija preñada de

mil hijos, de mil padres, tiovivo en medio de la primavera, cascanuez sin ruido, procesión sin fe, tiempo, ceniza y tiempo, fanfarria y copetín, cizalla loca, somos tiempo y cereal, tiempo y palabra, somos todo lo que no hemos sido a tiempo, malprontados, bienvenidos todos, saludad al tiempo, brújula de los perros y los locos, chacal impune, sol trasnochado, tiempo, palomar abierto y novísimo, desplumado tiempo, baratija universal, joya del hoy, zapatería del primer andar, del primer hombre, tiempo, rey Midas del tiempo, carbonería alegre de la humanidad, destrozón y macizo, abarrotado y solo, qué bien cuajado el tiempo, hecho de cortezas de árboles y de promesas olvidadas, qué bien trenzado el tiempo, alternando el hilo de las noches con el hilo de los suspiros, tiempo, qué demorado el tiempo, convertido en piedra, en mitologías, haciendo de cada leyenda viva una estatua final, presente, presentísima, qué buen padre el tiempo nuestro, doloroso de saetas, tiempodoliente, por el bien nuestro, por el bien nuestro, qué enamorado el tiempo, el de las primeras veces, el de los posibles besos, tiempo que es otro tiempo que es el tiempo de las esperanzas, el de mañana será, el de mañana quizás, aguas soñadas, timidez del tiempo, remanso para los hombres de juguete, pianistas, poetas y soldados, otro lazo marino y a seguir tejiendo, tiempo, que pusiste el cielo en el grito, tiempo, mimo silencioso, sombra derramada, callejón sin madre hacia la luz cansada, tiempo, puñados de trigo en las tierras sin milagro, pepita del hambre, cavilación constante de los dioses, confesor de qué reina,

rubí del que nacieron mil estrellas, volantín sin cielo, tiempo, cuchitril del hombre, embeleco del hombre, ramera del hombre, pianito portugués y solo, fado a medio tiempo, retornado minué, qué fue de él, qué fue de él, qué engranajes te empujaban, qué relojerías marinas, cantarín y enronquecido, tutelar y amordazante, yo te vi, tiempo que pasas, yo te vi, te vi, te vi hecho del ruido de una plaza, hecho del malabar de una sonrisa, hecho de procesiones lejanas, de virutas de otro tiempo, tiempo, muñón del tiempo, piñata rota en la fiesta de los transeúntes, hondura hacia afuera, profundidad superada, flecha enhebrada en el aire, fecundo interrogante, rotundo, estraza que va quedando sobre la piel madura, tiempo, detonación, tiempo, galope, tiempo, bostezador universal, equidistante, equiprobable, equitristeza, tiempo, serenata y champán, cereza picada, canica rota, porcelana en la repisa del tiempo, tiempo, tirabuzón y amén, tejemaneje de hurgamanderas y difuntos, qué se dirán, tan menudos, tan rientes, qué se dirán y qué escarmiento el tiempo, ancho de mundo, huequecito de nostalgias, paladar a favor del canto, del llanto, de la carne y la palabra, qué mañas tiene el tiempo, qué pisar a tientas, qué morir sin luna, es una patria el tiempo, es un hilillo de agua, un ángel milenario, una estrofa con espinas, un retumbo, una minucia, la trompetería alegre y tronadora del porvenir, el luto de todas las retaguardias, parlero y cenagoso el tiempo, esposo fiel de los campos y las vides, puntual notario, tam-tam del aventurero, pedestal del santo, barandal del niño, cometa

asomada a todos los cielos del tiempo, dentellada seca, labio posado en otro labio, cuánta raíz amarga, cuánto flautín atravesado, sin amor, sin coraje, un silbo, una mañana de agosto es el tiempo, un librito de colorear, una quemazón de palabras, y un río, este río, nuestro río, tan nuestro que siendo nuestro se nos va, tiempo, mirada que no está, tiempo, bicicleta azul sobre el puente del tiempo.

Kyla tenía un yoyó. Un yoyó y un chicle. Kyla, si mal no recuerdo, era hija de madre inglesa y padre italiano, o al revés. A Kyla la veía yo todos los lunes en un bar de Putney (barrio del sur de Londres), y me servía mi zumo de naranja entre juegos de yoyó y discusiones existenciales –luego se contará– y, si la noche acompañaba, incluso un segundo y último zumo de naranja. Kyla a veces también atendía la taquilla además de la barra.

El *Halfmoon*, que así se llamaba el sitio, era un edificio en chaflán, alto de ventanales y sobrio de estructura, amplio y sosegado, perfecto y triste con su barra en media luna, sus sofás desaparejados y aquella *Última cena* del rock'n'roll –cuadro presidencial– en medio de la iluminación cansada de aquel templo pagano que era el *Halfmoon*, edificio prestigiado por los días y perdonado por el tiempo. Siempre supe, sin saberlo, que el *Halfmoon* había sobrevivido a algún legendario y matinal incendio.

Lo que me llevaba allí cada lunes era la sala de conciertos, acogedora y real, desnuda y perfumada, trasnochadora. Suelo de baldosas grandes, blanquinegras, que hacían un ajedrez del pisar, una duda entre el cielo y la sombra, entre el bien y el mal, camino de esas mesas que tiritaban con una velita en medio, mínima y cordial. Lo que me llevaba allí eran las canciones, el puñado de artistas —semiprofesionales en su mayoría— que cada lunes acudía con su funda de guitarra y sus muchos o pocos nervios a compartir su dorremifá, su canción más acabada, con un público que siempre encontré respetuoso, protector, paternal casi. Temblaban las velas y el cielo del *Halfmoon* se iba poblando de historias con más o menos sentido, de cantautores locos, de imitadores de Paul Simon, de tímidos valientes, embusteros entrañables y promesas de la canción que nunca lo serían.

Recuerdo ahora, como poniendo el alma en tran-sistor, a una joven que se llamaba Natalie Ross. Siempre con su falda años cincuenta, sus gafas años cincuenta, su poca estatura y su tacón fino; qué belleza sin belleza, qué verdaderamente falsa, qué bien trabado el personaje de sonrisa y colorete, de lolita sin edad, y qué luciérnagas cada vez que ella aparecía con su guitarra a darle el brochazo blanco y final a la noche, última actuación como para llamar a tierra a todos los marineros perdidos del mundo. Y yo, que en mi rincón último llevaba un par de horas alternando lecturas con miradas aleteantes, intermitentes, hacia el escenario, soltaba por fin lápiz y libro y temblaba toda mi atención ante esa alucinación del

tiempo, ante esa lección apresurada —qué poco dura una canción, aunque dure siempre— que era Natalie Ross subiendo al escenario. Subiendo y haciéndonos notar que, a pesar de su pisar de mariposa sin peso, las tablas, a cada paso, crujían. Aprendía uno que su luz debía de ser lo que pesaba, lo que hacía crujir las maderas, lo que avisaba de que una artista de verdad estaba a punto de ofrecerse a nosotros. Velocidad en la sangre, inquietud, expectación. Para ella era un lunes más, allí, en el *Half-moon*, escenario que ya se le quedaba pequeño a su talento, a su ambición, pero para nosotros era el aire nuevo, el punto de luz y fuga por donde se nos iban a escapar todos los sueños de la noche.

Hubo un día en que yo —no recuerdo el motivo— había abandonado mi puesto de brigadier nocturno junto a la barra y me había sentado en una de las mesas cercanas al escenario, y ella, que estaba a punto de salir, se sentó conmigo. Me preguntó por el libro que leía, chapoteamos un poco por las aguas de mi inglés de náufrago recién llegado a puerto y finalmente se fue, con su vestido blanco de vuelo fácil y la fanfarria sonora de sus tres vueltas de collar de perlas. Tuve la sensación, cuando se marchó, de que había bajo ese personaje de muñequita alegre e inteligente de los años cincuenta, un fondo de frustración, un estrato desilusionado de su alma, una suerte de orfandad, de desvalimiento sincero, asumido, que presagiaba ya que el talento, su descocado talento musical, no iba a ser suficiente como para alejarle de la cada lunes más poderosa fuerza gravitacional

que el *Halfmoon* –media luna, agujero negro– ejercía sobre ella.

Pero volvamos a Kyla. Kyla tenía un yoyó. Un yoyó, un chicle y un disfraz de Halloween. Vayamos poco a poco.

Hay gestos mínimos que definen amplia y milagrosamente a una persona, actitudes menudas que nos dan la visión entera y cumplida de quien está delante. Así era ella, y así la conocí: a los veinte segundos de verla por primera vez ya tenía yo su retrato completo, la madeja desembrollada de su personalidad, ya estaban desvelados sus misterios de chica incógnita. Fueron los veinte segundos que tardó en acercarse a mi rincón de la barra, quitarme el libro que estaba leyendo y, sin dar explicación ninguna, ponerse a leer en silencio, como profesora que revisa un examen. A los pocos párrafos levantó la vista y con acento y peso de británico imperio, sólo dijo: *Oh, existentialists!* Me devolvió el libro y siguió a sus cosas.

Kyla era alta y delgada, rubia/pelirroja/castaña dependiendo de la estación, apretada de vida, rápida de respuesta, con una sonrisa exagerada y pura, desmadrada, despreocupada, impulsiva y transparente. No era guapa ni fea, y por eso tenía un yoyó, un yoyó y un chicle que la diferenciaban, que la hacían más real, más presente en aquel *Halfmoon* de las mil noches, como quien ya ha conseguido resumir toda su personalidad en un solo gesto y se lo ofrece a los demás como fotografía de sí misma, como chispazo lírico de su universo total.

Kyla era una de esas chicas que uno se imagina van a pasar su vida en un eterno interraíl, de un lugar a otro, durmiendo en pensiones de estudiantes y acariciando mucho al gato de la dueña. Se palpaba en ella el conflicto entre su orgullo británico —orgullo de pertenencia— y el corazón viajero, *ritornante*, de su familia emigrada —padre/madre italianos—. Y esa lucha latente, presentida, parece que ponía su vida toda sobre el alambre de lo provisorio, en un estar/no estar en el minuto presente sino en el latido siguiente, como mirando a cada rato, de perfil y a bulto, aquello que podría ocurrir en cualquier momento. Guardan los genes recuerdos y a Kyla su pasado italiano le estaba susurrando siempre que el tiempo nada dura y que cualquier patria es una isla a merced del mar.

Kyla tenía la piel muy blanca, que en eso sí había vencido su infancia en Londres a los soles vernaes de su larga ascendencia mediterránea, y una nariz grande y mandona, de las que crean un complejo o forjan un carácter —si ambas cosas no son la misma—; tenía un andar seguro y desocupado, como de quien sabe siempre adónde va aunque no vaya a ninguna parte, y un humor fino y triste, de pandereta sorda, que la hacía vulnerable al trasluz de su propia imagen, desvalida y tierna durante un segundo, hasta que se recomponía y volvía a ser la niña indiferente y lista que siempre había sido.

Cuando nos conocimos más, Kyla podía pasarse la mañana en la cama, o paseando desnuda y como desganada por mi habitación mientras yo escribía. Creo que

le gustaba la idea de ser musa, musa de algo, aunque fuera de un escritor emigrado y pobre. Luego, cuando la campana imaginaria del mediodía comenzaba a sonar en su interior, se vestía sin esfuerzo, rápidamente, y se marchaba, alegre y despreocupada, a conseguir ese dinero que siempre le faltaba para pagar el alquiler.

La única vez que estuve en su casa fue en una fiesta de Halloween. Compartía cocina y cuarto de baño con dos amigas que apenas conocí. De aquel día sólo recuerdo un saloncito pintado en claro y lleno de gente e idiomas, la cajita/pastillero con sustancias psicotrópicas que circulaba de un lado a otro y las estrechas, estrechísimas escaleras que llevaban al cuarto de Kyla. Por la mañana fregué platos con ella, en una escena tierna y matrimonial que no nos pegaba nada.

Fue siempre despegada y feliz, nunca sugirió que nuestra historia pudiese significar más de lo que significaba, y yo, tan torpe siempre en estos asuntos, nunca pensé que lo pensara. Un día, a la vuelta de uno de mis viajes a España, la encontré fría, con los ojos endurecidos por la espera y aquel su yoyó sobre la mesa, en remolino triste. Se tomó el último café y se marchó. Me dolió entonces porque estaba seguro de no haber hecho nada que le pudiera haber herido. Hoy, que conozco algo mejor ciertos silencios –silencio, salita de espera de la mujer–, me doy cuenta de que esa nada que no hice fue, ay, lo que la hirió.

Londres debía de ser el zorro hambriento que se oía por la noche rondando la caseta de los contenedores de basura comunitarios; susto y ternura, pellizcos de pan de molde que yo le dejaba caer desde la ventana, no alimentos a los zorros, no les echés más pan, sus orejas de aviso, su nariz de perdigón, ojos que andaban entre la pena discreta del mendigo y la sonrisa afilada del ladrón, corazón al ras del frío, pelo rojizo, *rojosangre* de tantas cacerías, rojo ancestral, sangre heredada, y qué flacos están los zorros este año, pero no les echés más pan, muchacho, no les echés más pan.

Londres debía de ser encontrar el *Zaratustra* de Nietzsche en el sótano segundo de una librería de Charing Cross, llevarlo a casa, cuatro libras, la tapa medio suelta, Penguin Classics, leerlo como el que se lee a sí mismo, egoísmo puro, Nietzsche, protector de semillas, arcángel turbado, padre amantísimo, veleidad del pensamiento, penúltima lección del maestro antes de aureolarse con una locura legendaria, poco antes de abrazar al último caballo maltratado de Turín. Y la foto de portada, ojos que ya han salido de los ojos para ser sólo mirada, bigote selvático, alucinado, descanso del guerrero que sólo quería matar a Dios para ofrecernos un siglo nuevo—nuestro siglo XX—preñado de una desolación fecunda y de mil cantos sin memoria.

Londres, aquel Londres, seguramente era olvidarse un poco de ella, aunque nos escribíamos, aunque no la olvidara, y regalarle un juego de cartas —ya se explicará, si se explica— por su cumpleaños, luces rojas, la muerte de su hermana, veinte años, hoy no podemos hablar, su visita de aquel noviembre, el próximo noviembre, sí, con dos amigas, Hyde Park, qué más podemos ver. Cuánta luz nos proponía el día, qué conspirada la tarde en nuestro favor, y una noche en aquel hostel, todos juntos, quédate y te vas mañana pronto, dos en cada cama, respiración contenida, nada más, tus amigas ya duermen, nada más, ¿hubo un beso?, un beso nada más, y ese rato de cogerle la mano y dormir feliz, felizmente cansado, como duermen los niños. Como duermen los niños que no piden nada más.

Londres sería un puente sobre el Támesis con vistas al centro financiero de la ciudad, metrópoli del oro, los paseos dialogados con aquel señor de Richmond que siempre tenía frío —frío de edad, creo hoy, más que de tiempo—, las escaleras donde hacíamos cola los aspirantes a tocar en aquel bar sotanillo donde se suponía que había actuado Bob Dylan siglos ha; los puestos de dulce en el mercadillo de Chelsea, sábado por la mañana; el sombrerero loco que no me quiso vender un sombrero en Camden Town, la acuarela de Skip James que unos minutos más tarde me regaló un artista amable, feo y conversador; los turistas españoles al fondo del autobús confesándose sus miserias a gritos, tranquilo, si nadie nos entiende, el rojo en los hombros de las

muchachas inglesas tras el primer día de sol, de primavera total con parques ya impacientes de vida, abultados de niños; las mañanas en que Joe, africano dueño de la tienda de antigüedades que había debajo de casa, se pasaba horas limpiando minuciosamente sus pequeños y a veces hasta lamentables tesoros; la compra ritual en el supermercado: pasta, pollo, caldo y galletas –básicos Sainsbury's–; el cuarto de baño sin estufa, mi zumo de naranja en cualquier bar; paseos sin rumbo por el centro, fotos de grupo en Piccadilly, no saber pronunciar *Shaftesbury Avenue*, calle negreada de taxis y mareante de musicales, sí, eso, eso justamente, no saber pronunciar *Shaftesbury Avenue*. Eso debía de ser Londres.

Debía de ser diciembre cuando mamá vino a visitarme, aunque tendría que mirar la única foto que nos hicimos para asegurarme. Guapa como un clavel, superando idiomas y aeropuertos para traerme una sonrisa caliente como un paño, ahora que empiezan los fríos, hijo mío, para traerme una sonrisa cuando yo más serio estaba, con esa seriedad total, interior y total, despiadada y total, de quien empieza a delimitar las fronteras de sí mismo. Llovió mucho aquellos días. Una tarde la dejé en su hotel porque los dos estábamos cansados de caminar arriba y abajo, metros y museos, parques y autobuses, y luego me arrepentí mucho de aquel abandono. Quizás fue la primera vez en la vida

que tuve un sentimiento paternal hacia mi madre. Ella seguramente no recuerde nada. Al día siguiente me contó que había bajado a dar una vuelta por las tiendas cercanas al hotel y que se había apañado muy bien con el inglés.

—Sólo me han mirado extraño cuando ya me iba.

—¿Les has dicho *adiós* en español?

—No, en inglés: *I love you*.

Londres debía de ser la negativa a apuntarme a una academia de inglés, porque creía en lo vivo del idioma más que en la perfección de la sintaxis y porque me parecía el equivalente, viviendo en el meollo mismo de la lengua, a estar en pleno bosque amazónico y pedir indicaciones para llegar al zoo más cercano. A lo que sí me apunté fue a unas charlas que se organizaban entre nativos ingleses y estudiantes extranjeros. Eran encuentros populosos y desordenados, donde cada cual iba encontrando su pareja de baile, de conversación. A mí me interesaban mucho por eso mismo, porque la peonza del idioma iba girando de un lado a otro, acercándose y alejándose de uno más o menos según el azar natural de la tarde, en vez de según el rigor previsible de las academias.

Las reuniones se hacían una o dos veces por semana, cada vez en un bar distinto, y se alternaba la charla en

inglés y en español, de forma que todos pudiéramos digerir algo. Lógicamente, además del propósito declarado de ese aprendizaje colectivo, estaba el aliciente personal de poder conocer gente nueva dentro del grupo. Era interesante ver cómo de repente una chica andaluza y un italiano de Génova, sin saber ninguno inglés, comenzaban a hablar, cruzaban cuatro sonrisas —la sonrisa mediterránea no necesita traducción— y a los diez minutos desaparecían del bar, *miarma*, por lo que quedaba de tarde, y del grupo de intercambio, *arrivederci*, por lo que quedaba de vida. Así fue como conocí a Bénédicte, de quien seguramente hablaré más tarde. Al cabo de unos meses de asistencia casi continua, un martes cualquiera en que había reunión decidí no ir, y sin darle importancia, como esas decisiones que se toman una vez y ya son para siempre, me desvestí, cené y me fui a la cama.

Eran los altos de la ciudad, el norte al norte de Londres. Llegamos en un coche coqueto y gris, ratón ratonero de las calles estrechas, por las que íbamos no sé adónde; lluvia en los adoquines negros, mástil de luz en el barco naufragado de la noche, nortes del norte, ya casi estamos, ya verás, ya casi llegamos. Era miércoles y alejarse del centro suponía un apagamiento gradual de la vida, concéntrico e inverso, según íbamos superando avenidas, suburbios, qué sé yo. Habíamos pasado de la flor vivísima y nocturna de Piccadilly y el Soho —te voy a llevar a un sitio, ya verás— a los descampados afilados de

la zona más industrial (sin industria), deprimida (sin depresión) y cosmopolita (sin neón alguno) de la ciudad. Aparcamos.

El edificio era alto, sobrio, con el frontal de la fachada muy repintado pero legítimo, y las otras tres paredes sin restaurar. Ladrillos que le miraban a uno como a través de un velo de humo y abandono, de ternura y espanto. Aquello daba la sensación de haber sido una fundición en siglos pasados —estrofas superadas del tiempo— con sus obreros a pie, sus niños dickensianos y sus perros avarientos. Todo eso.

La primera planta estaba vacía, nada que ver, nada que olvidar, es por aquí, vamos, que ya está. Y subíamos unas escaleras de hierro e impaciencia, como si nos hubiera llamado el patrón a su oficina para informarnos de algún despido inminente o del próximo cambio de turno. Pero no había oficina, ni patrón, ni despacho. Por fin la luz. O las luces, luces como de época, de otra época y de otro lugar, de un amarillo bienhechor y tranquilo, luciérnagas quietas, lo ves, te gusta, a que sí, el suelo de madera crujidora, con un gran cuadrado de parqué más fino en el centro, mesas, rinconeras, la barra discreta al fondo y una guitarra repiqueteando en el silencio aquello de:

*Malena canta el tango como ninguna
y en cada verso pone su corazón
a yuyo del suburbio su voz perfuma
Malena tiene pena de bandoneón.*

Y allí, en el entarimado de parqué, como en el centro mismo del universo, parejas de baile, discretas, silenciosas, como en un ritual de tango y paganía, movían los pies de acorde en acorde, el cuerpo de compás en compás y el alma, sí, de verso en verso.

Malena y yo nos habíamos conocido unas semanas antes. Malena no se llamaba Malena, claro. Había nacido en Inglaterra pero llevaba en su piel oscurecida profundas ascendencias de remotos orientes, de Líbano o por ahí. Pelo largo y negrísimo, negrísimo y muy largo, alma nómada y mirada beduina, como de princesa de todos los desiertos. Tenía un acento que yo llamaba de británico imperio –como el de Kyla–, cerrado y muy florido de entonación, que es el acento propio de los emigrantes cuyos padres vinieron de patrias que ellos no han llegado a ver y cuya única confirmación de la nueva identidad consiste en la asunción lingüística, en la asimilación más que de la lengua como tal, de su sonoridad. Sabe el emigrante, cualquier emigrante, que el idioma es comunicación y progreso, pero el acento es, además y sobre todo, pertenencia. Acento de británico imperio, ya digo.

Hablaba un español decente, había vivido un largo verano –que igual fueron varios años– en Buenos Aires, enamorándose de los organillos y los trolebuses, del color de los barrios y la suciedad de los mercados. Volvió de allá –pronúnciese bien este *ashá*– con el recuerdo de algún novio que quizás nunca lo fue y un castellano tachonado de localismos rioplatenses y espu-

mosas melodías atlánticas. Tanto era así, que no sabía nada de la palabra *vosotros*.

—¿Qué es eso que dices, *vosotros*?

—Es el plural de *tú*.

—¡Ah, *ustedes*!

—Sí, Malena, *ustedes* es lo que *vos* dirías allá.

Y entonces se quedaba alarmada por ese *vos* que ella curiosamente no utilizaba (ahí sí que había preferido el *tú* peninsular), porque el lenguaje es así de maleable y cada cual impermeabiliza el idioma oficial, el de la escuela, contra unas determinadas y personalísimas injerencias y contra otras no. Aunque en esto, como en cualquier teoría —o incluso cualquier filosofía— suele haber siempre una razón cotidiana, práctica, discreta que explica la contradicción mejor que cualquier erudita disertación sobre la materia en trato. Seguro que Malena le preguntaba a menudo a aquel novio que nunca lo fue:

—¿*Tú* quieres que me quede acá?

Y él le respondía:

—*Ustedes* las mujeres... —y la besaba sin más.

Y con eso se quedó.

*Tal vez allá en la infancia su voz de alondra
tomó ese tono triste de la canción
o acaso aquel romance que sólo nombra
cuando se pone triste con el alcohol.*

La noche no fue corta ni larga, la noche no existió. El tiempo era no más que un estribillo en aquella barcaza naufragada por las nieves del tango. Quien sabía bailar, bailaba; quien no sabía, aprendía a esperar. Excepto dos o tres parejas, que parecían las más profesionales, el resto iba alternando compañero de danza en cada canción. Veía a Malena pasar de unos brazos a otros y atendía al galanteo puntual de una sonrisa, de un movimiento con más intención que afán resolutorio, de unos ojos que duraban un segundo infinito sobre otros ojos. Era espectador prudente de ese coqueteo íntimo de cada pareja dentro del coqueteo universal del tango. Cada cierto tiempo ella se acercaba hasta la mesa y me preguntaba si lo quería intentar.

—Me falta un hueso en la cadera, Malena.

Y se iba sonriente y cercana. Cercana porque le gustaba saber que mientras su pareja de baile la llevaba y la traía como vistiéndola y desvistiéndola con finos velos egipcios, yo la miraba distraídamente, desde mis ojos y desde los de su inadvertido compañero, en un juego de espejos empañado de ligeras pero seguras voluptuosidades que su alma de mujer del desierto comprendía muy bien.

*Cuando todas las puertas están cerradas
y ladran los fantasmas de la canción
Malena canta el tango con voz quebrada
Malena tiene pena de bandoneón.*

Malena y yo pudimos tener una larga amistad o un corto romance, romance sin prisa ni entusiasmo, sin decepción ni nostalgia. Sin peligro. Al final, ya digo, tuvimos un tango.

Londres debía de ser la doble vertiente, el alto precipicio del que colgaba mi descolgada buhardilla: de un lado, frente a mi única ventana, los pisos pobres en los que siempre pasaba algo, borbotón correteante de niños pelirrojos, gritos selváticos y policías a deshora; del otro, las anchas avenidas del buen vivir, Fulham Road desembocando en el relumbrante corazón de Chelsea, barrio blanco, aceras con vocación de siglos, no tiene prisa el mundo aquí, todo está cumplido, edificios levantados en lo mejor de un imperio, palomares blancos de luz sobrante.

Las grandes ciudades deben producir siempre un arrabal así, un barrio ocioso que tenga tiempo de pensar sobre sí mismo, que no se mueva con el jadeo nervioso de la hora sino con el mecimiento natural de la Historia. Las grandes ciudades *se merecen* un barrio así, como precipitado mejor de su esfuerzo por llegar a ser, como sedimento seguro, afianzado, de la metrópolis contra los imponderables del tiempo, contra el azar de los incendios, las pestes y las tempestades, un lugar que en medio de los bombardeos —como se decía de Chelsea en la

Segunda Guerra Mundial— siga tomando despreocupadamente el té de las cuatro.

Y qué tranquilizador pasear mirando los jardincillos, los mercados, las fachadas simples. A veces una cortina descorrida dejaba ver a una señora ordenando pulcra y mínimamente su perfecto salón, y calculaba yo el número aproximado de siglos de paz y democracia, de colonialismos subyugadores y severos, de muertos olvidados, de motines y huelgas, de niños con carbón en la garganta y una flor de sangre en el pulmón, de servidumbres domésticas y esclavitudes africanas, de traiciones familiares y monarquías fallidas, de egiptos robados, de revoluciones pendientes, de hogueras y excomuniones, de dominación de los mares y soberanías atlánticas, de depuraciones aristocráticas —lentas como un iceberg— y purgas populares —inmediatas como un disparo—, de conspiraciones e intrigas, desobediencias al Papa y bulas de absolución, de pestes, hambrunas y lamentos a Dios, el número aproximado, ya digo, de todas estas cosas que habían hecho falta para que esta señora pacífica y gris, tierna y vulgar, colocara su jarrón, hoy sábado y a esta hora, exactamente en el sitio donde debía estar.

Un barrio para que la ciudad piense sobre sí misma. Pero no hay, ya se sabe, belleza impune.

Madrugaban las calles de Chelsea con una sonrisa desperezada y buena, apretada de olores finos e invariables, olores que llevaban suspendidos en el aire los últimos doscientos cincuenta años, columnas aerosoles

en torno de las cuales se habían ido construyendo las calles, las aceras, los mercados. Era una ballena enorme, Chelsea, una ballena generosa en el mar de los tiempos.

Los domingos alternos había partido de fútbol en *Stamford Bridge* y podía verse entonces una muchedumbre azul siendo mansamente devorada por la ballena, muchedumbre alegre y visitadora con la que el elegante cetáceo se entretenía una tarde entera, viéndola ir y venir con sus preocupaciones civiles, sus esperanzas ciegas y su cervecita en la mano. Era un mar de vida golpeando el tranquilo corazón de la ballena, el azul proletario del hombre de a pie rompiendo contra la espuma blanca de la Historia —marea inversa—; el turbión palpitante de la hora en un barrio sin tiempo ni reloj. Multitudes sonoras, bufanda, himno y camiseta, *Stamford Bridge*, puerto de marineros, rizo azul en la frente clara del domingo, mancha de vida en el límpido vitral de la costumbre, primavera fugaz, azul siempreazul, frente a la poderosa rosa de los siglos. Todo lo que el barrio tenía de eterno lo compensaba en esas tardes de domingo con el aliento jadeante, cálido, humano de un Capitán Ahab multitudinario y festivo que no quería matar ninguna ballena sino más bien dejarse mecer durante un rato largo, ociosa y felizmente, en la maternal entraña de aquella magnífica y serena bestia marina.

Chelsea. Pero mi buhardilla, iba diciendo, daba al otro lado, al campamento sur de la pobreza, a las casas con sábanas en las ventanas en vez de cortinas, al día a día con portazo a las tres de la mañana, a las bolsas de

basura menudeadas por los zorros, a los ratoncitos atrapados con pegamento en la cocina y rematados con una plancha vieja, a la soledad de Joe el africano limpiando tanto sus monedas de plata que ya se empezaba a ver que no eran de plata, al frío en los pies y la humedad en todas partes, al colchón en diagonal porque no cabía entre las dos paredes, a los alquileres con meses por pagar, al fregadero con sartenes de freír pescado, a la ropa lavada en la bañera y tendida con una cuerda entre dos sillas, a los niños sin supervisión ni escuela sentados al sol de marzo, sin un libro, persiguiendo las bolsas de plástico —cisnes asustados— con una bicicleta.

Y yo me daba cuenta de que mi vida era eso, de que mi punto de contacto con el mundo estaba allí, que iba a estar siempre allí; y que Chelsea, comuna de victoria y oro, seguiría siendo no más que un jardín presentido, un edén colmado, un Moby Dick imaginario en mi corazón sin rumbo de Capitán Ahab.

Nocheviejas de Londres que no vimos, el cielo de un año contra otro, aceleración y confín, saeta en punto para todas las nostalgias, clavo en la frente de una realidad palpable, dudosa, nochevieja, pura carne del tiempo, pura cicatrización del tiempo, veta iluminada, novia ferroz, narración en blanco.

Era nochevieja. La casa, por primera vez, se quedaba sola. Sola ella conmigo y solo yo con ella. Llegaba

hasta mi buhardilla el clarísimo latín de algún silencio, serían mis propios pensamientos, no sé, o un espejo hablando con otro; sería que por fin podía dejar que la sangre se coagulase blandamente, y ensanchar el doble párpado de la mirada y del sentir, recuperar la intimidad y hacer ancla en mí mismo. Sería que sí, que la ciudad era un belén fulgurante y cansado y que yo, meses después, estaba solo.

La casa —mi segunda casa— era grande y blanca. Estaba atravesada de pisos y entresijos, de baños comunitarios y terrazas como de juguete, mínimas e innecesarias. Las escaleras, de tan estrechas e intrincadas, parecían pensadas más para una muerte accidental que para una convivencia feliz. Las tres habitaciones de los primeros pisos —y entresijos— estaban ocupadas por una pareja española, una irlandesa y otra franco-alemana. La parte alta la compartíamos, en dos habitaciones abuhardilladas y más pequeñas que el resto, una chica australiana y yo. De la chica australiana recuerdo que me contó un mediodía en la cocina, mientras esperaba a que se cocieran los macarrones, cómo su perro *Dingo*, allá en su país, se había ahorcado tratando de saltar la valla de alambre de la granja de sus padres. Ella era buena, poco coqueta y de un optimismo muy resuelto. A mí se me estropearon los macarrones.

Aquella nochevieja todos estaban fuera. Me había hecho yo algo así como un cuadrante con los horarios y turnos tanto de la pareja española que vivía debajo como de la australiana risueña que tenía enfrente.

Lo hacía para poder tocar cuando ellos no estaban. Lo hacía porque sentía vergüenza de un arte que aún no dominaba. Por eso esperaba a oír el doble ruido de la puerta del cuarto y del crujir de la escalera para coger la guitarra –guitarra que había colgado rudimentariamente en la pared– para comenzar con mis estudios: Tom Waits y Bob Dylan fueron mis pacientes y rigurosos maestros en aquella época. Artesanos del oficio, vidas con destino de canción. Tom Waits siempre me pareció de una ternura tosca y maravillosa, algo así como el ronquido de la mujer a la que quieres. Bob Dylan era otra cosa, Bob Dylan era como si la mujer a la que quieres ni siquiera roncara. Una potencia natural, un torrente cargado siempre de la idea exacta para hacer una canción. Alguien dijo que escribir canciones era como sentarse a la orilla del río con la caña bien dispuesta y esperar a ver si picaba algo, pero que si Bob Dylan estaba río arriba no ibas a coger ni un renacuajo. La frase es tan exagerada que seguramente sea cierta.

En cualquier caso, aquella noche lo que me llevaba entre manos era otra cosa: *El arte flamenco de la guitarra*, de Juan Martín. No se me olvidará esa nochevieja de soleares y farrucas con sus doce campanadas escuchadas remotamente, yo no sé si con el oído de la distancia o con el corazón de lo presentido. No se me olvidará porque nunca estuve tan solo y tan feliz, tan seguro de que el tiempo llegaba, de que el año que ya rompía en flor iba a ser el farallón de piedra y luz donde se estrellaran todas las mareas de la espera, de la desesperación –“para

que exista verdadera desesperación debe haber algo de esperanza”— y del trabajo acumulados.

Nada había pasado pero todo estaba, lo sabía, cumplido.

Ramón. Ramón el bueno. El buen Ramón. Rizo y capricho, cedazo del buen decir, coordinada pavorosa, muerte civil —para hacer labor artística, decías, para ser artista—, ismo descontrolado, Ramón y sus dibujos, Ramón y su circo, inverosímil y cierto, robinsón humano, torería alegre del toro de la soledad, alto despacho con maniquí y farol de gas, tabernero del amanecer y un vinilo de palabras, de disparates, toda la viruta buena del escritor cansado, Ramón, Madrid de cambalaches, Buenos Aires de dolor, nadie escribe ya a Ramón, hijo del Rastro, pariente natural de las mecedoras y de los molinillos de café, de los espejos escamados por el tiempo, del barroquismo inútil —y por inútil, poético, y por poético, necesario—, ida y vuelta de toda literatura, cómo no cansarse, Ramón, si había que decir tantas cosas para que a fuerza de no importar se nos hicieran indispensables, cómo no cansarse un poco, tú, incansable siempre, rama generosa del árbol del idioma, Ramón, gordo y testarudo, Ramón, botijo español de desparramada prosa.

El libro decía así: *Ramón Gómez de la Serna. El libro mudo (secretos)*. Lo había tomado prestado del Insti-

tuto Cervantes en Londres. Tenía esa cosa desconcertante de las ediciones hechas a cuenta de la institución de turno, en este caso el Fondo de Cultura Económica, que figuraba en la portada con una tipografía más grande incluso que la del autor del texto. *Fondo de Cultura Económica*, así, a trallón, como en el colegio. Parecía que alguien quisiera ponerle envoltura y sello de informe trimestral macroeconómico a lo que sólo era confesión prematura y borbotante de un escritor adolescente y casi novel. Parecía que alguien tratara de inscribir en el Registro Mercantil el olor espontáneo y particularísimo de un almendral silvestre. Parecía triste y funcionarial. Y lo era.

Luego, abrir el libro era penetrar las nieblas mentales de un artista joven, vehemente, severo. Sin concesiones. El escritor que sólo quiere ser escritor. Decretaremos nuestra muerte civil —confesaba Ramón no sé si en este o en otro libro— para hacer con ella simple y pura labor artística. Y es que tiene el hombre una tarde en la vida en que es todopoderoso, en que la violencia de su juventud se completa con una hermosa obstinación egoísta como puente tendido hacia el futuro; una tarde en que donde decía “quiero” ahora dice “quiero y sí”, en que uno sabe por fin lo que siempre supo: que es la hora.

Comienza el artista joven alejándose de todo lo familiar, de todo lo que contamine de un modo u otro la conquista voraz de su individualidad; decreta, como Ramón, su muerte civil. Y con ella funda e inicia su

peregrinación estética, la búsqueda del delicado acento en el vivir, en el ser, la fiebre de la originalidad radical —que no existe, claro—, y reniega de todo lo heredado y se abrasa de trascendencias fútiles. Es un bautismo fundacional, íntimo y sobrio, al que todo artista sincero ha tenido derecho, ya digo, una sola vez en la vida. Y es una voz tan secreta, tan penetrada de sí misma la que nos habla, y tan exquisita en la hora y fecha elegidas para hacerlo, que ha habido artistas de talento portentoso a los que ese susurro único pilló tomando el vermut en una terraza bulliciosa, o estudiando unas oposiciones, y jamás lo oyeron. A mí me sorprendió leyendo *El libro mudo* de Ramón.

Hay libros que nos dan consejo, libros que nos dan literatura, y hay otros con una fuerza tal —fuerza en la escritura, no hablo de potencia intelectual— que son capaces de crear no sólo el recuerdo de lo leído sino el recuerdo de uno mismo asistiendo a lo leído. Es una suerte de desdoblamiento, algo así como ocupar la última butaca del cine para verte a ti mismo, en primera fila, asombrado por la película en proyección. Yo puedo hoy, años más tarde, revivir doblemente aquella noche en que comencé a leer el libro de Ramón, y una imagen es subjetiva, desde mis propios ojos, y la otra es frontal, externa, la acuarela de mí mismo en la alta buhardilla leyendo en el suelo ese librito mudo —que devolví y que no he vuelto a ver—, con el alma abierta, avasallada por la prosa descuidada, instintiva y genial de aquel adolescente bajito y rechoncho, de aquel Ramón primero, ángel bienhechor.

Más que un referente lo que se busca en estos casos es un *antecedente*. Cualquier artista es primero un destructor: destructor de su identidad anterior, del campo de juego en que se movía, de los usos y costumbres preasumidos. El artista que empieza a serlo debe arder en la hoguera que lo ilumina, debe romper los límites, ensancharse a sí mismo, *renacer* su mirada, y todo ello con una finalidad manifiesta: la libertad artística.

Pero una vez llega ahí, a ese desprendimiento de todo lo innecesario, a ese cumplimiento de su voluntad, lo primero que ve el artista es que la libertad no es un oasis de tiempo y bien hacer, no es ese edén imaginado en que las musas corren desnudas y los naranjales están siempre en flor. No, la libertad total no es eso. El libre albedrío, con tanto sudor logrado y a tantos sacrificios debido, a lo que más se parece es a un solanar, a un pellón de tierra sin sombra ni luna guiadora, y por eso, por ese miedo al vacío, inmediato y capital, es por lo que se agradece tanto el tener el testimonio de un precursor, de un superviviente que diga “yo estuve ahí”, de un antecedente. No es asunto de seguir sus huellas sino de comprender que sí, que es posible el salto, que un buen Ramón se atrevió a morir civilmente para poder ser escritor y nada más, y que cuarenta años después de tamaño atrevimiento su vida corroboró amorosamente aquel empeño de adolescencia. El buen Ramón.

También nos enseñaba aquello que si uno quería vivir literariamente, al margen de la democrática visión de las cosas, debía mantener la mano firme, es decir, lo

primero era cultivar una disciplina sin fisuras, hacerse duro regulador de la propia vida, imponerse las obligaciones más altas aunque fueran, ay, las más penosas. Quien no quiere que nadie le ordene debe aprender a obedecerse a sí mismo. Así que ya teníamos el doble problema de todo artista en ciernes: la desoladora ausencia de límites y, recién descubierta, la necesidad ineludible de una fiera autodisciplina. Y ante esa múltiple desazón, ante ese monstruo de dos cabezas, la solución única e instintiva siempre es la misma: crear un enemigo, un *ellos*. Es propio de cualquier adolescencia crítica —y esto de lo que hablamos es, a la edad que toque, una adolescencia— el brutal esfuerzo llevado a cabo para afirmar la individualidad —el destino y la fuerza del yo— en detrimento de y como oposición a todo lo demás: la familia, la cultura, la sociedad. Pero es pavoroso estar solo frente al aire, frente a uno mismo, empuñar la espada que también nos hiere, tratar de saltar la propia sombra. Por eso necesitamos un enemigo imaginario, ubicuo, despersonalizado: el *ellos* (ponga cada cual dentro de esta palabra lo que desee: *ellos-familia*, *ellos-amigos*, *ellos-bloque social*).

Ellos quieren que lleve una vida corriente con un empleo ordinario y un salario mensual: me agito. *Ellos* quieren que lo que siempre ha sido así siga siendo así: me opongo. *Ellos* quieren hacer de mi individualidad un número, una cifra, una estadística: me rebelo. ¿Cuánto hay de cierto y cuánto de velada cobardía en todos estos pensamientos? ¿Cuánto de oposición real y cuánto de

fingido ejercicio contra el aire? ¿Cuánto de gigante y cuánto de molino? Hoy, con la mirada más serena y el corazón más enterado, me parece que ese *ellos* no es sino una potencia del *yo*, la temprana fermentación de ciertos miedos, y que las preguntas más honradas que debía haberme hecho eran otras. ¿Estoy dispuesto a sacrificar las comodidades y virtudes de la vida común a cambio de esta vocación sin norte ni certezas? Asiento. ¿Puedo asumir un cierto grado de incompreensión en los ojos de los demás como secuela necesaria en la búsqueda de una voz y un estilo propios? Concedo. ¿Dispongo de la fuerza suficiente, del talento justo, para imponer esa voz como creación personal y no como derivación, como falsificación de otro arte más visceral o más puro? Dudo.

Sigo dudando.

El tema de la fuerza es un aparte, y lo es porque la fuerza siempre es relativa a algo: no es un concepto sino una relación, no un número sino una ratio. Creo que ya he hablado en este diario de la necesidad que tiene el artista de engañarse a sí mismo como medio alentador hacia un fin cierto pero con frecuencia lejano. Decía entonces que si viéramos claramente el enorme trecho que nos separa de nuestro objetivo, muchas veces ni siquiera iniciaríamos la marcha. De ahí que necesitemos tanto de la mentira, de la mentira no como lanza sino como escudo, como amparo. Y es en este sentido que la soledad es una buena herramienta, si no la mejor, para proteger a ese artista adolescente, a ese niño expósito que somos. Nuestro arte no está listo y no podemos

enfrentarlo todavía al mundo. Así que lo escondemos, lo permeabilizamos, levantamos nuestro lento castillo de arena en las playas de la inocencia y nos parece la hermosa Notre Dame. Porque no lo *comparamos*, porque en ese punto salir de nuestra modesta cala significaría ahogarnos. Porque no es el momento de ser navegantes visionarios sino de palear como náufragos supervivientes. Es el alto momento, el día crucial, de estar solos.

Una de las frases más finas que nos dejó Eckermann en sus *Conversaciones con Goethe* es aquella que dice que “el talento se educa en la calma y el carácter en la tempestad”. Pues bien, he ahí el dilema: cuándo dejar nuestra fecunda cala, nuestra orilla de canto y creación, para salir al mar, para medir nuestra fuerza en lo real de la tempestad. Solía creer yo que el día de la partida era el que estuviera completamente seguro de todas mis dotes, de cada uno de mis aprendidos gestos: quería una barca sin posible falla, sobria, invulnerable. Era la seriedad a la que el tiempo me había acostumbrado; la seriedad, esa escama inevitable del hombre solitario.

Pero Ramón había publicado su primer libro (*Entrando en fuego*) a los diecisiete años. ¿Sería un navegante loco? ¿En qué mares sin edad estaba encontrando él sus perlas? Era dolorosa por cierta y esperanzadora por posible aquella *tempranez* (que es más bonito que *precocidad*) de su escritura, de su arrogancia, de su visión, y me hacía pensar por primera vez en el oficio de la lengua como juego, como barrabasada lírica y vital. Aquella prosa tan desembarazada de complejos no necesitaba

sabiduría de siglos, de cultura, para ser veraz, ni recetas filosóficas para resultar útil. Había logrado ser infantil y riguroso, tarambana y preciso, disciplinado y febril. Un saltabardales con corbata. Había logrado lo sublime: demostrar lo serio que es el juego de los niños.

E iba yo saltando de párrafo en párrafo en aquel monologante universo suyo, y pensaba si no sería cierto que lo primero en el arte es que te importe más que la vida, más que los demás y más que tú mismo, pero que lo segundo —raíz liberadora— no sería, ay, que no te importara tanto. Pensaba si esa seriedad asumida, cosechada casi, no me paralizaba al mismo tiempo que me disciplinaba, que me curtía. Y seguía Ramón monomaniático, elevando la juventud a magistratura, escondiendo y mostrando sus habichuelas mágicas, poéticas, patéticas, inventando palabras, extravagando, archiviando, braceando a contramar, levantando a todo la mirada, como hacen los niños, Ramón, como hacen los niños.

De entre los muchos despachos en que Gómez de la Serna vivió/escribió queda, imborrable, el torreón de la calle Velázquez, hoy reconstruido —y visitable— allá en Madrid. Fue donde Ramón llevó a cabo buena parte de su holgada labor artística, de su misión como espartájaros del ave negra de la cultura, de viajero inamovible, de cuentacuentos feliz. Nadie sabe cuánto ocupan sus obras completas porque nadie las ha podido leer. Ramón escribía a mayor velocidad de lo que una vida dedicada a la lectura y compilación de su obra podría

abarcas. Así que por muchos libros que uno lea, siempre tiene la esperanza de encontrar por el mundo uno nuevo, fresco y descuadernado, en uno de esos puestos de la Cuesta de Moyano que cierran algo más tarde. Digo la Cuesta de Moyano porque los libros de Ramón apenas toleran ni la frialdad ni el orden alfabético de las bibliotecas, y en cuanto pueden, muy de noche, se escapan por cualquier tragaluz para volver a ser objetos de la vida, pulpa y latido, y no piezas de museo sin fluidez ni ternura.

(Dicen que en el Rastro, Madrid viejo, a la hora en que se marchan los turistas y los merodeadores de la cultura, si uno está muy callado, puede oír hablando entre ellos, en conspiración atrabancada y pantomímica, a los libros más insólitos y perfumantes de Ramón.)

A los ratoncitos se les oía a veces, corretones y urdidores, entre el tabique de la buhardilla y la cisterna del baño. Tenía yo un agujero en la pared por el que sospechaba que asomaban ya entrada la noche, hacían su discreto reconocimiento, mordían brevemente mis lápices y volvían luego, satisfechos y cansados, a la seguridad de sus estrecheces.

Los ratoncitos eran blancos, asustadizos, minuciosos, y los ruidos que yo escuchaba tras la pared parecían tener su orden y su concierto, su ritmo y hasta su tempo. Oía ese *cliquear* tan peculiar, tan preciso —como

milimetrado— y siempre pensaba: ¿estarán fabricando un reloj?

Los ratones, plaga milenaria, quizás se habían cansado de esa eternidad indiferente y ahora querían jugar al humano juego de importar, de vivir el tiempo, de experimentarlo. El ratón común, por rápido que sea su metabolismo (si un elefante tuviese la tasa metabólica del ratón, ardería), no come tanto como para justificar los viajes que yo presentía por entre las interioridades de mi buhardilla. Debían de ir a por piezas. Esperaban a las horas de siesta, o a las de nocturna impunidad, bajaban a la tienda de Joe el africano —antigüedades, oropeles, cacharritos— y buscaban afanosos el engranaje que les faltaba, el piñón del número exacto o el recambio de un trinquete que pudiera venirles bien. Quien haya construido un reloj alguna vez comprenderá la enormidad de la tarea que estos ratones, veloces de hocico y de ingenio, se habían propuesto.

Siempre me pareció que Londres tenía únicamente dos estaciones, una que arrancaba a mediados de mayo hasta bien entrado septiembre, con su florecimiento de jardines y su sol habitable, y otra que transcurría en una perenne oscuridad, con sus nubes de día y sus noches de cielo raso. Si los ratones andaban por la calle, felices y ordinarios entre las bolsas de basura, era verano; si estaban en casa, refugiados en el calor intrahogareño de los entretabiques, es que había empezado ya el frío. Los países mediterráneos, más asomados siempre al balcón del sol y de la poesía, hemos presumido desde

Bécquer de líricas golondrinas y retornadoras cigüeñas que nos avisan del cambio de cielo y de estación. En Londres, más prosaicos, tienen los ratones. Y seguro que el reloj que fabricaban los míos era para saber el tiempo exacto que les quedaba de encierro, de prisión sin luz, entre la pared y la cisterna, hasta dar otra vez con el bigote de su intuición al olor y la claridad del magnífico verano inglés.

Una mañana cundió el pánico, femenino y madrugador, en aquella casa de Fulham Road en que tan bien convivíamos los extranjeros recién llegados con los ratones de siempre. Quizás por un aumento imprevisto, descontrolado, en el tamaño de la colonia, o quizás porque alguno había equivocado el norte cuando volvía campante con un muellecito de espiral que había robado en la tienda de Joe el africano, quién sabe, habían aparecido varios de estos merodeadores, peluditos y joviales, a la hora del desayuno comunitario, cocina del primer piso, asustados del susto que provocaban, en carrera zigzagante y peripatética desde el fregadero hasta su rendija de acceso, hasta su desfiladero de escape del mundo de los humanos peligros. Avisada la casera, maternal y polaca, cabal y pragmática, se decretó la trampa: veneno en los rincones y tabla con pegamento debajo del fregadero. No tardé en encontrarme yo uno de aquellos ratoncitos blancos fatalmente atrapado en esa viscosidad, en ese tegumento atroz. Estaba vivo pero ya sin lucha, cansado de toda una noche alargando tristemente el cuelellecito de la esperanza hacia una liberación que no logró.

Recuerdo envolver la tabla, el pegamento y el ratón con una bolsa de basura y salir a la terraza que teníamos para tender la ropa. Con una plancha que no sé de dónde cogí acabé con la fatigada tristeza de aquel ratón. No sabía si era crueldad compasiva o compasión cruel. Pero lloré. Desde aquel día tuve cuidado siempre de no bloquear el agujero de mi buhardilla por el que pensaba que los ratones, relojeros puntuales, podían asomar cualquier noche. Y separaba un poco el colchón de la pared.

Para que si salían, pudieran volver.

Mi casera, Eva Cunningham, maternal y polaca, había sido correctora de pruebas en una editorial que quebró hace tiempo, me contaba, y en vez de lamentar nada lo que ella hizo fue comprar la casa que quedaba vacante, la antigua oficina. La vació de papeles, tintas y sueños literarios, la pintó completa, restauró mobiliario y estancias, creó espacios, inventó tabiques, y hasta un pequeño trastero que hasta entonces había servido sólo como depósito de xerocopias y mecanoscritos habilitó decentemente: allí vivía yo. Mi buhardilla.

Venía Eva de vez en cuando para repasar la propiedad, asegurarse de que se cumplían los turnos de limpieza, programar la calefacción —según horarios de trabajo de cada cual— y enterarse discretamente de los roces de convivencia, normalmente mínimos, que iban

sucediendo. Tenía, creo que ya se ha dicho, varias propiedades repartidas por Londres, y otra algo más al norte, que llegó a ofrecerme alguna vez como retiro para mis lecturas y composiciones, y que rechacé por demasiado aislada. En cada una de las casas que administraba me daba cuenta yo que tenía Eva un pajarillo cantor, un inquilino responsable que le servía de informador sigiloso, de confidente fiable, de piedra de toque y sensatez, cuando había que dirimir algún conflicto o aclarar cualquier misterio. Nunca fui yo ese confidente, demasiado alta mi buhardilla para enterarme de todo lo que no me enteraba.

Pero sí me escuchaba Eva, sí se sentaba un ratito en mi colchón, juvenil y cercana —sin ser una cosa ni la otra— y me preguntaba qué era eso que escribía por las paredes, en tantas hojas, y si pasaba frío por las mañanas, y para cuándo planeaba mi próximo viaje a la soleada España. Tenía Eva un corazón poético endurecido por el tiempo, la vida y los alquileres, un pasado emigrante, un amor inglés, ojos con más presente que nostalgia; era ancha de ideas, rápida de soluciones, paciente y cordial. Era una tejedora lenta de la anudada trama del porvenir.

Eva era polaca pero muy inglesa, había llegado a Londres hacía bastantes años, con su pasión literaria a cuestas y el dinero contado para sobrevivir un par de meses. Es así como suelen acabar las vocaciones femeninas, al primer choque con la realidad franca, al primer descarnamiento. Primero la vida y después los sueños, le dice la sensatez a la mujer. Pero la vida dura tanto...

Eva, iba a decir, aceptó su primer trabajo como correctora de pruebas en una editorial familiar, doméstica casi, y, como diría el poeta, ahí se fue el carro por el pedregal. Porque una autora cuyas circunstancias le impiden escribir lo último que debe hacer es aceptar un trabajo literario. No pudiendo escribir –y esto me lo contaba ella– lo mejor hubiera sido trabajar de recepcionista en un hotel, de camarera en un club o de chica de compañía en un pisito del Soho. Pero una editorial, si no es por vocación de editor, es matar el alma, es meter en letra de molde la propia prosa –desamaestrada– que uno lleva por dentro; encajonar el pensamiento que debiera, a esa edad, vivir alado. Es beber la cicuta del desencanto.

Pero la juventud es una confusión de distancias, y uno piensa que no pudiendo ser escritor no será malo estar cerca del mundo literario, alimentarse tangencialmente de esa experiencia, tocar con un dedo puro los sucios engranajes del oficio. Más tarde se dará cuenta de que esa distancia, la que te muestra el aroma pero te niega el bocado, la que anticipa y no colma, es la distancia mortal, la que más endurece la vocación tierna. Se da uno cuenta de que los engranajes del oficio no son la rueca de Penélope, ay, sino las duras ruedas dentadas donde quedará atrapada para siempre la mano inocente que las quería hacer girar.

Había en sus ojos un doble fondo de tristeza cuando yo le hablaba de mis proyectos, de mis canciones, tristeza que era añoranza por aquel pasado suyo, y tristeza que era lástima por mi propio porvenir. Miraba

condescendiente mi poético soñar, como no queriendo contarme, aún no, que todo era mentira. Y es que no hay corazón más descreído que el del artista desengañado. Es más fácil reconocer y asumir la muerte del arte en general que el desmayo de una vocación particular. Es otra vez aquello de que la mocita que no sabe bailar siempre es la que dice que la orquesta no sabe tocar. El artista frustrado, siquiera sea con una frustración superada, ya no cree en ninguna verbena.

Tenía dos hijos mayores, ya por el mundo, y éramos nosotros, los inquilinos, sus hijos renovados y putativos. Una otoñada de hijos cada septiembre, y ella madre ejemplar y razonadora, entregada y capaz. Podía ser esa tía lejana y comprensiva que todos hemos tenido —o deseado tener— alguna vez. Podía ser nuestra protectora, nuestro minuto de familiaridad, nuestro amarre a puerto. Podía aconsejarnos, prevenirnos, querernos incluso. Si no le debías ningún mes, claro.

De Eva lo que mejor recuerdo es ese cruce de destinos que había en su vida, ese as de corazones bajo su pecho de ternura empresarial. Y todos sus gestos escondían esa doble vertiente, esa luz con su sombra, entre lo maternal y lo estrictamente pragmático. Y si me preguntaba si pasaba frío por las mañanas yo sabía que lo que quería era saber si podía quitar una hora de calefacción, y si se interesaba por las hojas de la pared era para avisarme de que una vez las quitara habría que pintar de nuevo la buhardilla, y bueno...

Eva, casera mía, maternal y polaca.

Londres debía de ser la tristeza de una madre, de todas las madres, no el día de la despedida sino la tarde anterior, preparando maletas, documentos, reservas de hotel (no sabía mi madre que las primeras noches no iba a dormir en ningún hotel, pero esto ya se contará luego). Era septiembre y venía lloroso y municipal, con esa prosperidad inversa que traen las primeras anochecidas del otoño, esas horas ya sin luz que son como el derrumbamiento silencioso del verano, como la rendición de un estío que soñó grandes cosas, grandes amores, y que al final se da cuenta de que no, de que ya es septiembre y los ojos están secos, la frente oscurecida y el corazón cansado. Era el momento de marchar.

Mi madre ayudándome a doblar las camisas, la bufanda, las chaquetas; mi madre asegurándome un botiquín de grageas y esparadrapos, por si la farmacia más cercana, allá en Londres, estaba muy lejos; mi madre ordenado los zapatos con ternura de madre, con paciencia de esposa; mi madre dejando una lágrima en el pozo de todas las almas, y yo endurecido, neutro, por no alimentar su pena con mi pena.

Ella bien conocía mi intención de irme hacía meses, pero creo que no lo comprendió del todo hasta el día en que la llamé al trabajo para contarle que ya tenía los billetes de avión —uno para mí, otro para la guitarra— a primeros de septiembre. Tienen los proyectos, cual-

quier proyecto, un momento de corporeización, de materialización como programa aprobado en vez de como vaga intención, y a mi propósito de marcharme le había faltado hasta entonces ese elemento preciso que lo concretara, que lo delimitara y lo hiciera, a fin de cuentas, real. Mi madre sabía que no era lo mismo tener un sueño que una hora de embarque.

Desde entonces quiso ayudarme en lo que pudo, recuerdo incluso unas recetas escritas a mano, en hoja cuadriculada, con los pasos justos para preparar cuatro o cinco platos básicos que me salvaran de la hambruna los primeros meses. Eran mis recetas de la supervivencia, y las llevé siempre dobladitas a cuartos en el bolsillo interior de la maleta. Eran como una carta de mamá.

La despedida, he dicho, no fue el día de la despedida sino el de hacer la maleta. Ahí nos dijimos todo —con el amor de los gestos, ahorrativos de palabras— y la mañana siguiente fue poco más que cumplir con la diligencia. Me quiso hacer una foto en la entrada y otra en las escaleras, yo con sombrero y maleta, por darle alivio de celebración a un momento que era indudablemente doloroso, precipicio entre dos vidas, dos lejanías, la suya huérfana de hijo y la mía ávida de mundo.

Después del último abrazo cerró la puerta. No sé si lloró.

Ñaco era grande como un armario, fuerte como un armario, feliz como un armario. Había llegado a

Londres huyendo de una prosperidad familiar en decadencia (su padre era un importante empresario del heavy-rock español, propietario de sello discográfico, revista musical y hasta de una pequeña emisora que no sé si seguirá en funcionamiento). En cualquier caso, y a pesar de su ascendencia aristocrática —aristocracia del rock—, Ñaco había elegido cambiar su Madrid de melena y cuero, su Carabanchel Alto, por un cuartito diminuto en Londres, que compartía con su novia Tess, sudamericana andina con acento madrileño, guapísima.

Los tres habíamos desembarcado en Fulham Road la misma semana, yo después de medio año en el piso de Putney y ellos luego de tres angustiosos meses en una casa compartida con dos familias indias, aparentemente malquistadas entre ellas, y con una confusión de razas y rentas pendientes que les había dejado una primera impresión de la ciudad muy poco aireada, turbulenta y con un profundo olor a curry. Cuando nos conocimos él trabajaba como repartidor de sándwiches en las altas oficinas de la zona financiera de Londres, con su uniforme y su carrito, ofreciendo el *lunch* a los gurús de la esterlina, a los brokers del oro. Hacía una jornada larga, cobrando poco pero relacionándose bien. Ñaco tenía una inteligencia directa, sin barroquismos ni profundidades, una simpatía natural y todo el pragmatismo de los hombres de acción. Honrado y bienhumorado, si le dabas un libro te calzaba un mueble.

Con Tess coincidía mucho en la cocina, trabajaba a horas sueltas cuidando niños de una familia bien y eso

le dejaba tiempo para quedarse charlando conmigo –ella siempre en el lado de la ventana– mientras yo comía. Fue ella quien me contó lo del noble linaje de Ñaco, lo de su ascendencia azul, como en una confidencia que a Tess, por el modo de decirlo, le despertaba un orgullo, por novedoso, que él ciertamente ya tenía superado. Creo que una vez llegué a preguntarle a Ñaco por qué había dejado atrás aquella buena herencia, aquel pequeño imperio, para comenzar de nadie, de don nadie, en una ciudad abierta pero apática como era Londres, sospechando yo que quizás fuese que aquella vaca del rock, como toda bestia musical, iba ya de gorda a flaca, de mengua, y que las revistas en papel ya no se vendían como antes.

–Es que las revistas en papel ya no se venden como antes.

–Ya.

El Clapham Grand era un teatro de mediano aforo que había al sur de Londres, en St. John's Hill, al poco de cruzar el río desde Fulham. A Ñaco le había coincidido una entrevista de trabajo con el concierto de un grupo español que tocaba allí y me pidió que me acercara para hacer la crónica. Fuimos Tess con la cámara de fotos y yo con mi cuadernito gris.

Londres siempre huele a humedad –que no está en el aire sino en las paredes–, pero hay barrios donde

esa humedad se hace presencia, y el Clapham Grand parecía un viejo galeón remontando la niebla del Támesis, atravesando impune la ciudad y los ríos como un espolón del tiempo. Ladrillo rojo, industrial, aroma denso de teatro, fieltro dormido, polvo en los rincones, lejano Clapham Grand, laberinto de sueños, edificio derruido pero en pie, casa de los despojos, fonda del rock & roll.

Tess hacía pocas fotos, y no sabía yo si era por su mucha experiencia o por sus pocas ganas. Quizás sólo quería escuchar las canciones. Yo tampoco escribí apenas, pero tenía claro lo que iba a decir la crónica e iba repasando mentalmente los trucos literarios que podía utilizar sin salirme demasiado del género.

De aquel día me llevé mi primer texto publicado en una revista de tirada nacional y, sobre todo, el haber pasado unas horas con Tess bajo la penumbra amparadora del viejo teatro inglés, el Clapham Grand. Porque Tess no era brillante como fotógrafa, ni afinada en los gestos, ni depurada en el decir, pero era próxima y bondadosa, y en aquella ciudad tan imposible de abrazos hubiera sido fácil enamorarse de ella dulce y despreocupadamente, digamos, durante una tarde entera.

Tenía Ñaco una melena cuidadosamente desaliñada, que así es el mundo heavy, tres lociones, un champú, el acondicionador, la espuma anti-encrespamiento, un peine de púa dura y, después de los mil cuidados,

como pespunte final, el cabezazo genial frente al espejo, de abajo arriba y de arriba abajo, para despeinarlo todo y que parezca que a uno le dan igual la vida, la opinión y la estética, para convertir la presumida pulcritud en afanada negligencia. Es una forma de insumisión, sin más. Por eso fue definitivo y casi premonitorio el día en que Ñaco apareció con el pelo corto y las patillas hechas, guapo como un militar de escuela, disculpándose casi por aquel cambio de aspecto que era mucho más que eso. Con aquel gesto único Ñaco no sólo se cortaba la coleta, como los toreros, sino que mataba al toro y clausuraba la fiesta. Se acababa la insumisión, la revolución, la lucha: era el momento de ser ciudadano.

Y como un gesto muchas veces no es un gesto sino un síntoma, aquel nuevo aspecto fue el punto de apoyo de una inercia que ya iba cerrando su círculo sobre el eje de la vida de Ñaco. Después de un tiempo alternando trabajos, dejó definitivamente su carrito de sándwiches de pollo y bacon –lo más solicitado– y comenzó fijo en una empresa de marketing digital que necesitaba conocedores del idioma para el mercado musical hispanohablante. Supe también, a las pocas semanas, que él y Tess ya no salían juntos. Ni salían ni entraban, vamos. Ñaco había conocido en el nuevo trabajo a una inglesa rubia, delgadita y no tan guapa como su ex andina, y Tess –acento madriles– también parecía tener la mira puesta en algún sajón pelirrojo y grandote. Ninguno lamentó el suceso, no oí desde mi

buhardilla ni gritos ni decepciones. Era todo tan civilizado que seguían compartiendo aquel cuartito mínimo con una sola cama, en una imagen que de tan tierna, de tan conciliada, parecía sacada de alguna mala comedia burguesa y benaventiana, benaventianamente burguesa. Les veía yo pagar a medias —cada uno su sobre y lo juntaban luego— la renta mensual a nuestra fría y querida Eva, y pensaba cuántas otras veces, y en cuántas cosas, no tendría también más imperio sobre la fuerza inrazonada y eterna del amor, la premura calculada y cierta, inaplazable, del pago del siguiente alquiler.

Esto último hubiera querido explicarlo con menos palabras, pero a veces la inspiración no llega. De alguien anterior a Neruda, aunque remozada por él, es la frase de que el amor es eterno en tanto dura. En tanto dura el alquiler, se entiende.

En la vida hay pocas compras definitivas: una casa, un barco, un piano de cola, un anillo de compromiso. Definitivas en el sentido de que no admiten remordimiento ni ulterior renuncia. Aún más raras son las compras definitorias, trascendentales. Si una compra definitiva lo es por el compromiso que impone, las definitorias diríamos que lo son por el cambio que suscitan. Y en esto poco tienen que ver el dinero o la dimensión del negocio —ya avisaba el maestro Mairena que es de

necios confundir valor y precio—. Mi compra trascendental fue la funda de mi guitarra.

Para los legos en la materia, existen en el mundo dos tipos de funda de guitarra, sólo dos: una es la funda blanda —con más o menos acolchado y con bolsillo exterior para partituras— y el otro el modelo rígido —o estuche— mucho más serio, quizás menos funcional. Hablemos largamente de las diferencias entre estas dos opciones de presentación del instrumento, porque son clave para la historia que nos llevamos entre manos.

En una funda blanda la guitarra va viajera y despreocupada, alegre de destinos y vaivenes, ni muy ceñida ni muy suelta, respirando su propio aire, reventona de partituras y ligera en lo demás, feliz con ser quien es, con sonar como suena, sin sentir la mirada atenazadora de los metrónomos y los diapasones, colegial y animosa, fácil al brinco y leve al tropiezo, incipiente, jovial, saludadora. Pizpireta. La funda blanda es la del estudiante de guitarra con profesor particular, la de los aficionados a la jota y la de las niñas rubias tocando su villancico en la parroquia de las Teresianas.

En oposición a todo esto tenemos el estuche rígido, la funda sólida y tajante. Aquí ya no hay bolsillo para las partituras, que la guitarra ya se las ha estudiado todas, guitarra que va observando el mundo con cejo enjuto, escudriñándolo, sin detenerse en las flores del camino porque tiene una misión, que es el arte, un dios, que es Bach —o Tárrega, o Barrios— y un sacramento: la perfección. La guitarra en su estuche se siente digna, no

alada sino elevada, con privilegios de maestría, imperturbable al golpe eventual, sólo temerosa ante el traqueteo desafinador de los viajes en tren. No mira el paisaje la guitarra en su funda dura, no se desmaya en asonancias, lo que quiere es llegar, tocar y volver, cumplir su apostolado musical, acertar con la nota sin trasteo, con el trino lírico, laborar la magistratura de su voz, hacerla firme, concreta, embrionaria. Funda rígida, la de los concertistas y los compositores serios, la de los altos profesores del Conservatorio Superior y, por lo que se verá, la de los cantautores corazonados y viajeros.

Llegué yo a Londres con mi funda blanda. No había querido facturar la guitarra, así que compré dos billetes de avión para poder llevarla a mi lado. Las guitarras son sorprendentemente resistentes a los golpes pero los cantautores somos sorprendentemente paranoicos. Superado el trámite en el aeropuerto de identificar a mi segundo pasajero mediante DNI o carnet de conducir, la *Srta. Daytona* y yo —Daytona era la marca— tuvimos un vuelo de lo más tranquilo. Al poco tiempo de llegar, y alentado por lo que iba viendo cada lunes en el *Halfmoon*, pensé en tocar en alguno de esos bares con noches de micrófono abierto y enseguida supe de uno de los más conocidos: el *Spice of Life*.

El *Spice of Life* era un bar atrabancado entre dos mundos. La parte de arriba era elegante, funcional, comedida en el ambiente y en el volumen de las conversaciones, clásica en la decoración, grandes ventanales, altos taburetes de madera y con campana en la barra

—como en cualquier taberna inglesa— anunciadora de la última ronda. Todo muy pensado para hacer agradable la hora del té o la cerveza democrática y socializadora de después del trabajo, pero no para tocar. Para tocar estaba la parte de abajo, aquel sótano mágico donde contaba la leyenda que habían actuado Bob Dylan, Paul Simon o Cat Stevens en los lejanos sesenta. Luces cálidas, paredes de ladrillo, un pequeño escenario: el lujo de lo concreto. Nada sobraba y nada hacía falta. Todo lo auténtico estaba allí: el piano de pared, los sofás estampados, las mesitas de madera —circulares, para dos personas—, los techos bajos, y cada cosa parecía conspirar favorablemente para hacer de aquel bar sotanillo un aseado templo de la bohemia musical, de la canción cruda, del arte joven. El *Spice of Life* era lo que decían.

Para poder actuar en las noches de micrófono abierto, que también eran los lunes, como en el *Half-moon*, debías presentarte allí unas horas antes, sobre todo en verano, cuando el tiempo acompañaba y a los artistas nos daba menos pereza acudir desde nuestros orillados barrios al centro palpitante de la ciudad —el Soho— para tocar las dos canciones que te permitían cada noche.

Había monstruos de todas las razas: cantautores tímidos que después de hacer cola toda la tarde finalmente se iban; guapas negritas que interpretaban una hermosa canción *a cappella* y luego desaparecían para siempre; asiduos del sitio, más relajados que el resto y que eran como los profesionales de aquel teatro amateur;

personajes que retaban a la audiencia, pianistas que iban a atreverse un día a cantar, pero hoy no, otro día; aficionados que llevaban la letra de su canción en una cuartilla y que al ver que les temblaba la mano la dejaban en el taburete y se les caía e improvisaban, y les quedaba un show de lo más absurdo y maravilloso; matrimonios felices que hacían con ingenuidad y acierto un tema de Joan Baez —porque él se sabía los acordes y ella, de niña, había dado clases de canto—; gente seria, tríos armónicos, imitadores de Jamie Cullum que tocaban el piano con los pies; recitadores de versos, rubísimas chicas, delicadas y susurrantes como Norah Jones, sin ser, ay, Norah Jones. Rubísimas sombras.

Éramos todos rubísimas sombras de algo, reflejos deformados de algo, y era fácil adivinar la influencia de tal o cual artista en cada uno de los noveles que subíamos al escenario. Me daba cuenta entonces de que el público no quiere una gran canción, lo que quiere es descubrir una personalidad artística propia, singular y atrayente... que tenga una gran canción. Quien aparecía con su guitarra y hacía una buena versión, una *demasiado* buena versión de Damien Rice, o de Donovan, nos podía hacer disfrutar durante tres minutos, pero si el parecido con el artista original era demasiado obvio —y solía serlo—, al acabar la canción acababa la magia. Veredicto interior: un imitador con talento. Quien por contra hacía algo quizás menos perfecto pero más asumido, más presentado por los demás como una extensión natural de su personalidad, ese bajaba del escenario y la

magia vibraba aún en él, y nos apetecía acercarnos a su mesa y preguntarle algo, cualquier cosa, para escarbar un poco en la identidad de aquel artista que había superado ya la inevitable fase de asimilación de influencias para construir por sí mismo —y a partir de ellas— eso que suele llamarse un estilo. En lo musical, estilo es conocer las reglas, la ortodoxia, grabarlas en mármol, y luego empezar a desgastarlas por los bordes.

El *Spice of Life*, y esto lo veo mejor ahora de lo que lo veía entonces, me ofrecía una doble ventaja: por un lado, subirme al escenario por primera vez, aquel 26 de julio de hace tanto (arranqué el cartel que anunciaba la sesión de micro abierto y aún lo conservo) y, más importante aún, la experiencia como público de los fracasos y aciertos de los demás, la aceleración del proceso de formación artística que suponía aprender, simultáneamente en la piel ajena así como en la propia. Ponía yo cruces en un cuadernito que tenía por cada lunes que iba al Soho, a aquel sótano que parecía el destino feliz de todas mis baldosas amarillas, y veo ahora que cada cruz fue un viento impulsor, un agujero de la luz en la luz, un paréntesis multiplicado del tiempo que me sirvió para condensar diamantinamente mi experiencia, mi asimilación estética y casi diría transversal de las cosas. Aquellas tardes no duraban una tarde, aquellas tardes duraron una vida.

Se rumoreaba que siempre había cazatalentos, empleadillos de discográficas, gente fina y trajeada que se había quitado la corbata para disolverse en la bohemia

del lugar y que estaba alerta ante la aparición de cualquier talento que pudiera ser, en el mejor de los casos, aprovechable, y en el peor, simplemente vendible. A mí un día, después de actuar, se me acercó un cantante inglés, negrísimo y simpático llamado Anthony. Era joven pero tenía ya cierto nombre a nivel local, caminaba y hablaba muy despacio, con una elegancia que casi parecía pereza, y recuerdo que me dio una tarjeta con su nombre y teléfono en la que se presentaba, en su correspondiente inglés, de la siguiente manera: *Anthony. Cantante y sonante. Londres.* Se parecía mucho al humor de las tan conocidas tarjetas de presentación que Ramón iba repartiendo por ahí en sus años mejores y en las que sólo ponía: *Ramón Gómez de la Serna. Cronista del circo. Madrid.*

Anthony y yo tuvimos un amor y desamor —artístico— muy breve, y llegué a ir a algún ensayo con su banda en unos estudios debajo de una autovía de las afueras de Londres. Hubiera sido fácil cumplir esa misión para la que él me estaba preparando, la de guitarrista de mala técnica pero con cierta sensibilidad, labor subalterna, de escudero fiel, pero me daba cuenta yo de que mi tarea era otra, que debía ser artista con mi propio nombre o no ser nada, que mi misión (de tan humilde, tan verdadera) era escribir. De modo que una tarde —tarde de lluvia espesa, todos los cielos de Londres desplomándose— en que había entrevista con actuación en directo en una radio del sur de la capital, llamé a Anthony y le dije que no iba. Fue amable y casi elegante en la despedida.

Iba a hablar de la funda de mi guitarra, pieza clave en esta historia, y al final me he entretenido en andanzas y malandanzas que quizás, por venirme a mano, he traído al cuento. Lo dejamos aquí por hoy, por no cansar ni repetirnos, y quizás otro día podamos retomar la historia que se iba a contar.

La funda de la guitarra. Lunes por la mañana. Conservan algunas grandes ciudades, en una confusión de materiales y de siglos, vestigios imposibles de épocas remotas, torreones almenados, infatigables murallas, castillos de un virrey loco, prisiones húmedas y legendarias. Los va enterrando el tiempo, el fino polvo de la Historia, y si no es así acaban convertidos en pieza de museo, en monolito visitable, en rémora fría del pasado. Sin embargo, hay otra herencia menos turística, menos fosilizada, que el vivir cotidiano de la ciudad le va descubriendo a quien la mira con ojos despiertos. Londres, por ejemplo, tenía rincones mágicos, estrechas bocacalles en las que de repente encontrabas seis zapaterías sucesivas, una junto a la otra, como en un hilván, o un barrio en el que si caminabas despacio acababas pasando por delante de ocho o diez librerías de viejo. Era el testimonio en presente de una época anterior, de una visión detenida del tiempo, de la organización gremial de las ciudades.

Igual que el idioma –continente heredado pero en continua floración–, han conservado los antiguos

oficios ingleses, y los no tan antiguos, sus centros de palpitación, sus escuelas de artesanía, la idea aquella del maestro y el aprendiz, las avenidas pobladas de sastre-rías, las plazas con una academia de pintura en cada por-tal –como enjambres colaborativos–, las callejas con viruta de carpintería o los mercadillos de plata usada. El gremio musical también tenía su centro: Denmark Street.

Era lunes por la mañana y todas las guitarras del mundo estaban en Denmark Street. Una procesión de tiendas, de escaparates musicales, desde lo más provisio-nal hasta lo más pulido, guitarritas de luthier, piezas absolutas, y aquel cartel en cada tienda avisando a los tocaores flamencos de no golpear –ni en arrebató de duende– la tapa del instrumento, por no dejar la irreme-diable huella en la piel tersa de la madera.

Iba yo buscando una funda para la guitarra. La mía, ya se ha dicho, era de esas blandas y sonrojantes que utilizan las niñas que han elegido música como asignatura extraescolar, y a mí me daba mucha vergüenza acudir así a mi primer lunes en el *Spice of Life*. Al *espíritu de la serie-dad*, tan dominante en aquel entonces, no le parecía bien que nadie me pudiera confundir con una de esas niñas. Si quería ser cantautor, me decía, lo primero era parecerlo. Así que pasé la mañana en Denmark Street, de tienda en tienda, aprovechando en cada una para probar guitarras que sabía que no podía comprar. Los dependientes tam-bién lo sabían –siempre lo saben– y me dejaban feliz y a mi aire, con alguna indicación soslayada, viéndome es-

pañol, hacia el cartel de prohibido golpear la tapa. Finalmente, cuando había recorrido todos los pasillos de todas las tiendas, volví a la primera y compré la funda.

Pasear por Londres como sobre un corcel, sol y mediodía, la escoba del cielo barriendo sus penúltimas nubes, ordenando ya la tarde, poniéndola guapa como una acuarela; pasear por Londres con mi guitarra ya enguantada, adormecida espada bajo el brazo, segura llama, entremirada y biendolida —qué no sabrá del abandono la guitarra, decía el poeta—, en la lucha siempre, en duelo siempre, campeadora; pasear, sí, convencido de cada paso, ya va cumpliéndose, ya va llegando, una compra mínima, madrugadora, inesencial, que era un ascenso, un orgullo fresco y bueno, el resoplón de viento, de empuje, que uno necesita de vez en cuando; pasear repasando mentalmente las dos canciones que iba a tocar esa noche —una de Alvin Youngblood Hart y otra de Lennon—, presentidos nervios, adivinados sudores, *Spice of Life* cerca y tan lejos, vuelta a casa en qué autobuses, en qué julio de incontenible pulso, qué abarrotado el mundo, y yo atravesando alegre y despacioso aquel reloj de mil saetas, la velocidad de las farmacias y los semáforos, la manada de agua del Támesis, sucia y somnolienta, poderosa y mansa, y el sol picando en el cielo, minando el ancho gris hasta hacerse socavón del día, lingote de oro de la tarde; pasear como haciendo la vendimia del momento, recuerdo a recuerdo, racimo a racimo, las manos enharinadas del pan bueno de la vida, la frente alta y caudalosa, desvelada;

pasear y sentirme paseando, a esa hora en que nada es de nadie, en que la ciudad manotea por no hundirse en sí misma, por mantenerse a flote en su propia superficie, niña de agua, la ciudad, circo y fanfarria, cortinón del teatro del vivir, careta vieja; pasear por Londres y sus azafranes de tristeza, y un mes de julio que termina, que termina y sueña ya mieles de agosto, panal de luz, piedra en lo alto del año, jardín cumplido y enverjado, para unos pocos, para unos pocos; pasear y derramarse, anudado el corazón al minuto siguiente, coro que ya llega, que va llegando, y en cuántas romerías nos encontraremos, minuto silvestre, flor empujada; pasear la entreluz de los cristales, la bajaluz del cielo, el aguazul del río; pasear para no ser más que paseante, mi guitarra y yo, mi soledad, mi guitarra y yo.

Pasear por Londres por primera vez.

El *espíritu de la seriedad* —viejo fantasma nietzscheano— me despertaba muy temprano porque amaba las horas del amanecer, el cielo aún sin bautismo, y para cuando el sol nace, decía, uno debe tener ya bien dispuestos los cimientos del día. El espíritu de la seriedad fue siempre solitario y prefería que cualquier diálogo quedara entre él y yo, en confesión íntima y corroborada, para que la voluntad no se dejase influenciar —contaminar, decía él— por los intereses del mundo. Era

con él que yo comentaba el *Paradise Lost* de Milton, y el que me hacía recitar sobre una silla y en voz alta los veinticuatro mil versos del *Savitri*, de Sri Aurobindo.

Espíritu de la seriedad, padre escolapio, cuántas noches se quedó despierto conmigo mirándome sobre el hombro mientras yo copiaba páginas enteras de los libros que tenía que devolverle a alguien a la mañana siguiente. Le gustaba verme *deglutir* los temas, las ideas, aprender citas, conocer fechas y nombres: era un adorador de la cultura. De la cultura aunque fuese como elemento inerte, como adorno ecuestre del pensamiento. No sabía él, y no podía por tanto enseñarme, que una erudición no vital, es decir, que no impulsa a la acción, es un fracaso *sensu stricto*, un prestigio hueco. No es Homero nuestro poeta, aunque sea el bardo de los siglos, si no nos hace creadores, si no nos sirve su palabra de resorte, de torno modelador que va limando las sucesivas pieles de nuestro ser pasivo —el que sólo observa, el espectador— hasta dar con el fondo nutritivo, selvático de nuestras energías más amorosas y propositivas. La cultura como *lealtad* al pasado no es más que una piedra atada a la imparable flecha del porvenir. Una rémora.

Eso, ya digo, él no lo sabía.

El espíritu de la seriedad y yo íbamos algunas tardes por las tiendas de caridad del barrio a comprarnos un sombrero, un pantalón, algo. Sonrió mucho el día que encontramos aquel abrigo de segunda mano —North End Road, siete libras— que me quedaba entre grande y patético, anacrónico y bohemio, lejanamente señorial.

Creo que le gustaba tanto porque me separaba un poco del resto y de esa forma nos hacía más cómplices a él y a mí en esa marginalidad tan meditada que nos estábamos creando.

El espíritu de la seriedad me consentía pocos vicios y no alentaba ninguna promesa. Si había que hacer sacrificios, él los hacía por mí para que yo no los sintiera. Me hizo trágico y sincero, me quiso tímido y hostil. Fue un buen profesor de disciplina en esos años de siembra, de aprendizaje bruto, en que el pensamiento tiende a dispersarse por sobre una superficie demasiado amplia y necesita de un Virgilio que mida y limite el radio de su deber y de sus esperanzas.

Mi buen amigo, el espíritu de la seriedad. Hasta ahora, siempre que he dicho que en aquella despeñada buhardilla de Fulham Road vivía yo solo, quería decir que vivíamos los dos.

El primer invierno es como el primer amor: todo se le perdona. Se van durmiendo los jardines en la escarcha, las aceras en la nieve, sobrevive el sol de enero con un calor que sólo es ya protesta; empiezan a morir los gorriones, o a marcharse, quién sabe; las luces encendidas a las cuatro de la tarde, cuánta noche en la noche, cuánta ceguera en el aire, y el caminito azul del día preguntando por sus flores. Hay humedad en la tarde, es el mundo humedad, y un zorro en la ventana, sus huellas

de humedad, sus ojos de tristeza; para que lo gris sea gris, aprenderlo de memoria, para que sea plata, pronunciarlo por primera vez; marineras las calles de tan llovidas, confiadas a la pleamar del tiempo, Londres naufragado y viviente, gruta ancestral, subacuática muralla, y todos los abecedarios del invierno poniéndonos la nariz tan roja, a nosotros, niños párvulos del frío.

No éramos felices porque no nos hacía falta. Salir a comprar lo justo, leer mucho, escribir bien. El hambre como cómplice nuestro, como mosquetero fiel, porque con alguien teníamos que conversar; conversar, aunque fuera, de la soledad... La obra en marcha como meta irreductible, el duro silencio como promesa, *Cuadernos de Charlwood Road*, el alma expresada por primera vez, mis primeros poemitas cortos, largos y cortos, imprecisos. Ir convirtiendo el amor en duda, la duda en palabra y la palabra en canto. Y todo lo que no era canto era pobreza.

*Para que lo gris sea gris, aprenderlo de memoria
para que sea plata, pronunciarlo por primera vez.*

Poseer el tesoro del tiempo, que es el tiempo mismo, y traerlo a la frente del día como tibia diadema, consentirnos el puro egoísmo de los descubrimientos, esconder nuestro latido más hondo. Invierno en Putney, barrio susurrado por el río, isla levantada en la niebla del mundo. Recuerdo el uniforme de los niños y la parada del autobús que no llegaba.

Volver a casa con los pies de barro, lavar la ropa en la bañera, secarla en un radiador. Nuestro pequeño escritorio, el agujero en el colchón, la tele sin usar. Si el cielo estaba oscuro nos parecía ceniciento, si la lluvia seguía, nos desvestíamos aún más. Y nada dolía porque nada duraba. Cada mañana aparecía el cuaderno de vivir en blanco, verdaderamente en blanco, para que nosotros buscásemos con terco empeño, con desmesura infantil, la sílaba exacta de nuestra soledad. Putney, piso bajo, noticias desde España.

Si tuviera que elegir un invierno para recordarlo, sería aquel. Aquel que no debo recordar. Para que lo gris sea gris, aprenderlo de memoria; para que sea plata, pronunciarlo por primera vez.

La estufita llegó el segundo invierno, ya en la nueva casa, cuando el frío era menos poético y la humedad más sentida. Los pies fríos del escritor, ya se sabe. Porque escribir es un juego de temperaturas, una búsqueda del equilibrio entre la hoguera interior del decir y la realidad atmosférica del aire, del ambiente. Luego dirán que Pascal era puro raciocinio y que toda su obra está más pensada que sentida, más calculada que viviente, pero lo que debió de ocurrir es que Pascal escribía en una habitación que daba al norte, simplemente, y se le quedaban los pies fríos y las manos tiritonas, y a ver quien remonta eso en la escritura. Otros como Nietzs-

che se pasaron veinte años de su vida buscando los climas meridionales que mejor le vinieran a lo excitado de su literatura. Nietzsche escribió con sol y se quemó en él; a Pascal su ventana al norte no podía darle para otra cosa que no fuera el *Tratado sobre el triángulo equilátero*. Los pies del escritor.

Puse a andar mis pies para comprar la estufita. North End Road era una calle de lavanderías, tiendas de zapatos, mercadillos de fruta, locales de pollo frito, inmobiliarias con los cristales impecables, sucursales de banco, tiendas arreglatodo, papelerías, farmacias y una hermosa floristería que siempre estaba abierta. Salir a comprar por la mañana tenía algo de esa culpa que se siente por no ser productivo en las horas altas del día, las de diligencia funcionarial, en las que todo el mundo está sentado en su oficina, estudiando unas oposiciones o despachando una pescadería. Y yo paseando sin reloj ni hora de vuelta, buscando una estufita para poner debajo del escritorio por no depender de la calefacción central (por las mañanas nadie estaba en casa y aquello no se encendía) y porque me salieran canciones con temperatura lírica en vez de teoremas. Daba mi ventana al Este, ni norte ni sur, así que deshacer este empate de veleta iba a ser cuestión de aquel hornillo eléctrico, de aquel aparato halógeno, oscilante y hasta con selector de potencia. Un lujo, vamos.

Después de aquello Londres se hizo más humano, más viable, y pasara lo que pasara afuera sabía yo que volver a mi buhardilla era entrar en un mundo de calide-

ces, en un útero propicio al trabajo lento y abrigado que yo quería hacer. Además, daba un color anaranjado que me gustaba mucho porque cuando se alargaban las lecturas e iban apagándose las luces del barrio, pensaba yo que se veía mi buhardilla iluminada como si alguien hubiera prendido una hoguera paciente y laborada en lo más alto de la soledad de la noche.

Cuando volví a España le dejé la estufita a Tess, como un padre pobre que testara a su hija más rubia, en el trance último, una herencia sólo de amor y medicinas.

Los secundarios. Yanet había terminado hacía poco sus estudios de psicología pero aún no se veía con un mínimo de confianza como para ejercer. Así que buscaba gente que quisiera tomar un café con ella y charlar detenidamente sobre las propias aspiraciones, dudas, desahogos o nostalgias. De lo que fuera. Era fea, dulce y cubana. Tenía la virtud de la escucha, y uno notaba con ella que no sólo asimilaba lo que se le iba diciendo sino que reaccionaba ante ello y era capaz de incorporarlo finalmente al siguiente tramo de conversación, a la siguiente pregunta. Por eso resultaba fácil perderse con ella por las nieblas que todos llevamos dentro, por esos conflictos íntimos que nunca verbalizamos, que creemos vagamente resueltos en nuestro fondo marino pero que al traerlos a la conversación se convierten en resaca traicionera.

Nos vimos dos o tres veces, no sé si me recordará.

Igual que hay un olor particular en la piel de los niños o en el fondo húmedo de los baúles, tenía Jesse su olor: olor a zumo de verduras. Entre rubio y pelirrojo, ni alto ni bajo, atractivo en todo menos en su sonrisa destartalada, amarillosa —¿serían los zumos de verduras?—, vivía en un lejanísimo barrio de Londres, en una habitación sin amueblar, practicando un ascetismo que nunca supe si era para él una convicción neta o una obligada coraza. Era sensible, muy sensible, y uno presentía a su lado cierta oscuridad en su carácter, cierta sombra, algo que no terminaba de contar pero que asomaba por entre las grietas de su conversación, por entre las mellas de sus dientes.

Holístico en su concepción de la vida, vegetariano convencido y modelo de cuerpo algunas tardes, según me dijo, me llevó a conocer el *Speaker's Corner* de Hyde Park, aquel rincón de locos, espontáneos y oradores, epicentro remoto de la discusión ciudadana en Londres. Decepcionante y concurrido, uno veía que en algún siglo dickensiano aquel lugar había tenido su aroma de revolución, su decir genuino. Que había sido punto de encuentro y de debate real. A día de hoy, en cambio, parece más un circo callejero, un rastro de ideas con más días de bufonada lírica —para los corazones nostálgicos y los turistas de flash y post— que de discusión discreta.

Jesse y yo paseábamos por allí y de vez en cuando él se paraba a escuchar alguna arenga triste, alguna voz alta y predicante. Y no sé si realmente escuchaba o no, pero sus ojos ya no estaban, su cuerpo ya no estaba, y yo lo veía perderse en una penumbra, en un dolor que nunca llegó a contarme. Al volver de su más allá me saludaba de nuevo con su destartalada y amarillosa –que no amarillenta– sonrisa.

Jesse, cisne pelirrojo, criatura hermosa y tierna tan dolida por el mundo.

Qué lindas las conversaciones de las muchachas cuando se ven desde muy lejos y no se entiende lo que dicen, recordaba el clásico. Con Alessia sucedía eso.

Eel Brook Common tenía troncos de árbol como cien hombres abrazados, un parque infantil doloroso de charcos y ese aire otoñal y silvestre que en algunas zonas de Londres, milagrosamente, duraba todo el año. Parque ciudadano, jardín sin jardinero, bosque con sólo un trébol amaestrado, si le sobran dos minutos a la primavera, estaban allí: *Eel Brook Common*.

Me sentaba yo en una de las zonas abiertas, lejos de las conspiraciones de los árboles, por poner algo de luz en el día, por no desacostumbrar demasiado mi piel, tan pagana, a la bendición aldeana y pura del sol. Alessia

leía fija y coqueta sobre su toalla, por no mancharse, por no macharse. Italiana fina, de vez en cuando levantaba la mirada no para ver nada sino para que se vieran sus ojos, creo yo, ni verdes ni azules, de un coral imposible, ultramarino y profundo, cruel casi, de tan lejano. Un azul que soñase el verde, un verde remando hacia el azul. Algo así.

En algún momento acabé acercándome a ella, o ella a mí, y me habló de sus cosas, del mes que llevaba en Londres, de su barrio sin parques –por eso venía a este– y de la familia que dejó en Milán. Nos escribimos un tiempo, nos vimos, salimos a cenar dos o tres veces, con el interés decreciente de un romance que va cuesta abajo hacia un doble destino que es en realidad el mismo: el beso frío o la nada.

Tenía ella esa coquetería ensayada –y por tanto, confusa– de las chicas que para encontrarse a gusto en su belleza necesitan de la reafirmación constante, acribillada, por parte del pretendiente en cuestión. O sea, un servidor. Recuerdo que me sentía yo como juntando los trozos de un espejo que no había roto, que no veía roto. Alguna vez, volviendo de cenar, si le hacía la mención más o menos velada de que mi casa estaba cerca, ella respondía, con tono más de insinuación que de protesta, que era una señorita –una señorita, ay–. Y lo único que quería, pienso hoy, era ganar tiempo para más halagos, para esa insistencia melosa y repetitiva de la que nunca he sido capaz. Poco sabe del amor quien no ha aprendido que para la mujer es posible mentir con la verdad,

que puede decir que no con el arte suficiente para que parezca un quizás, y que debajo de todo eso, tras la belleza de los ojos, el adorno del maquillaje, la seguridad en el andar y en el decir y el brochazo suelto de una sensualidad más o menos eficaz, habita una niña que sólo pide tiempo, el tiempo fugaz e interminable de los cuentos, tiempo, nada más, para que alguien la quiera un poco. Era Alessia una princesa, una señorita o un espejo roto.

Otro relámpago que pasó por mi vida en aquel entonces fue Belén. Para que Belén llegara tarde a una cita sólo necesitaba eso: la cita. La noche de nuestro primer encuentro estuve esperándola hora y media en la puerta de Fulham Broadway, el metro más cercano a mi casa, vestido con mis galas mejores y subiendo y bajando —en ejercicio gimnástico contra la desesperación— un delgado bordillo que era como la línea fronteriza entre el calor humano de la estación y la humedad bostezante y fría de la calle. Un pasito arriba, vendrá; un pasito abajo, no viene. Y así.

Dos coletas bajas con lazo, mediana estatura, boca de trasto y ojos de monjita joven y saltabardales, de las que le quitan dos cuentas del rosario a la superiora y vuelven a hacer el nudo, por confundirle los misterios en el culto recitado de la mañana. Venía de zapatilla plana, vaquero soso y apretado, camisa oscura y sin pendientes:

el adorno, en su traje, era ella. Vino finalmente, y lo hizo con dos bolsas de la compra –lechugas, yogures, tarritos cosméticos– que enseguida me dio para que se las llevara. Había en Fulham Broadway, dentro de la estación, un gran supermercado que cerraba tarde y ella había pensado que como ya venía con retraso, igual iba a dar entrar y hacer la compra del día siguiente. Me lo dijo:

–Como ya iba con retraso, he entrado a comprar.

–Ah.

Qué desarmado el corazón del hombre ante la belleza nítida de la mujer, qué rota la brújula de la razón frente al norte caudaloso de lo femenino esencial. No está ciego el amor, no, está deslumbrado de ver tan claro, y lo que debiera parecernos un agudo desmán lo convertimos en una graciosa anécdota; y lo que bien pudiera ser no más que un argumento sin el menor sentido lo atribuimos a una personalidad succulenta, genuina, indescifrable.

Belén y yo en la cocina, colocando lechugas y yogures en mi nevera, como dando un salto mortal en el tiempo, como dejando atrás todo eso que suele venir antes: las primeras insinuaciones, los primeros nervios, el beso inesperado –y esperadísimo– a la hora de irse, la siguiente llamada, las conversaciones vírgenes de tiempo y de latido, poder inventarse de nuevo en otro ojos, la piel desbordada en otra piel, contenida, el mapa mudo que empieza siendo una mujer, y el hombre navegante, todo el sabor y el desabor de la espera, de la anticipación, el crecimiento lento, vegetal, de esa complicidad

que no es más que tiempo, adagio feliz que se descubre a sí mismo, fingida lucha de uno y otro para finalmente vencer los dos. Era invierno y nosotros, ya digo, nos habíamos saltado todo eso. Un pequeño gesto nos arrancaba del mundo de la promesa para instalarnos duramente en el hoy de la faena doméstica, en el quehacer civil, matrimonial, que consiste simplemente en llegar a casa y meter los yogures a la nevera.

Belén había nacido en un trópico lejano —américas tan nuestras— dentro de una familia patricia y numerosa, hija última y protegida, estudiante correcta, de las de buena letra y corazón ausente, su mamá tan guapa, me decía, su papá importante, con linaje y cargo —gobernador civil de la región, algo así— y ella, Belén, como flor heráldica de la fauna familiar, como pieza orfebre de una depuración mestiza y generacional. Como afinación, en fin, biológica y lograda del violín último de la especie. Belén tenía un minuto de ternura y otro de seriedad.

Se veía que había heredado el ritmo lento del vivir de su tierra, el desapasionamiento que suelen incubar en el último eslabón de la cadena familiar las precedentes y sucesivas generaciones de ocio, de charla de salón sin complicación ni drama, las manos hermosas y sin lucha, sin instrumento de amor ni potencia de desgaste. La vida vivida blandamente.

Me habló de su infancia selvática y fluvial, de su ciudad de zetas inalcanzables, maya grandeza, primitivo idioma, me habló de ríos y fronteras, de los bosques

dolorosos de su patria, del tren amarillo con carbones para el invierno que pasaba cerca de su casa, y las lluvias, cuántas lluvias, semanas enteras de lluvia como en un bautismo ritual del mundo, de su mundo tropical y niño, de su hemisferio olvidado y tan verdadero siempre. Era profusa en los detalles y breve en las razones: todo era así porque así debía ser. Y es que hay almas que nacen sin conflicto, sin necesidad íntima de lucha, y simplemente aceptan como destino unívoco la trayectoria que el vivir les impone, como quien va uniendo los puntos de un dibujo que el azar, sin su permiso pero sin su protesta, en pirueta mágica, les ha trazado como boceto de su misión humana. Así, Belén había llegado a Londres sin saber por qué, arrastrada por la marea suavísima de la vida, lejana Europa, altas monarquías, fascinación por la filia colonial, por el imperio ejercido, lejana y vieja Europa, sobre sus tierras de maíz y de esperanza, sobre aquel sur desperezado y fecundo, desesperado y doliente, pulmón henchido en medio de los siglos, amazónica estación del corazón humano. Era verde su patria, gris su rumbo.

Belén caminando por un invierno sin selvas, por un Londres sin la desmesura atlántica de sus recuerdos infantiles, todo tan gris, me decía, todo tan limpio. Parecía que echaba en falta los charcos con barro de su pueblito aquel, las cuevas jalonadas con grandes piedras, las casas de adobe con techos de calamina, el desbordamiento ritual de los ríos como un segundo palpitir de la tierra, de la raza y de la sangre; y las altas montañas pas-

toreando un horizonte de mares sin fin, de agua sin fin. (Ella había aprendido en la escuela que el cielo y el mar, por mucho que se acerquen, nunca se tocan.) Belén se quitó enseguida sus zapatillas blancas y la hubiera llevado yo, primitiva y descalza, más que a mi cuarto sin luna, a coger castañas silvestres en una noche de tormenta.

Le gustó mi buhardilla, por elemental y por recogida —que donde no hay ningún sitio tampoco cabe el desorden—, y la conversación fue cayendo poco a poco por el lado de la intimidad, de su intimidad, hacia un monólogo recitado y punzante: su padre con cáncer, la academia de idiomas —donde aprendía francés, no inglés—, sus hermanos por el mundo, la soledad blanda de sus diecinueve años, los domingos sin clase, todo eso. Pronto se nos hizo tarde para el último metro de la madrugada, así que se quedó a dormir. Existe en Londres una especie de pacto entre caballeros, una norma juvenil y regidora, según la cual uno debe ofrecer siempre una cama o un sofá a la persona que invita a su casa —aunque no se haya dado la chispa favorecedora del frenesí— una vez pasa la hora en que cierra la estación de metro más cercana. Es algo así como un seguro de civismo que actúa corrigiendo el imprevisible azar de las afinidades sentimentales. Una ley de cordura.

Se quitó los vaqueros sin decir nada, en otro gesto de marital indiferencia, y hubo dos, quizás tres besos, se giró hacia el radiador y se quedó dormida. Mi noche fue más lenta, más inquieta de posibilidades, más demo-

rante ante la cercanía de aquella niña de las selvas, de aquel animal bello y vulgar, unicornio salvado de una antigua raza, virgen de una tribu que la dio por perdida y que ahora soñaba a mi lado.

De Belén lo que mejor recuerdo es lo que no pasó. Volvió a llamarme alguna vez. No nos pudimos ver.

Si tuviera que dar una idea de la edad de Joe, diría que Joe tenía la edad justa. Hay un minuto en la vida de cualquier hombre en que este se convierte en ferviente creación de sí mismo, en talla minuciosa y consecuente, sin el adorno excesivo de la juventud ni la sombra ascendente de una vejez acuciadora. Se mira uno las manos y las reconoce como propias, como compañeras de vida en la virtud, el trabajo y la fechoría; se repasa el rostro y adivina el nombre y la causa de cada arruga, de cada gesto; y en los ojos el equilibrio del mundo, el presente radical del tiempo. El hombre que iba a ser ya es: está presente y eternizado. Tenía Joe esa edad transitable y silenciosa en que uno navega bajo el viento de antiguas y poderosas esperanzas, no hacia horizontes remotos sino hacia puertos posibles. El hombre que un día miró las estrellas y allí clavó su norte hoy las ve no como destino, como fin, sino como guía saludable. Y qué poco tiempo dura esta convergencia entre la fuerza de la idea —tesoro de la juventud— y la delimitación de su

cumplimiento —baza de la madurez—. Qué poco tiempo para separar el grano de la broza, para darse cuenta de que uno es simple poseedor de lo que cree que tiene, pero sólo verdadero dueño de lo que sabe que no va a necesitar.

Había yo comprado en Chelsea, por una triste libra, las *Confesiones* de Rousseau, y por no verme tan solo en la buhardilla me bajaba a la puerta de casa a leer. La tienda de antigüedades de Joe daba a Fulham Road —avenida principal— y hacía esquina con otra pequeña calle que servía sólo de entrada de vehículos para residentes de un edificio que quedaba detrás del nuestro. En esa calle pacífica, sin apenas tránsito, estaba la puerta trasera de su tienda y allí pasaba él las horas, los días, los años, en aquella labor eterna de pulir las platas falsas y los figurines de hueso, de espolverar los tapices caros y las alfombras de Túnez, de devolver el filo a los utensilios más insalvables, descoloridos y mutilados. Echaba yo un vistazo al trastero del que sacaba y entraba cosa tras otra, y había mosaicos finos, angelotes de ámbar, almohadas para fumar opio, jadeítas, megáfonos de barco, papiros egipcios, una mesita de mármol pan de oro, capazos de esparto, acuarelas francesas, caballos mogoles de bronce iraní, escabeles clásicos, balanzas de plato con pesas de latón, medallitas religiosas, maquetas de velero en su botella, costureros, maceteros, corazones de Jesús; había un teléfono de trompetilla, máquinas de escribir y de coser, teteras, muchas teteras, pies de barril, campanillas dobles, latas decorativas, percheros y cubrechimeneas,

una báscula romana, fósiles amonites grandes y chicos, cortaplumas, serruchos, un tablero de ajedrez sin la reina blanca, quinqueles de metal, palos de boj, ébanos africanos y abanicos de carey; cómo habían ido a parar allí tantas cosas, tantas vitrinas y jarrones, tantas parejas de cuencos chinos, peanas, reclinatorios, figuras de marmolina, muebles de bargueño, licoreras, budas de oro, cofres musicales –sin bailarina dentro–, lágrimas de cristal para lámparas deslgrimadas, porcelanas con la nariz rota, misales romanos, payasitos de hule; tantas y tantas cosas, damajuanas de vidrio, relojes de péndulo, yugos, poleas y frenillos, heráldicas águilas de bronce, sencillas cazuelas de barro, brújulas, pillacorbata, un baúl de madera remachado por las esquinas, y en el baúl una caja de puros, un juego de navajas de barbero, candelabros, incensarios, el burrito perdido de un belén; había en las paredes farolillos de petróleo, trebejos sin nombre, espejos sin luz, un busto de Churchill sobre un escritorio náutico y, en el cajón, quizás, la correspondencia perdida de Oscar Wilde; había un dios Baco con serpiente, sin precio, en mármol blanco, platos de la dinastía Ming, joyeros, aparadores, y en un rincón aquel carrito antiguo con una muñeca durmiente y despeinada; toda la plata gastada de la vida, todo el latón sobrante de los siglos; candados de cadeneta corta, palmatorias de oro, butacones, rinconeras de nogal, especieros, urnas y balas de cañón; utensilios de medicina, tarros de farmacia, pipas, cigarreras con caligrafía oriental, una cuna de coleccionista con incrustaciones de bambú, litografías, bajo-

relieves, un tratado de disciplina militar. Había una Venus de Cánova, un caballo balancín en madera de quebracho y la foto de una niña con trenzas, de espaldas, en algún lugar. Todo lo que no cabía en los trasteros del mundo estaba allí, en la tienda de Joe, el africano Joe. Y no recuerdo todo, que había mucho más.

Hablando poco nos entendíamos lo suficiente. Cada uno conocía su oficio: él sus trastos, yo mis libros. Y de vez en cuando levantaba la mirada y le veía en aquel su afán por devolver algo de vida o de prestigio a aquellos trastos sin remedio, a aquella nada expósita y brillante. Lo hacía con un cuidado denso de atenciones, sin lapsus ni descuidos, como quien se enfrenta con un problema por primera vez. Así, limpiar el polvo de un óleo no era sólo limpiar el polvo, era desenterrar un color y devolver un relieve; y barnizar una madera no era protegerla de la humedad y la carcoma, era darle vida nueva al viejo roble con aquel aceite resinoso y cuaresmal.

Parecía el retorno del mito de Penélope, en una rendición menos literaria y más cruel, en la que Joe resolvía muy de mañana lo que el tiempo y el desdén desbarataban cada noche. ¿Qué necesidad tenía Joe? ¿Qué ley de lo ritual le obligaba? Si nadie entraba en la tienda, si nadie acudía a comprar nada. Pensaba yo en ese hacer y deshacer eterno, en esa *inutilidad* que somos; y él seguramente miraría mi librito verde, aquellas *Confesiones*, y pensaría lo mismo, para qué tantas palabras, tanto estudio aéreo de la nada, si la vida es pisar esta tierra, tocar con estas manos.

No éramos adultos enfrentados en nuestra manera de pensar el mundo. Sucedió más bien que los dos estábamos siendo niños y como tales no entendíamos más que la disciplina de nuestro juego.

Belén, Joe, Alessia, Jesse, Yanet. Personajes secundarios, estatuas pasajeras, afluentes cegados y cordiales del Nilo que fuimos, del remanso que somos. Compartimos una tarde entre las tardes, una tregua en el camino, detuvimos un instante la pedalada del vivir para sentarnos a hablar, a no hablar, a consolarnos. A veces es sólo eso, coger entre dos un minuto y salvarlo de la grisura de los días, hacerlo poroso, hincharlo de vida, dilatarlo, expandirlo hasta que pueda rodar por sí mismo, hasta que su propio peso lo torne generoso. Y ya nos acompañe siempre.

Sucede un día; no hay más. Sucede un día que las palabras que no estaban, están ya. Te sientas y escribes un poema ancho y caluroso, una carta a un amigo, la letra de una canción. Da lo mismo, lo importante es que las palabras están ya.

Qué impaciencia, muchacho, por que llegara este momento, qué impaciencia de años llevando a la univer-

sidad aquel cuaderno de apuntar nada, nada de lata, frases temblorosas, pensamientos solos, ensayando pases de muleta cual torerito pobre, sin dar aún con la vía definitiva del decir, ibas sembrando, muchacho, ibas braceando apenas, poniendo un dedo sobre la corteza de las cosas, por ver si palpitaban, sí, por ver si palpitaban, y te tardaba el andar y lo sabías, prisas de juventud, lo sabías, muchacho, estaba en tu frente y en tus manos, tan juicioso siempre, tú, y ahora saltándote clases para quedarte leyendo en una placita cercana, en aquel esfuerzo soleado y supremo por romper la cuerda de todos los relojes y entrar en el tiempo mágico de las palabras, tan viejitas ellas, tan cansadas, y sin embargo tan dispuestas, como en fila india esperando el momento de salir a jugar. La rebeldía no olía a pólvora quemada, olía al mohín de los libros y a un almuerzo de chorizo y pan.

Ir descubriendo el mundo, la gracia matinal de los barrios, los mimbres crudos del día, la procesión civil de las primeras horas en su cotidiano bostezo. Y tú ahí, muchacho, escapando de las palabras académicas, de los esquemas y las asíntotas, por agarrarte a esa cometa que veías desde la ventana, empujada por el ventarrón alto del idioma, por primera vez solo y orgulloso, orgullosamente solo, matando las horas lectivas con el susto de una metáfora, de mil metáforas, aquel enjambre de dudas, de imágenes, que te llenaban de impaciencia y de una culpa atávica y piadosa.

Sé paciente —decía el poeta— pero impacientate todos los días. Querías *decirte*, nada más, darle nombre a

tu prisa interior, ararte el pecho con las propias uñas, multiplicarte en sangre y lirismo, pero no, no era tiempo todavía, y se entreoía forzado y torpe tu organillo cada vez que lo hacías sonar. No sabías, muchacho, quizás no sepas, que habrá una mañana en Londres, tiempo adelante, ya verás, en que esas palabras que hoy pasaban por tu lado desdeñosas de ti, ninfas imposibles, te acudirán a los labios como abejas a por miel, miel sustantiva, jarabe lento, y podrás hundir tus besos, ¡tus besos por fin!, y tu hambre y tu dolor y tu arrogancia, en un canto pronunciado, esta vez sí, con tu propia voz.

Será un septiembre, ya verás, y en pocas semanas escribirás cuarenta poemas largos como cuarenta años en el desierto. Comenzarás tu oficio y lo juntarás todo en un tomito que llamarás *Cuadernos de Charlwood Road*. Lo presentarás a concursos, regresará vencido. Y dará igual. Dará igual porque ya sucedió el día y las palabras que no estaban, están ya.

En aquellos primeros meses quise visitar también algunos de los museos inescapables de Londres, por aquello de ir cogiéndole el pulso histórico a la ciudad, por meter un poco el pie en el río –congelado río– de la cultura del Imperio, por ser testigo directo de aquel expolio colonial y minucioso, por sentir el peso de los siglos –en los pasillos, en las salas– con su hondo silencio de epopéya universal. Y por tomar el aire.

Turner y sus barcos hundidos. Turner como un mar a sotavento, como un pecho frenético y llorante —si tuviera más pureza aquel azul sería sangre—, Turner sobre el espaldar del horizonte empujando espuma y cielo, cielo y padre, violento y final, adensando la mirada, petrificando el mundo; y el sol como una hoguera turbia y planetaria, atardecer naval, ciego suspiro, para que al menos un barquito pudiera regresar a casa. Turner en el Tate Britain inventando la luz del mar.

No sé si lo he mencionado ya pero nunca he sido capaz de emocionarme sincera y abandonadamente —¿qué otra forma de emoción habría?— con ninguna de las artes plásticas: pintura, escultura, arquitectura. He paseado algunas de las mejores salas de pintura del mundo, he respirado la ternura inhabitable de Goya, el trazo angelical de Leonardo, la dentellada seca del *Guernica*, el grito innumerable de Munch. Y lo he respirado todo sin sentirlo. He pasado descalzo y mudo, sin vuelo, por entre las muestras más ciertas de lo bello, por sobre el arte más pulimentado y magistral. Lo he admirado todo, con paciencia y embeleso, sin poderlo amar. Por eso ese Turner, aquel barco de esclavos con corazón y cielo tan humanos, aquel mar sin nombre ni consuelo, supuso tanta sorpresa aquella tarde. Fue un fogonazo de luz, el clarín desolado que me llamaba brevemente hacia un sentir, hacia un placer —el visual— para mí siempre tan lejano. Aunque tampoco puedo decir que fuera un descubrimiento, pues un descubrimiento, además del hallazgo, hubiera supuesto la apertura de una nueva vía, de

una posibilidad artística explorable y fecunda. No fue así, y aquel Turner quedó en flor de anecdotario, en excepción palpitante de una rigurosa norma que ante lo plástico me permite el deleite, la comprensión incluso, pero me niega, siempre, el latido.

Venía avisado de todo esto porque para entonces ya había recorrido yo las egregias salas de la National Gallery, suntuario edificio, partenón sin ateneas, aquel arca sin diluvio. Había visto a Tiziano y a Bellini, a Velázquez y a Monet, tuve ante mis ojos los girasoles de van Gogh. Y he aquí el asunto: unas semanas antes de salir hacia Londres me había encogido el corazón un librito recopilador de las cartas que éste —van Gogh— le había escrito a su hermano Theo a lo largo de su vida y hasta unos días antes de su muerte. La búsqueda del buenhacer artístico, el destilado lento de una personalidad convulsa y apasionada, el día a día, los estudios de la luz y los colores. Estaba todo allí: hoy he pintado una cuna de niño, Theo, no sé si te gustará, el domingo quizás vengan dos soldados, mándame dinero, por favor, necesito pinturas y dos lienzos medianos (seguramente algo de comida, también). Dulce Vincent, desesperado Theo —o al revés—, cuánto corazón había en cada carta, cuánta pincelada soberana en el decir sencillo de los días, del hambre, de la soledad. Todo lo podía ver yo al trasluz epistolar, todo lo podía sentir o *pre-sentir*, cada penalidad y cada ascenso, cada misión desamparada, cada caricia sin pan. Por eso esperaba con ansia, aquel martes en Londres, llegar a los cuadros de van Gogh y

reconocerme de algún modo en ellos, tocar finalmente con los ojos lo que ya era prenda querida de mi corazón. Entré, vi sus campos de trigo, su silla de trabajo, sus eternos girasoles: nada. Entre sus cuadros y yo, un vacío de cien años. Todo lo que sus cartas me habían dicho, sus pinturas se lo estaban callando. Me recuerdo repitiéndome a tibiavoz la frase última que Vincent dijo a su hermano antes de morir: *la tristeza será eterna*. Y me fui.

La experiencia en el Tate Modern fue aún más destemplada. Salvando de nuevo a Turner, Pollock, Bacon y otros modernísimos clásicos, el resto de la visita a aquella vieja planta eléctrica —reconstruida y repensada como museo— la sentí desangelada, sin palpitación, hondura ni perfume. Aquel arte tan presente, tan conceptual, lleno de simbolismos noveles y de una narrativa facilona, aquel arte tan caro, no arrancaba de uno sino la respuesta intelectual, la *interpretación* del hecho artístico, sin dar lo emotivo de la cosa sino la razón de la cosa. Eran instalaciones enigmáticas —cien hilos sujetando cien tenedores en el aire— que parecían querer conversar con el espectador en un plano puramente intelectual y en las que yo no encontraba ni dolor, ni pasión ni rudimento, sólo el mensaje, la moralina, sin rastro del artista, de la mano creadora. Como si no importara más el contar que el cuento, como si lo sustantivo fuera la confesión y no el alma que confiesa. Arte de corazón frío y quietud de espejos, tanta claridad para no calentar nada.

Pero de lo que uno no saca nada también se saca mucho. Estaba aprendiendo yo a vislumbrar los límites de mi ensimismamiento, decidiendo sin darme cuenta las coordenadas de mi norte sensitivo. *Conócete a ti mismo*, decía Delfos inmortal. Conoce lo que sí eres, lo que puedes ser, porque donde hay hoguera de emoción habrá incendio de lucha, de creación, de cinética. La pulsión recibida por el artista verdadero nunca se queda ahí, en disfrute complaciente, sino que lleva latente su conversión en otra cosa, como una flecha siente en sí, en todo tiempo y minuto, la tensión del arco que la impulsa hacia su destino. Sentido de transformación, eso era el arte. Partir de un estímulo, de una emoción personal y discreta, y convertirla en pulsión relatable. Elevar la anécdota a categoría, dijo alguien.

Hay que entender lo útil de las propias limitaciones. No iban a darme nada la pintura ni la escultura del mundo. No tenía amor por ellas. La música, las palabras, eso sí. Ellas iban a ser mi óleo, mi cincel y mi abandono.

Frente a la gloria impertérrita de los museos, la gracia pasajera y musical del río. Salir del Tate Modern y encontrarme allí, en la alegría fluyente de la hora, sin esos siglos de cultura auestas, asistiendo a la afirmación lírica de lo lento, su pesado pasar, todo lo mira el agua, todo lo ve envejecer calladamente, sonrisa sabia y cauda-

losa, río con nombre, río sin patria —sólo el océano—, si su única lección es el presente su eterna misión será el olvido. El río y yo.

Aquella orilla fea. La incertidumbre terrosa de la ciudad frente al río, lo quiere amar y no sabe cómo, lo teme pero no sabe cuánto, quisiera amaestrarlo pero no, no es posible. Entonces la ciudad se resigna a su papel de amada, de cautiva, y el río será siempre en adelante la fuerza masculina y dominante, tenorio de mil conquistas —cada ciudad, cada pueblecito a su paso— que lleva en su pecho, escrita en agua, aquella letrilla del poeta más fluvial:

*Amo el amor de los marineros
que besan y se van
dejan una promesa...*

Dejan una promesa que es volver, pero el río nunca vuelve, ya se sabe, el río sólo remonta, y como no tiene memoria vuelve a prometer, y cada ciudad, como buena amante, lo cree suyo. Támesis de nadie, corazón derramado y transitable.

Se decía en Londres que siglos atrás un elefante había cruzado andando el río en una serie de inviernos particularmente fríos. El Támesis se helaba en febrero y principiaba entonces lo que alguien llamó el *Festival de la Escarcha*, en que la ciudad se expandía hacia su centro y el río era novísimo lugar de paseo, eje manantial del ocio y el comercio londinenses, además de servir, como se ha dicho, para la realización de actividades de narra-

ción épica, fundadoras de leyendas, como el archifamoso paso del elefante. Al mes siguiente la capa de hielo iba perdiendo grosor y momento y el carnaval del Támesis se iba hundiendo en su propio entusiasmo. Desaparecían los tenderetes y los caballos, los vendedores de carne y los puestos de marionetas, y la ciudad recobraba así su río a cambio de perder una atlántida.

Hoy el río ya no se congela, no hay puestos de pan de jengibre ni pedreas de gallos bajo el Tower Bridge de Londres. El Támesis vuelve a ser salvaje y fluvente, olvidador y manso, habitable de nuevo para las nutrias y los topillos de río, visitado por barcos y crueros de poco calado y, una vez al año, celebrado popularmente en la regata a remo que disputan las universidades de Oxford y Cambridge cada primavera.

Aquella orilla fea. Salir de la ciudad, escapar de la Historia. Era un atardecer, después de la gloria y los museos, que caía por dos abismos: el del cielo y el del río. Como un barrendero alegre se iba llevando el agua la luz que quedaba atrás; luz, niña despistada que quería irse a dormir lejos, muy lejos, al mar quizás. Y quedaba Londres a oscuras, enamorada de su propia imagen. Qué cura de verdad es siempre un río, qué desahogo ancestral. Frente a la realidad artificiosa del arte y la cultura, el prestigio natural del agua.

Apareció el librito en un sótano de Charing Cross, librerías de viejo, esas tiendas donde el polvo es

milimetral amigo de los libros y las páginas no huelen a fría estampa industrial sino a tarde densa de domingo, a humedad de gato en un regazo, a vida, sí, esa vida que el anterior dueño dejó allí troquelada y vencida, primavera momentánea y eterna. Olvidada.

Se compra algo, pues, en una librería de viejo como se adopta a un niño huérfano con el abrigo oloroso aún a su antigua habitación, al humo de la estufita de la pensión de abajo o al guiso último, en la cocina, de unas elementales lentejas con arroz. A todo eso huele el huérfano, el libro, que uno hojea como abanicando un mundo desconocido, pidiéndole que nos cuente lo que ha visto, lo que ha tocado, qué estaciones han sido de silencio —allá en alguna estantería— y qué otoños han sido luz, pupila y pensamiento, vida enhebrada. Tirar del hilo de su historia, trabajar la mina a cielo abierto que es su olor, descifrar los restos de cotidiana verdad que puede haber entre sus páginas. Y a veces, de cualquier sitio, cae una postal, una nota, un recibo o una flor.

¿Adónde miraba aquel libro? Tenía en la portada, *era* la portada un retrato escalofriante del autor, esbozo a pluma sobre un fondo cobrizo, encarnado y desencarnado al mismo tiempo, turbio, irradiado, violentamente rojo. Parecía querer avisar al lector de que la rabia nunca puede ser azul. Azul es la esperanza, el cielo de un verano o las lágrimas de un amor adolescente. Este libro era rojo. Tenía el alma en rojo, borbotante de rojo, quemante de sí. Como el grito último de un atardecer primitivo y rojo: el librito.

Conocer a Nietzsche y su *Zaratustra*, aquel charlatán iluminado, soltando veneno y perfume en cada frase, echando por la boca párrafos de locura inapelable, repartiendo verdades como Dios repartió luceros. “¿Puedes darte a ti mismo tu mal y tu bien e imponer sobre ti tu voluntad como una ley? ¿Puedes ser juez para ti mismo y vengador de tu ley?” Ahí estaba, sí, el camino del creador, la aceptación de su destino malabar –malabar en que lo que se tira al aire es la propia vida–; y yo iba leyendo aquello, traduciéndolo minuciosamente, no era un santo, no, no era un filósofo ni un profeta, ¡era un hombre!, por fin un hombre *vertido* totalmente en una prosa que sí era filosófica, profética y santa. Tenía tanta fuerza aquel librito que parecía capaz de arrancarse sus propias hojas en cualquier momento.

Quizás haya dicho alguna vez en este diario que nunca me ha parecido razonable poner demasiada fe en ningún libro, que no creo que nada que uno no sepa previamente pueda aprenderse como lector. A lo sumo puedes hallar la manera de expresar algo que ya sentías pero que aún no lograbas articular. Lo que sí me gusta y lo que sí me sirve es adivinar la planta del escritor al tor-naluz de la página: su frente sudorosa, el cansancio de las manos, su jadeo vital. Es aquello que explicaba Unamuno diciendo que cuando alguien acudía a él apasionado, compungido o apremiante para convencerle de cualquier idea, lo primero que hacía era desechar la idea y quedarse a cambio con la pasión, la compunción o el apremio del visitante.

El tener una biblia, para un artista, es una renuncia imperdonable, un sacrificio de la libertad en favor de la seguridad, del asidero. Es no querer bailar en el alambre de la duda. Así que nada de biblias ni de credos, me decía yo, como mucho un pequeño prontuario, este testamento breve de mi querido Zaratustra, este amigo que no es perfecto ni dice siempre la verdad, como ningún amigo. Y quien quiera vivir tranquilo que elija a su profeta y lo siga —que el consuelo es otra forma de amor propio—, pero quien sepa que en su pecho carga con un corazón escrupuloso, ese no puede arrimarse a un maestro y amarlo a ojos ciegos; ese lo escudriñará, lo juzgará cada día, y no le pedirá respuestas que le den cimientito sino preguntas que le hagan temblar. La duda es una ballesta que al tensarse duele en los dedos, pero que una vez liberada llega donde la certeza —como herencia, como credo— nunca podrá llegar.

Hay una tentación académica, secular, una rama escolástica casi, que vive del arte de retratar pájaros en pleno vuelo. Me explico. Aparece un pensador, un artista original y despeinado, un nuevo talento con sus manías, sus errores y sus anhelos. Trabaja largamente, crea su mundo, escribe su cosa. Pasan los años y los círculos de la cultura van asimilando aquel decir inédito, lo van viendo factible, compatible, soluble incluso. Pero hay un problema, porque si la cultura tiene un atributo que la defina como tal es el *estatismo*, la lentitud de su histórico paso. De modo que a aquel muchacho original y despeinado, a aquel pajarillo libre, lo primero que hay

que hacer es atraparlo, disecarlo, catalogarlo. Ver si se trata o no de una especie nueva. Los servidores de la cultura –vista como conciencia histórica colectiva– intuyen siempre que la misma sólo es transmisible, perpetuable y duradera en cuanto filón estático de una realidad fluyente, en cuanto fotografía fija de un movimiento perpetuo. Y comienzan las sistematizaciones de pensamientos, los desgloses alfabéticos del alma, las explicaciones vanas. ¿Por qué meter el velero feliz que es un hombre en la botella castradora de una corriente filosófica? Si ahí ya no puede navegar, ¿por qué? ¿Por qué pintar con óleos artificiales y torpe trazo la danza natural de un gorrión en su albedrío? Quizás porque así es más fácil apuntarle; porque para el disparo elogioso o el de gracia es necesario el retrato estático, apresado, del pobre pájaro. Quizás porque en alto vuelo no le acertarían jamás. Y aquí sí va una crítica para tantos académicos, escolásticos, latinistas, acaparadores de la cultura, defensores del credo único, eruditos de la norma y monosabios de la monomanía clásica y purísima: a la hora de la crítica es infinitamente más fácil *crear destruyendo que destruir creando*, como se oculta la luz de una estrella más sencillamente sobreponiéndole una nube que imaginando a su lado otra que brille más. Quienquiera que se ha puesto alguna vez frente a la página en blanco, lo sabe. Al resto no se le podrá explicar.

Nietzsche, aquel pastor de sí mismo a quien no se ha sistematizado en exceso pero sí resumido y encapsulado en un puñado de ideas asumibles, inteligibles y

preguntosas. Enseñables. Se borra al hombre como si su canto fuera floración espontánea de la tierra, como si alguien lo hubiera hallado rodando por un camino o a la sombra de un chopo centenario. Candelabro impar, Nietzsche, siempre entre la leyenda y el ocaso.

Lo primero a notar cuando uno lee su correspondencia es que su soledad, tan provechosa y tan tremenda, nunca fue un apartamiento elegido sino una situación forzada. Nietzsche no es hombre solitario porque sea un ermitaño; es un ermitaño porque es un hombre enfermo. Su salud comenzó pronto a dictarle unas condiciones de existencia que no podía compartir, sencillamente. No fue un hombre superior, fue un hombre que triunfó de su superior circunstancia, que tomó todas sus fiebres y las empuñó como espadas colosales, que entendió su limitación como un milagro doliente y necesario. Tampoco es un profeta, no dejó nada que debamos conservar en piedra o mármol, dejó espumas y mareas, tormentas submarinas, fondos abisales de una humanidad que gritará su amor sólo a unos pocos. Lo mejor de Nietzsche no es lo que dijo, ni si lo dijo bien o mal, es el dolor y la verdad tras de la página, el diálogo a muerte entre el autor y el verbo.

Tengo aquí delante, mientras escribo, el librito: la portada roja, la mirada inacabable.

Recuerdo un sueño de cuarenta noches, primer junio sin Londres.

Un avión que me llevaba lejos con su zancada planetaria, primero España anochecida, luego el despertar sin Dios bajo un cielo africano. Recuerdo urbanizaciones blancas y una soledad de precipicio, totémica, y el horizonte como una cascada donde la tierra se quebraba de hambre y de sentido; nada más allá, el continente azul del mar, nada más allá. Recuerdo poblados negros, las chabolas de lata, no te acerques a los poblados negros, a las chabolas de lata, y los cristales de un coche rotos y brillantes, lo ves, no te acerques a los poblados negros. Recuerdo las minas de diamantes que no vimos, esa lección de paciencia ciega, imposible, para que la luz vuelva a ser luz, para que la pobreza se multiplique en sangre; recuerdo a Shantar rubísima abriéndonos la puerta de casa descalza, muy temprano, ojos de sueño y la cara recién lavada, Shantar hecha de pan candéal y un minuto de cansancio, de juventud total y oros silenciosos; Shantar llevándome en su BMW por el polvo de mil cunetas para comprar un elefante de madera tallado allí mismo, con imperfección primitiva y desafecto ancestral; Shantar despidiéndose, un beso, Shantar inalcanzable, y todas las miradas del desierto enamorándose de ella.

Hizo frío, un frío lento y ruidoso, aquellas cuarenta noches. África en su luna ya de invierno no nos perdonaba a los extranjeros, a los que veníamos del hemisferio estival, haber llegado tan tarde. Fue un junio aterido y de jornadas largas, duras de tedio más que de cansancio, defendiéndonos de la lengua blanca –el *afrikáans*– y de los trece dialectos negros, tribales, con un inglés comunal y sencillo.

Recuerdo la guitarra que compré, para las tardes solas, con compromiso de reventa en aquella tienda de empeños pululante de niños que nos pedían un dólar, una sonrisa o una bicicleta; y a Sebounelle, tan futbolista, tan jardinero, tan pobre, nuestro amigo Sebounelle, al que dejamos casi toda nuestra ropa cuando nos fuimos, un maletón que a nosotros nos sobraba y que a él tantas faltas le cubría. Recuerdo tantas cosas, ay, para haber sido un sueño: el anochecer en aquel cabo final del mundo, con rosas inesperados, boreales, en un cielo que hablaba –o conocía al menos– las lenguas remotas y sensibles de una humanidad primigenia, el primer latido del cazador de kudús, la lejana intuición del buscador de raíces y constelaciones.

Y nosotros ahí, en aquel jardín mentido, jugando a ser dueños de lo que nos poseía, qué natural desnaturalización, qué *vana gloria*, la cena servida y el horizonte desdeñado. Recuerdo las conversaciones, tan mezquinas, tan amables, y las peticiones innecesarias, el pescado menos hecho, que se lo lleven, mañana el fuego a las nueve en punto, ah, y prostitutas blancas, no negras,

prostitutas blancas para estos señores que vienen de Rusia, nada menos, de las noches blancas de San Petersburgo, tan enharinados de luz que sólo querían eso, prostitutas blancas. Y si el día se había dado bien, el puro de la victoria.

Recuerdo un paréntesis de tiempo, un junio sin Londres, el sueño aquel —¿o fue verdad?— de mis cuarenta noches africanas.

Richmond Park —en el sur bienpudiente de Londres— tenía un mirador natural hecho de fronda y luz, una curiosa abertura en lo vegetal desde la que se atisbaba, imponente y nostálgica, y a varios kilómetros de allí, *St. Paul's Cathedral*. Se llegaba por bosques semi-ciudadanos y colinas cuasisilvestres, por caminitos de barro y fuentes rebosadas, y de tanto en cuando una ardilla, dos, enterrando el tesoro de una bellota, de una semilla o de una lombriz. Había robles alzados y vencidos, ciervos rojos, campanillas silvestres; había zonas de sombra musgosa y buena, con pistas de grava que en cualquier momento desaparecían, y llanuras de mala-hierba, arbustos pardos y mariposas locas; había un olor extraño, como de rosa artificial, que es el olor de los bosques que han sido *asumidos* por la ciudad, rectificados en mayor o menor medida, que semejan lo silvestre pero están ya civilizados, y uno no sabe si es buena o mala señal que los ciervos no salgan corriendo cada vez que

oyen la risa de un niño o el motor trantranero del corta-césped municipal limpiando de ortigas y zarzas los bordes de los senderos.

Daba el mirador a la ciudad hacendosa y gris, a la bruma cotidiana y mansa del cemento, de la metrópoli, y se tenía la sensación de estar espiando la intimidad de aquella capital sin secretos, de aquel Londres tan solo, a través del ojo de una cerradura, de un agujero en la verde tapia del paraíso, como quien viera desperezarse a una muchacha, muy de mañana, por entre la hiedra fragante y caprichosa del balcón de su casa.

Qué alejamiento es siempre mirar lo gris desde lo verde, la ciudad desde el campo, cómo se puede relativizar la prisa y los asuntos de la hora, del minuto siguiente, con un simple vistazo *desde* el lugar correcto. Entonces lo vemos claro: nada importa. Somos una raza hormigueante que se pasa la vida buscándole un sentido religioso, filosófico o biológico a un faenar que no lo tiene, que no lo exige. Un dios, una verdad, un hijo: nuestros amarres a la vida. Porque sería terrible que todo fuera sin un motivo, sin una esperanza y sin ningún remedio. Pero así es, y desde aquel mirador todo quedaba claro: el ir y venir del día sobre la ciudad, tribu organizada, afanada en su tarea ritual, avanzando, progresando hacia sus dónde, llenando desesperadamente el vacío de no ser.

Y esta forma de ver las cosas no supone, lo digo, ninguna renuncia. Amo lo artificioso de la vida, lo superfluo, lo ocioso —a ver si encuentro la palabra...— ¡lo

deportivo de la vida!, lo que nos hace humanos, y niños, y artistas. Pero creo que es sano, a la hora de evitar ulteriores decepciones, partir de un cierto grado de desencanto, de indiferencia hacia nosotros mismos y, sobre todo, aprender a aceptar sin culpa ni orgullo la gran intrascendencia que somos. La feroz y hermosísima intrascendencia. Así el día es más claro y hasta el agua sabe mejor.

A Richmond Park llegué, por primera vez, de la mano de Vania. Vania era rubia y carirredonda, más que bajita diría que achatada, guapa y rizada, de buen madrugador, pasaporte italiano –sur de Italia– y carcajada escandalosa y múltiple, que se reía primero de la gracia y luego de su propio reír. Tenía un corazón bueno y desorientado, ojos de madre regañadora –me llevaba unos años, no muchos– y manos de niño rechoncho, graciosas y minúsculas, con las que siempre fue imposible que me ganara al fútbolín. Meses antes de viajar a Londres le había contactado yo por un anuncio en que ofrecía conversación en inglés a cambio de recibir lecciones básicas de un español en el que ella se estaba iniciando con tanta ilusión como torpeza.

Pronto tuvimos largas charlas a distancia en ambos idiomas y me contaba, mientras se probaba cosas para ir a sus clases de baile, que un trabajador del metro le había dicho alguna grosería la noche anterior, al volver a casa, o que el profesor de salsa –bailar era su pasión– había hecho demostración con ella, el último día, de una canción más que con el resto. Todo era

natural y contenido en aquellas conversaciones: me enseñaba su cuarto –que luego tanto visitaría–, se ponía otro conjunto, tarareaba en inglés, dudaba en español y se quejaba en italiano. Me hablaba de Barcelona, su amada Barcelona, como de una ciudad mitológica y luminosa con la que ella, tarde o después, se acabaría encontrando.

Vania me hizo cancelar la reserva de hotel que ya tenía para los primeros días en Londres y me alojó en el salón de su casa. Llegué de madrugada a Victoria Station, sombrero, maleta y guitarra, ella de abrigo rojo, vestido rojo y ojitos de espera y amistad. Cogimos un autobús para llegar a Richmond, barrio rico y perfumado que a aquellas horas de la madrugada se sentía profundo y silencioso, durmiendo el sueño lírico de los suburbios. Vania vivía sola en una de aquellas casas con dos alturas y un pequeño jardín, testimonial jardín, casi. Me explicó que años atrás, cuando se mudó a la capital inglesa, comenzó a trabajar cuidando a una anciana –la dueña de la casa– y que ambas se habían cogido mucho cariño desde los primeros días. Cuando la mujer decidió que era el momento de instalarse en una residencia de mayores cercana le dijo que podía seguir viviendo allí mientras estuviera en Londres. Así que Vania pagaba un alquiler razonable, de estudiante, por vivir en uno de los barrios más exclusivos de Londres y en un chalet abroquelado de maderas nobles que era como el boceto a tamaño natural de una de esas casas de muñecas –con visillos bordados a mano y vajilla en un armario de luna–

que se ven en los escaparates de las tiendas de juguetes antiguos.

El salón estaba dividido en dos estancias, una con sofás y un poblado ejército de escudos nobiliarios en las paredes, y otra, separada por un arco de escayola, que servía de biblioteca con vistas al jardín. La cocina era blanca y sobria, clara de luz y aceitosa de tiempo. En aquella cocina, primer desayuno, fue donde Vania me enseñó a decir *yes*.

—¿Has dormido bien?

—Yeah.

—No digas *yeah*. Se dice *yes*.

—Ah. Yes.

Y seguía preparando zumos de naranja y cafés con canela, con mucho entrar y salir de la despensa y esa velocidad aparente —que igual es sólo un efecto de perspectiva— de las chicas rubias y bajitas.

Los dormitorios quedaban todos en el piso de arriba, y yo sólo llegué a ver el que ocupaba Vania. El resto de puertas estaban siempre cerradas. El cuarto de Vania era abuhardillado, buhardilla de caída lenta, pues la habitación era muy grande, y tenía su propio baño. La cama en el centro, un pequeño escritorio junto al ventanal, armarios empotrados y poco más. Se veía algo desamparada aquella habitación que un día habría sido solemne, clásica, y que a fuerza de perder jarrones y de desgastar la moqueta azul se había ido quedando en cuarto simplemente habitable y con un leve olor a rancio, que seguramente no era olor. Igual eran las cortinas.

A mí siempre me pareció una habitación de guardar cama, de enfermo, esas habitaciones bien ventiladas que en siglos pasados se reservaban al convaleciente de tuberculosis, de tercianas o de escarlatinas varias para que pudiera mirar al jardín desde la cama y no desesperarse en las horas peores de la enfermedad, que no son las del dolor sino las de la incertidumbre. Vania era el único brillo de presente y vida que tenía aquel cuarto. Y más que suficiente.

El primer día en Londres fue de cielos cambiantes y vientos desorientados. Cada ciudad tiene sus aires dominadores, sus corrientes naturales, y cuando uno aún no las siente familiares es desconcertante el ir y venir de las nubes por ese cielo sin norte, por ese norte sin ley, y parece que van locas las tormentas y que es imposible anticipar la trayectoria de los soles y las sombras. Así que iba yo por barrios nuevos, transitorios –con Vania siempre al lado– pensando que me perdía en las calles de la gran ciudad cuando en realidad donde no me encontraba era en aquel cielo inédito y nuboso.

Acabamos llegando a Putney, barrio asomado al río, con mucha hilera de casitas victorianas y una avenida principal con un comercio bullente y matinal, apretado y doméstico, que parecía más de pueblo chico que de barrio grande. El bloque de pisos –de mi piso– era apagado y feo. La calle se llamaba Charlwood Road.

Eva, de quien ya he hablado, pronto nos convenció de que aquel cuarto holgado y limpio, cegado de humedades y con un agujero en el colchón, en aquel

bajo derecha, era lo más tranquilo que podría encontrar en una ciudad como Londres, donde la tranquilidad era, además de cara –además y sobre todo–, imposible. Putney tenía un autobús que enfilaba hacia el Este y me comunicaba con Richmond no rápida –unos veinticinco minutos– pero sí sencillamente, y como en épocas de incertidumbre vale más la sencillez que la velocidad, Vania y yo seguimos quedando a menudo, y la veía bajar del autobús con un último salto optimista, vivaz, que por un momento la hacía más rubia y más niña, y ya de lejos me miraba ella y sonreía sin protegerse de nada, con ese altruismo que tienen las almas verdaderamente alegres, y me pedía que le enseñara los parques de mi nuevo barrio, la zona de las piraguas, las casas más bonitas. O se paraba delante de una lavandería y muy seria me decía:

–¿No es demasiada ropa blanca para un señor tan mayor?

Y para cuando yo reaccionaba me daba cuenta de que ya daba igual. Vania, en un chispazo de lucidez, había descubierto que la blancura era un privilegio de la juventud. Para qué iba a tratar de mejorar aquello; no va a tener razón la verdad –como ya avisó alguien– en contra de la poesía.

Ella no era poética ni le importaron nunca estas cosas, pero yo disfrutaba asistiendo a aquellos destellos de franqueza y lirismo, como quien de un fondo helado ve ascender, de vez en tanto, una viva perla de fosforescencias marinas. Recuerdo un día en que jugando al fut-

bolín se empeñó en decir que la pelota estaba inclinada —la pelota, no el campo de juego— y que por eso perdía. Hacía asociaciones mágicas, sinestesias peculiares y realísimas que uno no podía atacar con el humo dialéctico de las palabras sino que debía acatar con el sentido común de una sonrisa. Decía Vania que cómo no iban a ser altos los ingleses con lo que llovía allí.

Cuando me mudé a Fulham, al otro lado del río y bastante alejado ya de Richmond, trasladamos nuestras citas al centro. Elegíamos un museo cutre y desconocido —museos militares, marítimos, de máquinas de coser— donde pudiéramos charlar sin importarnos lo que estábamos viendo, y me explicaba que había conocido a un chico catalán, un Jordi, que era bajito pero muy guapo, que vivía cerca de Barcelona y que bueno, sí, quizás, no sé, ya se verá. Veía yo ponerse en marcha los mecanismos íntimos del amor femenino, la relojería puntual que la llevaría lejos de aquí, en ese navegar abandonado y total que ellas tanto buscan, tanto temen y que tanto las *concreta*. Parece que la mujer sea una arcilla porosa, blanda y receptiva a lo que la rodea, maleable, hasta que una tarde se enamora de un conocido, de un desconocido, de un Jordi, y ya notamos cómo la marea de su sentir va llenando esa porosidad que había en su espíritu, eso que había aún de irresoluto, de inacabado en ella, y aparece por fin la mujer en su arcilla definitiva, en la postura exacta del amor que la ha deslumbrado. La mujer —decía el clásico— ama el amor, lo persigue, lo trabaja, lo alimenta; lo crea para ser, por él, creada. Estaba más guapa

Vania, más decidida en su belleza, y aunque aún no lo dijera sabía yo que su corazón se inclinaba ya del lado español, de su Barcelona soñada.

Pronto se iría. A ello también contribuyó que su casa, aquel palacete de Richmond, estaba siendo lentamente saqueado por uno de los hijos de la dueña, y un día llegaba Vania y se había quedado sin secadora, y al siguiente se encontraba desmontado el mueble central de la biblioteca.

—Toma, te he salvado un libro.

Y me daba, en una edición de tela carísima, los *Sonetos* de Shakespeare. Me recordaba aquella lenta ruina en que se estaba convirtiendo su hogar a la escena de *Synecdoche New York* en que una joven va a ver la casa que le interesa y lo único que le frena para cerrar la compra es que la casa está —literalmente— en llamas, en un incendio permanente y humoso. La vendedora, sin alterar el tono, le comenta que no obstante el fuego, la unidad es perfectamente habitable. (Querido Charlie Kaufman.)

Cuando finalmente se fue le regalé un peluche barato y muy sentido. Se marchaba Vania, rizos de oro y corazón napolitano, dueña de la carcajada más cierta que conocí en Londres. La primera madrugada, aquella que dormí en su salón, volvió a bajar a verme después de las buenas noches, a preguntarme algo, no recuerdo el qué, y a colocarme de nuevo la sábana pasando la mano por encima —con ese toque final que todo lo alisa—, y en vez de la ropa de calle, su vestido rojo, llevaba algo muy fino

y muy negro, una de esas prendas que ellas llaman pijamas de verano pero que saben muy bien que son mucho más —y mucho menos— que un pijama. No lo pensé entonces sino a la mañana siguiente: ¿había sido una quiebra en la férrea armadura de su amistad? ¿Había más de ingenuidad o de maldad en aquel gesto? ¿Fue una prueba o un ofrecimiento? En cualquier caso, mi corazón de recién llegado no supo, si lo hubo, recoger aquel guante, y creo que con ello pudimos darle al día siguiente, nuestro primer día juntos en Londres, la anchura que necesitaba.

El metro. El metro era la luz. La luz no como rayo amparador, claro, ni como frontal del día, sino como nervio eléctrico, sublúcido, que hacía de fiebre comunicante entre las entrañas de la gran ciudad, que corría como un ciempiés hormigueante y kilométrico, humano, llevando y trayendo los sueños de los barrios, el cansancio de los metales y el pan de las familias.

Querer viajar en metro. Hacerse dueño responsable de otros ojos, caricia de otras manos, empujar la tristeza matinal del mundo hacia delante, un latido, una estación más, vigilar la flor o la muchacha que no ríe, su olor de canela y besos, su lentitud de espiga; ser profeta de lo ordinario, meter la mano en la tramoya de otras vidas, en la trampa de otras bocas, adivinarles su vagón de lucha y su estación de olvido, acariciar la cabeza del

monstruo multitudinario y cantarle a mediavoz, a tiemblavoz, el trantrán de su propia historia. El metro, dodecaedro interior del alma ciudadana.

No cambia el metro, no sabe sino avanzar, comunicar un siglo con otro, una costumbre con otra, el metro, tragaluz desconsolado, diapasón a nota fija, puente subacuático y azul, tanta gente, tanto vaivén y al otro lado nada, peor que nada, la soledad. Habrá hoy en el metro una bibliotecaria joven que no ha terminado de maquillarse, un peluquero dando el tijeretazo alegre de sus buenos días, un poeta sin luna y un lamparero sin suerte; habrá bolsas de plástico, muchas bolsas, y dentro un jersey sucio, o un gorrito de lana; habrá camareros altos, bicicletas solas, una niña cantando en voz baja mientras su padre le hace las trenzas; habrá una primavera sobresoñada, una floresta de apetitos y promesas flotando sobre las cabezas de todos, y habrá una obediencia civil de los sentidos, ay, para ignorarla.

Éramos allí abajo la plaga pacífica y mordedora que roía el vientre de la ballena, de la ciudad, Londres tan nuestra, con un millón de ratas devorando los cimientos de las casas mejores y un millón de hombres cavando en esa mina de los tiempos que es el metro, esa cantera cuyo único diamante logrado, cuya única luz magistral, es la velocidad. Así que cada uno cogía su botín disimulado, su moneda de minutos, y escapaba de allí como de un entierro multiplicado y paupérrimo hacia los cielos prósperos del día. No nos dábamos cuenta, al huir, de que aquel cortejo fúnebre seguía su

paso de alambre debajo de nuestros pies, con ese hedor civilizado y denso que tienen los sitios donde la soledad de unos se roza con la de los otros sin llegar a encontrarse, sin fructificar en nada. A eso huele el metro, a soledades espantadas.

Alguna vez hemos viajado en metro con alguien, nos hemos reído, nos hemos dejado mecer y estremecer; alguna vez hemos sido espectadores de esa ley circunférica e invariable por la cual los vagones van quedándose solos en su miseria conforme se alejan del centro, de los barrios nobles (Belgravia, South Kensington, Westminster), expulsando en las primeras estaciones a los bien vestidos, a los principitos, a las mujeres hermosas, para acabar su recorrido con un chillido de frenos y desesperación, allá en la periferia, que sólo despertaba ya, vacío el vagón, a una viejecita con medias gordas y un paraguas innecesario.

Se equivocaron los arquitectos, los historiadores y los concejales de urbanismo. Fue primero el metro. Sólo después, mucho después, se levantaron —justo encima— las ciudades. Ya que íbamos a viajar tanto, pensó alguien, mejor que tuviéramos un sitio adonde ir.

La maleta marrón, el autobús, los aeropuertos: volver a casa. Cada pocos meses, echar la llave de la buhardilla y regresar brevemente a España. Salir de mi mundo, de los continentes cristalinos que estaba descu-

briendo, para volver al hogar. Siempre vestido de marinero, esto es, de cantautor, con mi maleta marrón —que era una maleta de piel rescatada en su día de un vertedero—, aquellos sombreros imposibles y cambiantes —fedora, bombín, boina—, el chaleco de los conciertos y un abrigo de trapería, heredado de algún muerto, que compré por siete libras.

Volver a casa tenía poco de festivo y mucho de misión de cuerpo diplomático, misión que no atendía una contienda entre estados beligerantes, ni entre regiones obcecadas, ni siquiera la habitual escaramuza entre el artista adolescente, baudeleriano y fatal, y la consabida incompreensión familiar; no, era una lucha íntima y entrañable, una guerra civil y desangrada entre *aquello* que hasta entonces uno había sido —representado y fosilizado en lo familiar, en las viejas amistades, en los antiguos gestos— y *eso muy otro* que yo entendía como deber ineludible tratar de ser.

Así que volvía sin volver, me hacía soluble en la realidad familiar, en el ambiente conocido, veía amigos, pocos, me defendía con el corazón cansado de los monstruos de una costumbre que sentía pegajosa, dañina, botón y muestra de *lo anterior*, de todo aquello que necesariamente —dolorosamente— había que abandonar. Digo dolorosamente porque luego, con los años, uno recupera algunas de esas prendas sacrificadas (los padres, por ejemplo, la familia, siempre se vuelve a la familia), pero otras ya desaparecen para siempre en los mares de la nostalgia, como confusos fardos que tiramos al agua un

día, una tarde, en que a nuestra pequeña barca le hubiera sido imposible, sólo con estos remos y tanto peso encima, echar a andar.

Mirar incluso mi propio cuarto con una antipatía cordial pero insalvable, negarme a dormir ahí, preferir cualquier sofá con tal de no volver del todo, de no sentir que volvía del todo. Eran días no de lucha pero sí de velar las armas, de andarse con cuidado para que todas esas hambres y disciplinas en que nos estábamos educando, todas las desmesuras que empezaban a ser tan ciertas en aquel Londres tan arcádico, todo eso, digo, no se nos escapara en un momento de laxitud o de simple connivencia con esa vida que teníamos delante, vida posible y buena, conquistada sin lágrima ni esfuerzo, sin heroísmo, y que tan bien sabíamos que no era la nuestra, que no tocaba en ninguno de sus extremos el centro cálido de nuestra pulsión más verdadera, de nuestra capitulación —todo arte es derrota, sacrificio— más alta.

Tiene un minuto de especial blandura cualquier corazón —no sólo el artístico— en que quiere saltar por encima de su propia sombra, un momento en que se empieza a medir contra el mundo, contra su propia aspiración, y en que lo hace con desiguales armas, pues aún no ha aprendido a transformar su fuerza, su enorme fuerza, en potencia creadora, *tangibilizadora*, y en que toda su electricidad se pierde en relámpagos fugaces que más que calentar, deslumbran, y más que iluminar, queman. Tardará el corazón en aprender a utilizar esos relámpagos no como descarga súbita, como destello des-

garrado y seco, sino como chispa iniciadora del lento incendio de la música y de la palabra, de la hoguera azul de la creación.

Dormía en el sofá, sí, sintiéndome cómodo y querido, como caballero en buen lecho que no descuida, sin embargo, su armadura.

Apenas un amigo, en aquellos primeros viajes, para hablar de las viejas cosas. Un buen amigo que me servía, con su preclara inteligencia y su altura vital, como posta de referencia en el horizonte para todas las distancias que iba yo iniciando, como hermoso y tibio faro que brillaba en la orilla de lo que quedaba atrás. Le quise como a un hermano más triste y más sabio, le vi capaz de todo, logró desde bien temprano hacer de su carácter —siempre solitario, pero sin obstinación en la soledad— un molde con el que medirme, contra el que pulir mis bordes y afinar mis energías. Le vi ser generoso y terco, implacable y justo, abrigador y bueno. Fue, en los momentos de mayor desconcierto, mi monstruo de la sinceridad, un Goliath civilizado de fauces abrumadoras y humanísimas. Mi Goliath.

El resto me parecía hierba seca o flor de olvido. A nadie avisaba de haber vuelto, con nadie me quería encontrar. Paseaba las bibliotecas como desandando un andar, el de las tardes universitarias, no tan lejanas pero *tan* lejanas, y aquellos edificios oscuros parecían ahora

bautizados de una nueva claridad. Las salas de estudio, antes invernaderos sofocantes, prisiones desde las que se asomaba mi deber académico, eran ya sólo un lugar de paso, nada más que una visión breve y destemplada hasta dar con lo que a mí de verdad me interesaba: aquellas estanterías de libros y más libros, el férreo hontanar de la literatura, la fonda alegre y familiar de la prosa. Eso sí me faltaba en Londres, porque aun habiendo encontrado allí algunos sitios donde acercarme, o mejor, no despegarme tanto del calor nativo del idioma, iba dándome ya cuenta de que la anchura de la lengua, su légamo fructuoso, sólo era palpable como vivencia dentro de ella misma, como movimiento rotatorio y *sinlímite* en torno de su eje primitivo. Si alguna vez sentí la tentación de no volver, de quedarme en Londres, este pensamiento sirvió de toque en el hombro, de dedo avisador que me señalaba el único camino real entre todos los caminos posibles.

Volver a casa, la maleta marrón, el autobús, los aeropuertos. Y ella, claro, ella con su saber estar, con su decir ligero, con los ojos más tristes, su hermana, todo aquello, las anécdotas de una academia que dirigían sus padres, profesora sin vocación, sus ideas para el futuro, ideas siempre, por absolutas, y no planes, por improbables, los viajes a París, donde finalmente se quedaría a vivir, al menos una temporada, sí, luego quizás un mas-

ter, o volver a la academia, es fácil, ¿sabes?, es cómodo y no está tan mal, su aire de chica bien, de piso céntrico y colegio de monjas, todo tan aprendido en la vida y en la escuela, con suficiencia y sin brillantez, con honestidad y mínimo esfuerzo, con obediencia, cierto orgullo de clase y buen sentido del deber. Sin emoción.

¿A qué acudimos a la mujer? ¿A perfeccionarnos, a darnos en la frente el golpe de realidad que nos muestre bien elucidados nuestros límites y nos aliente, como equilibristas mágicos, a superarlos en un salto de amor? ¿A sitiar la almena de la voluntad femenina, voluntad que es sólo tiempo, cordura y tiempo, tiempo y devoción? ¿A desentrañar el misterio de tanta belleza que vemos como en el aire, sin punto de apoyo ni entresijo posible, cuando las encontramos por la calle hermosísimas de distancia antes, mucho antes de asomarnos a sus patios interiores y de observarlas bajo esa luz desmitificadora y doméstica que es la luz de las cocinas? ¿A cultivar como artistas el prolífico huerto del desencanto o a caer, como hombres, por la cuesta abajo de la sensualidad? Quizás a faenar en las aguas de lo imposible, a navegar por el placer de navegar, descabalgados ya de otras fatigas menos decisivas y más urgentes. O puede que no hagamos más que darle vueltas a lo mismo y al final el amor sólo sea ese “afán por engendrar en la belleza” del que hablaba Platón, el homosabio Platón.

Pero claro, ya se sabe que ambos sexos perciben la belleza de una manera muy distinta. Para el hombre se trata de una potencia activa, transformadora, y una

mujer bella que sea además insípida o egotista la tornamos, en nuestro fuero íntimo, mujer graciosa, instruida y caritativa, en virtud de unos ojos bonitos o unas piernas sin fin –de esas tan largas que llegan hasta el suelo, que dijo alguien–. Todo se lo perdonamos a la belleza, y para qué tremenda arbitrariedad no nos servirá de aval. En la mujer, por contra, lo bello como fuerza sustantiva está mucho más difuminado, es más abstracto y adquiere una calidad más receptiva que fundadora. No significa esto que no haya aquí transformación sino que esta se realiza en sentido inverso. El hombre ve la belleza y por ella es capaz de arar la tierra baldía; la mujer verá el esfuerzo del hombre arando la tierra baldía y *eso* le parecerá la belleza.

Me importa, sin tampoco querer hacer aquí ensayo de nada, que la idea quede clara, que no sea sólo una imagen. Si el varón todo se lo perdona a la belleza, la mujer todo es capaz de *incorporarlo* a la belleza. Así, un hombre de poca planta y lucimiento, de nariz grotesca y ojos de espanto (estoy pensando en Adrien Brody), si anda bien ataviado de ingenio, cultura o simplemente de ese saber estar que tienen algunos, puede hacerse atractivo, mediante esa alquimia ancestral que es la mirada femenina, ante la dama más exigente o la muchacha más descuidada. Nosotros las definimos según su belleza; ellas definen la belleza –más racionalmente– según nosotros.

Ella era real y mi obligación como hombre era hacerla mágica. Convertirla en musa, en flor de precipicio, tomar lo ordinario que hubiera en ella y purificarlo

en la hoguera de los prodigios, rehacer en sus ojos otros ojos, enfundar en sus manos otras manos, y ya vestida de sí misma, ya siendo la que debía ser, quererla sin culpa ni esperanza. Porque así debí de quererla, de esperarla, aprendiendo duramente aquella lección de que en el amor es más fácil renunciar a un sentimiento que abandonar un hábito. Su hábito, aquel Héctor (que así se llamaba su novio) mitológico que defendía mi Troya tan soñada, yo no lo pude vencer. Y siempre tuvo un minuto para encontrarse conmigo, de ningún viaje a casa regresé sin verla; pero igualmente siempre halló un motivo en el momento de la despedida para darme un beso en la mejilla y decirme que no hacía falta que la llevara a ningún sitio, que hacía buena noche, que prefería andar.

El lenguaje de la mujer, el que tanto nos ha costado aprender, me ofrecía un beso y un adiós. Dos besos hubieran sido una catástrofe: no da dos besos impersonales, de presentación o protocolo, la mujer que sabe que con uno solo –bien dado en la mejilla– se descubre menos y se promete más. Un solo beso es una invitación, una llamada a la posibilidad, posibilidad corregida –o demorada más bien– por ese adiós que le seguía, tan educado siempre, tan doloroso siempre. Un beso, uno solo, y un adiós. Y de aquel lenguaje de signos, de aquel fino idioma de gorrión, me hacía yo una traducción burda, aquella del clásico, al volver a casa:

*Sigue cabalgando
que en llegando estás.*

Pero no llegaba. Y ya se iban repitiendo las conversaciones y los gestos, las bromas y hasta los milagros, esas casualidades que en los momentos de entusiasmo nos parecen reveladoras de algo, indicaciones de un destino amoroso y grande que nos quiere atraer hacia sí mismo con la miga de pan de la pequeña cosa, de lo intrascendente, de la casualidad.

Nos llevamos el uno al otro, durante mucho tiempo, por los descansados reinos de lo trivial, por los claustros amables de lo cotidiano, sin atrevernos a pisar más allá, sin hundir la mano en la arena de su tristeza, en el fango de mis preocupaciones o en el agüita lenta y afirmativa de nuestro posible affaire. ¿Fue todo por aquella belleza suya que se me presentaba siempre como contenida, sin tensión ni orgullo, reposada, enseñada? ¿De verdad sólo y de verdad todo por aquella belleza suya? ¿O existía realmente en ella ese doble fondo que yo le estaba imaginando, esa elegancia íntima y anticipadora de tantas posibles cosas? ¿Fui su rehén o su constructor, su capricho o su Miguel Ángel? Uno nunca lo sabe.

Nunca.

Un juego de distancias, eso somos, una confusión de espejos de feria, de esos que achatan por un lado y elastizan por otro, dándonos la versión acuática, diluida y fluyente de nosotros mismos. Quisiéramos vernos sin

deformación posible, enteros y desplanchados, sin otro punto de fuga que nuestra circunstancia y sin otra luz que la de nuestros propios ojos. Pero el haz luminoso, el sol que nos da forma y contorno, nunca nos atraviesa en línea recta sino que se curva al dar con nuestros delgados nervios, con nuestras leves renunciaciones o con nuestra angustia más cierta. Sí, moldeamos la luz, la amaestramos torpemente para ser luego intérpretes exclusivos de su música. Sería imposible de otro modo; terrible vivir expuestos a la claridad objetiva de las cosas, a su precisión, a su categórica franqueza. Así que cogemos esa espada vertical y quieta —quieta sobre nosotros, *damocliana*— que es la verdad del mundo y la torcemos, la combamos hasta convertirla en arco de meridiano para que resbale acariciadora y mansa por sobre nuestro horizonte vital, el subjetivo, aquel cuya única ley de perspectiva es la defensa de nuestro propio orgullo.

Vivimos de proyecciones, no es nada nuevo, pero no me refiero a esa dilatación hacia el futuro que son las esperanzas o las promesas —o hacia el pasado, con sus nostalgias y sus culpas— sino a la deformación obligada de todo presente para que resulte habitable, para que lo que como artistas estamos sembrando no nos parezca campo yermo sino bosque prometido.

¡Cuánto me he mentado, Señor! ¡Y con cuánta razón!
Eso debiera poder exclamar cualquier creador que ha tenido que vivir, en algún momento, de su fe y de nada más que su fe. Y quien no lo dice es porque aún está en el fango. Recuerdo una entrevista a un actor inglés muy

conocido en la que un periodista estadounidense le preguntaba cómo hacía para perder su acento británico cada vez que tenía que interpretar un personaje americano. Él se sonrió y le explicó muy educadamente que no se *perdía* ningún acento, sino que se impostaba uno nuevo —el americano, en este caso— encima del nativo. La pregunta es trivial pero dice mucho acerca de cómo somos: nos vemos, cada cual, como el centro normativo del mundo, y nuestro acento no es tal sino que es el modo *natural* de hablar, y nuestras costumbres son las que dicta el sentido más común y nuestra moral la que rezuma del corazón más justo.

No es un pecado tener un punto de referencia, es una necesidad. El problema se da cuando confundimos nuestro paisaje entrevisto, tan sesgado, con la realidad total y ecuménica. Tenemos un deber, y es mirar desde nuestra ventana, desde nuestra atalaya personalísima, no para proclamar nada sino para añadir esa visión parcial al sumatorio final de la experiencia humana, para contrastarla y compararla con el resto de sub-visiones sub-jetivas, las de cada cual, y hacer entre todas la imagen más aprovechable de la realidad, que no ha de ser la más fiel, eso ya lo sabemos, sino la que mejor nos compela a convivir. La verdad no basta; el consenso sobre la verdad *es* la verdad. O al menos la mejor verdad a la que podemos tener acceso.

Hay un hecho curioso que data de principios del siglo XX ocurrido en una feria de ganado inglesa en la que se propuso a los asistentes tratar de adivinar el peso

de uno de los bueyes presentados en dicha feria. Terminado el concurso y otorgado el premio, un curioso, un simple aficionado a la estadística, solicitó al propietario de la caseta el cuaderno con todas las estimaciones realizadas a lo largo del día. Una vez en casa quiso el buen señor extraer la media de tales estimaciones, y qué cara no pondría al darse cuenta de que el número resultante —media de todas las apuestas, en su mayor parte de personas que poco o nada sabían de ganado y de lo que un buey podía pesar— apenas se desviaba un par de libras del peso cierto del animal: 1.198 libras. Era, no sólo una aproximación casi exacta sino sobre todo mejor que cualquiera de las individualmente realizadas, algunas de ellas por expertos, durante aquel día de feria. El caso del buey de Dalton —que así se llamaba el aprendiz de estadístico— ha sido después replicado, con mayor o menor éxito, y esgrimido tanto en favor de la democracia natural como vilipendiado en nombre de la diversidad. A mí me parece una hermosa anécdota que no deberíamos generalizar pero que no conviene, tampoco, olvidar.

Y volvamos a lo nuestro: el artista. ¿Para qué el artista entonces, para qué si al final todo es aritmética y medias ponderadas, estadísticas razonables y aproximaciones útiles? ¿Para qué el esfuerzo altísimo de la creación si la verdad, si lo cierto, va a verse después rebajado y nivelado por la marea eficaz de lo colectivo? La primera recompensa del artista, la que puede pervivir al margen de estas preguntas porque nace del individuo y queda ahí contenida, es el goce íntimo que supone siem-

pre el saberse dueño de una visión original del mundo, una visión rica en defectos y matices, más libre que otras, más culpable que otras, con más tragedia, más amor y heroísmo, ancha de dolor y quemante de vida, que persigue la angustia si la sabe fecunda, que desdeña el provecho en el que no hay virtud, que puede y quiere y debe hablar de su egoísmo con palabras elogiosas y que está, en fin, siempre dispuesta a entregar su vida al arte, no por amor al arte sino por un fatídico e insondable amor a la vida. No busque nada más el artista, no aspire a otra gloria que a esta. Ya avisaba Nietzsche a los virtuosos, a los creadores, a los que aman su única virtud —su visión artística del mundo— como una madre ama a su hijo: “¿Cuándo se ha oído que una madre quiera ser remunerada por su amor?” Hay que sobrevivir, sí, ganar algún dinero, ir tirando. Y si todo va bien, lograremos terminar nuestra vida como artistas cumplidores y pobres.

Mas falta una pregunta por responder: ¿qué obtiene lo colectivo a cambio de *mantener*, de tolerar la vena artística que atraviesa, palpitante, su entraña lúcida? ¿Por qué no expulsar, como Platón, a los poetas, para que sea más luz la luz de todas las repúblicas? A mí me parece que la misión del creador es contribuir con su pasión y sus equivocaciones, con su desesperación y su abundancia, a ese paisaje primoroso y total que es la suma de todo lo humano, enriquecer la perspectiva final de la vida, ofrecerle novísimos colores, trazos inesperados e imposibles, corroborar la belleza, pronunciarla,

renovar su abecedario elemental. Artista es, en definitiva, el que al buey de Dalton, después de observarlo largo rato, le habría dado el peso no en libras sino en fanegas de hambre o en onzas de ternura. Por eso no vamos a expulsar a los poetas de ningún sitio, al menos de momento. No por miedo a que la cuenta salga peor, sino por vergüenza de que salga demasiado exacta.

En todas estas cosas, anotadas en cualquier sitio, pensaba yo en aquellos días en que Londres anochecía a las cuatro de la tarde. Tenía al lado la guitarra, que me miraba como una hija que asiste a la ausencia de su padre, que le escucha dudar de tantas cosas, llorar por tantas cosas, y finalmente le reclama a su lado y le consuela, ejemplar en su ingenuidad, en un perfecto esfuerzo de amor.

No hubo aviso. Amanece uno cualquier día y sin saberlo ya está hecho el descubrimiento, el gran descubrimiento: los padres. Sucede que llevas veinte años en que sólo los has tratado en relación contigo mismo, en que han sido para ti la autoridad, el cariño, el ejemplo, todo con mayúsculas (que no pongo por vergüenza tipográfica), pero todo, todo y siempre, referido a ti, como si fueran dos lunas nacidas exclusivamente para adornar con su elipsis el feliz planeta de tu existencia.

¿Fueron niños alguna vez? ¿O se precipitaron al mundo como caídos del árbol de la madurez, ya vestidos de sí mismos, con el atuendo fijo y replanchado con que nosotros los llegaríamos a conocer después, mucho después? ¿Mataban insectos atándoles con un hilo las alas en la escuela del pueblo? ¿Cuánto lloraron la primera vez que durmieron lejos de casa, en aquel cuarto de literas para internos en que el llanto de cada niño, en el azul de la noche, se contagiaba a los demás, uno tras otro, en una rueda de añoranzas entrecortada y sin fin? ¿Qué complejos tuvieron, qué caricias, qué culpa?

Se tarda años, veinte o treinta años, en hacer todas estas preguntas. Y se tarda, ya digo, porque nuestro yo las eclipsa, las deja en su mitad de sombra como protegiéndose de algo, como huyendo de algo. Queremos ser milagro, fruta delicada nacida del vientre del mar, y resulta que no, que descendemos de un beso, de un encuentro, y que esa magia de creernos fundadores de nuestro propio ser se ve ahora empañada, comprometida por una línea hereditaria llena de genes recesivos y de abuelos con parkinson. Se acabó el embrujo.

Sería más bonita la otra historia, la del sueño que se soñó a sí mismo, decir que sí, que somos dueños del orbe total de nuestro destino y responsables únicos de toda inclinación, de todo deseo, de cada logro. Sería confortable no sentirnos herencia de nada sino germinación espontánea, flor soberbia en tierra maravillada, nacer sin trabas, vivir aladamente, sin un pasado de cadenas ni un porvenir tan acotado. Pero qué

le vamos a hacer si somos el precipitado humilde de tantas cosas, si esa virginidad, si esa pureza, no son posibles. Somos hijos de nuestros padres y en nosotros va, latente, la simiente de sus miedos y caprichos, de sus altas esperanzas y sus pecados más simples. Y esa simiente florece antes o después, aunque lo haga como orgullosa negación de sí misma. La aspiración a la originalidad, ay.

Era Londres, una tarde cualquiera, y allí, a mil kilómetros de casa, empezaba a conocer a mis padres. Ya no lo incondicional de ellos, su amor pleno, su siempre estar, ya no los recuerdos de infancia ni los inevitables traumas que discretamente nos han creado, ya no sus sacrificios por mi hermana y por mí ni sus dolores viejos, ya no su cansancio de entonces ni su abrigadora, respirable siempre, autoridad. Los iba yo desnudando de todo, primeramente de mí mismo, y aparecían ahora dos siluetas nuevas, dos perfiles al trasluz del tiempo en que creía entrever algo maravilloso y súbito, impensado: un hombre y una mujer. Sí, mis padres, tan deformados siempre por la visión del hijo, resulta que eran sólo eso, todo eso, un hombre y una mujer. Qué injusticias no habremos cometido con ellos por no haberlo visto claro hasta tan tarde. Qué cargas no les habremos impuesto, qué secretos reproches, por haberlos tenido siempre en esa categoría suprahumana que es la paternidad.

Uno, de niño, ve en sus padres dos criaturas mágicas procuradoras de su bienestar, dos seres celestes, todopoderosos, que rigen el mundo de parte a parte, que

trabajan en grandes oficinas y hablan con gentes de postín y corbata, que deciden sobre nuestro sino y, lo que es más importante, sobre la hora de dormir. Vendrá después la adolescencia, y se dirá que ahí derribamos finalmente ese pedestal en que los teníamos aupados, pero no es cierto. En esos años de modelación del yo, de forja inquieta de nuestra individualidad, la reacción natural hacia los padres no consiste en abatir su alta estatua para tratarlos en pie de igualdad, no, lo que hacemos más bien es, en un gesto desesperado y superlativo, tratar de saltar sobre dicha estatua para liberarnos de ella, de su influjo, de su sombra fatal. Ya no necesitamos ángeles custodios, estamos a punto de pisar por primera vez el mundo y lo queremos hacer con el corazón ligero y nuevo que nos estamos creando, un corazón que desdeña la herencia, el pasado todo, las pesadas cadenas de lo mitológico. Y qué mayor mitología que los padres. Entonces cogemos impulso y como pertiguistas espantados volamos sobre su imagen, sobre su facha milenaria, porque queremos acariciar con nuestras manos desnudas el corazón del día, porque su sombra nos hacía pequeños, porque necesitamos ser hijos de nuestra sola voluntad y mártires, sí, de nuestra propia historia. Porque es necesario. Pero no se nos ocurre entonces, para alcanzar esa fe sin mitologías, lo sencillo: derribar amorosamente las estatuas.

Me preguntaba ahora —este ahora que es aquel entonces de Londres— cómo había estado tan ciego ante un hecho que resultaba, por momentos, tan crucial. ¿En

qué fondos de egoísmo había estado preso? ¿De qué calabozos sin ternura me había costado tanto salir? Derribar las estatuas, bajar a los padres de su peana ancestral, palpar con nuestras manos el barro del que están hechos. Y ya está; no necesitábamos ser héroes ni saltimbanquis, no necesitábamos más que el esfuerzo supremo de la sencillez. Y qué alegría y cuánto desconcierto al mirarlos ya fuera de su olimpo, convertidos en hombres, por vez primera.

Encontrarles gestos nuevos, miedos sutiles, vergüenzas tontas, ir dibujando el puzzle de su vida anterior a nosotros, de esa historia de la que hasta la fecha sólo teníamos pinceladas sueltas, de un ayer que nunca nos habíamos planteado como cierto, como existente, y que ahora nos traía, como mensajero de los siglos, preguntas inquietantes y novísimas: ¿Qué porción de vida, de su juventud, había sido vocación positiva, radical elección, y cuál había sido no más que un movimiento reactivo ante la necesidad imperante, esa necesidad propia de ser hijos de campesinos sin una peseta de más, lanzados al mundo a los diez u once años, con un abrigo corto y una pena infinita? ¿Cómo de cumplidos estaban sus propósitos, sus aspiraciones, cuando consintieron derramar no pocas de sus energías vitales sobre mi hermana y sobre mí? ¿En qué momento se inclinó esa balanza que todos llevamos dentro y comenzaron a sentir más importante que sus hijos se enorgullecieran de ellos como padres frente a que sus padres —mis abuelos— se sintieran satisfechos de ellos como hijos?

Algunas respuestas las hemos obtenido, otras quedarán como recordatorio de ese fondo neblinoso del que vinimos, de esa oscuridad genesiaca y cierta que siempre es para un hijo la vida de sus padres.

Había visto morir, en apenas unos meses, a los padres de dos de mis personas más queridas. Estando tan lejos no pude acudir a tiempo a ningún funeral, así que en mi alta buhardilla pensaba en su pérdida, esa terrible pérdida que supone el que se te escape un padre cuando no has tenido aún la ocasión de sentirlo como hombre, cuando de él sólo has conocido la sombra que sobre ti proyectaba, pero no su corazón montaraz ni sus estrellas de juventud. Con tus ojos de niño, con tus ojos de joven, no alcanzabas aún los suyos, y ahora que podrías verlos frente a frente, ahora que estabas a punto...

La vida, rueda maternal, se va haciendo insensible, con los años, a ciertas pasiones, a tantos placeres. Pero el alma atenta sabe que siempre aparecen otros donde renovarnos, donde seguir creciendo. En la cima de mi egoísmo vi alzarse, como un sol sobre otro sol, como una oportunidad divina, la anchura humana y presentísima de mis padres, allá tan lejos, allá tan ellos. Desconocidos.

Tenía razón González-Ruano cuando en su *Baudelaire* decía que hay una habitación en la vida del escritor, una alcoba única y querida, a la que siempre se

vuelve, que siempre se trata de reconstruir en las sucesivas casas que uno va habitando. Ese cuarto primero, esa capilla de las altas renunciaciones, es el recuerdo más cierto y más tangible que uno tiene de sí mismo como escritor puro, no condicionado aún por nada, y su reproducción más o menos fiel a lo largo de los años y de las ciudades será una de las obsesiones —y de los proyectos— más decisivos de cualquier carrera literaria, de cualquier vocación artística.

He hablado ya en este diario de mi buhardilla, de aquel cuartito de nada que un día tuve en Fulham Road. La puerta era blanca y floja, de las que tienen por dentro más aire que resistencia, maderita sin peso, respiradora y simple, ligera al tacto y a las corrientes de aire, con ese quejido inmóvil de lo vegetal, que quisiera crecer y no puede, que quisiera cantar y no sabe, madera de indómitos bosques ahora presa de tres tristes bisagras, tres tristes tigres mordiendo su libertad con dientes demorados y satisfechos. Abría yo la puerta y ella se cerraba sola, debía de estar algo inclinada la buhardilla, o era la protesta sencilla de aquella puerta infantil, juguetona, que sólo se quedaba quieta si le hacía tope con algunos libros, libros que le gustasen además, y si no seguía empujando hasta que le cambiaba de autor o de género. La poesía romántica inglesa, por ejemplo, no le gustaba nada, ni siquiera en antología; en cambio Nietzsche la frenaba en seco. Cuando salía de casa la dejaba siempre cerrada con llave, no por miedo a que nadie robara nada sino por temor a que la puerta, tan culo inquieto como

era, se me fuera por ahí, seguramente a la tienda de Joe el africano, a esconderse entre otras puertas o a pintarse de un color nuevo e irreconocible.

Ponía Proust el acento de su prosa involuntaria, de su memoria minuciosa –o a la inversa– en el sentido del olfato, en el olor como divisa más segura para viajar en el tiempo. Oler un perfume, una piel o el humito de una hoguera y que estos nos lleven de forma casi mágica a otro momento, quizás de hace tanto, en que respiramos aquel aire, o un aire parecido, por primera vez. Yo no recuerdo a qué olía aquella buhardilla, pero sí resuena todavía en mí el ruido que hacía la llave cada vez que abría la puerta. Ese sonido, aquella llave –redondita y grande, con sólo tres dientes y mucha holgura de giro–, me hace regresar inmediatamente. Estar allí.

No había somier. El colchón, que no cabía en el ancho de la habitación y quedaba doblado por los pies, descansaba directamente sobre la moqueta azul. Era un colchón de espuma que guardaba el calor y la forma de todos los cuerpos que habían pasado por él. Inmigrantes flacos y cuerpilargos, estudiantes guapas, buscavidas, trotacalles, mindundis, rascatripas, vagos y maleantes, algún escritor; una actriz pánica, madrecitas solteras, carteristas finos; holgazanes, bohemios, sobaesquinas, vírgenes rubias, espantajos de hombre; un elegante pintor, *vaishias* indios, un viudito muy pobre, un payaso de circo, una trapecionista sin amor. Habían pasado todos por allí, por aquella cama, y los escuchaba yo en el despertar del día como rogando por su alma, se-

guramente ya lejana, ya perdida, y advirtiéndome de los peligros de esa soledad tan mía, tan nuestra, tan de nadie. Aquel colchón sobado y problemático, espuma cálida que sólo Belén conoció —Belén, niña de las selvas—, en que siempre estuve tan solo, tan solo y tan siempre con aquellos mis fantasmas, que en medio de tanto silencio me decían, y era cierto: calla muchacho, nunca has dormido tan bien.

Miraba al Este aquel cuarto, con una gran ventana que iba de pared a pared, de cielo a cielo, y aún me parecía poca luz, poca caricia de sol, pues se acababa el día a las cuatro de la tarde, cuando pasaba sobre nuestro edificio el invierno con todos sus soldados, con todas sus horas, con todos sus filos, y sólo dejaba tras de sí una ternura inquieta, una paz de refugio de montaña para este pastorcillo roto que vencía la tarde sin más amor que el suyo y encaraba la noche sin otra virtud que la espera.

Todas las lágrimas, si las hubo, estarán allí, en aquella ventana por la que se iba transparentando la certeza de que ciertas conquistas iban a ser imposibles, que había que ir eligiendo, desencantándose de antiguos hechizos y pesadas vanidades, que había que aligerar el bulto de la vida si uno quería llegar, aun jadeante, a la cima humilde que alcanzan esos corazones cuya vocación está cumplida. Todas las lágrimas, sí, estarán allí. Como un vaho reciente sobre el cristal vencido, haciendo más oscura la noche, más opaca y desasistida, pero dándole a la luz del día cualidad y brillos de diamante

exacto, amaneceres puros, aquellos, los de la esperanza ciega y la voluntad sin luto, los del desapego de todo por amor a todo, los de las dulces dosis de amargura porque ellas eran, sí, el veneno necesario, la cicuta ineludible.

Recuerdo un color, un rosa flotante y recién amanecido sobre las nubes bajas, sobre el ancho cielo, preguntándome como unos labios femeninos e inmensos, como una garganta bostezante y buena, qué es lo que yo de verdad quería ver, hacia dónde se tendían mis ojos “como líneas sin peso y sin medida”, al mirar el mundo todo desde aquella ventana. Cómo contestar a *eso*, cómo saber nada de *eso* todavía. Seguir desayunando y poco más, de rodillas sobre el colchón, e ir dejando que el rosa, aquel rosa de los bautismos y las anunciaciones, se fuera convirtiendo en el azul contable del día. Seguir escuchando los *Nocturnos* de Chopin, barrendero madrugador, mientras todo pasaba. Mientras *eso* pasaba.

De los armarios que tenía, uno amplio y empotrado, el otro empotrado y chico, utilizaba no más de media mitad. No guardaba cosas, no necesitaba ropa, había comenzado el tiempo en que todo era imprescindible o, simplemente, no era. Y a cada viaje se renovaba el voto de mesura, de austeridad, pues todo lo que no cabía en la maleta marrón, mi querida maleta de piel marrón, se lanzaba a la pila de lo ocioso, al albañal de lo injustificado.

Mi medio armario. Dos camisas, dos pantalones, un par de zapatillas, el chaleco y un abrigo. Poco más. Los libros, la guitarra —que finalmente acabé colgando

en la pared, detrás de la puerta—, algunos cuadernos. En el armario chico, la televisión que dejó el último inquilino y que nunca llegué a usar. Qué cuarto más ordenado, me decía yo, qué asentada la cabeza. Creo haber dicho ya en algún sitio aquello de que uno sólo es verdadero dueño de las cosas que uno sabe que no quiere. En Londres pensaba mucho en aquella idea, en que lo bello —aun siéndolo— no era no necesitar, sino ser capaz de absorber ese exceso de aliento, ese sobrante de fuerza, para hacer con él la obrita lenta y minuciosa que uno se llevaba entre manos.

Cualquier artista puede verse, pensaba, como eje central de un reloj que gira en torno suyo, un reloj que no representa horas y minutos sino grados de libertad en su faena creadora, en su fina tarea de autor. Y véase bien esto, porque hay quien necesita tantas cosas, tantos aplausos y alabanzas, tantas camisas caras, que pone la saeta de su destino casi en las doce en punto, dejándole apenas unos grados de margen, cinco minutos escasos de verdad artística sobre los que poder trabajar.

Y así es como se rompe el engranaje humano, así es como se parte la saeta de la vocación. Quien quiera ser artista, me repetía una y otra vez, ha de precisar lo justo, esa es la primera condición: poner casi a cero el minuterio de las cargas vitales y viajar ligero hacia el precipicio de nuestro propio ser. Empezaba a ver amigos —algo mayores que yo— desbarrancando su vida por la cuesta de las hipotecas, los cargos previa oposición y las neveras pagadas en cómodos plazos. La mujer, los hijos,

todo eso. Y rezaba con la fe que nunca he tenido para que esos peligros esquivaran mi pobre destino de artista, como un marinero que sabe en qué bancales puede varar su goleta y con derechura ejemplar encara el mar abierto.

—Hay que asegurarse un empleo. Siempre se puede escribir luego, en los ratos libres o los fines de semana.

No, no se puede.

Es tan delicado eso que llamamos el fondo insoportable de cada uno, está tan en carne viva, que al primer contacto con una realidad que le aleja de lo que íntimamente reconoce como su misión fundamental, no puede sino encostrarse, cicatrizar y morir. No sabe sufrir la vocación: se empuña o se marchita. Tampoco sabe ser a medias, elegir horarios, aplazar conceptos. La lucha es todos los días y en todas las plazas, si no es una lucha, es una escaramuza.

—Pero hay que comer y pagar facturas y cumplir con los recibos.

Sí, señor.

Y aunque sea un tema escurridizo —por incómodo— e incómodo —por escurridizo—, hablemos del dinero. Lo primero que convendría decir es que el dinero, tan presente y tan sustancial, no es más que un intermedio entre uno y su propio tiempo. Usted quiere un reloj, usted va a la tienda y lo compra, así de sencillo. Y esa sencillez hace precisamente que se nos pase inadvertido el mecanismo interior del acto, que no veamos el eslabón que conecta uno y otro momento. Repitamos: usted

quiere un reloj, usted *valora si la satisfacción de su deseo vale el tiempo* que usted debe trabajar para con la remuneración de dicho trabajo acceder a esa satisfacción, y usted, sólo entonces, va a la tienda y compra el reloj. Ahora sí, ahora sí vemos el entramado por detrás del tapiz, el dinero no como valor absoluto sino como convertidor de realidades.

El problema de ir cargados de demasiadas cosas, y vuelvo al tema principal, es que vamos vacíos de tiempo, pues las necesidades superfluas no crean deudas, lo que crean es agujeros en el armazón de la hora, brechas en la almena de la vocación, y por ahí, correntosa y desapercibida, como un agüita entre los mimbres de un cesto, se nos va la vida... No hay que llenar mucho los armarios. El espacio que dejamos vacío no es espacio perdido: es la medida de nuestra libertad.

Qué pastoso me he puesto, yo que iba a dar solamente una descripción somera y razonable de mi buhardilla.

Era húmedo aquel sitio, aunque no tanto como el primer cuarto que tuve en Londres, el de Putney, tan al ras del suelo, tan a flor de los jardines. Parecía que toda el agua que rezumaban las plantas —plantas silvestres por donde hozaban los zorros hambrientos— acababa allí, empapando esquinas y muebles. Hubiera sido un pequeño suicidio literario llenar de hojas aquellas paredes, una lágrima de versos constante hubiera sido. En Fulham Road, sin embargo, aquello ocurrió de una forma natural y desmadejada. Conforme iba llenando hojas las pegaba

en la pared, primero por comodidad y facilidad de acceso, y luego, todo hay que decirlo, por un prurito de diferenciación, por darle a aquel espacio impersonal categoría artística, por adornar su blanco purísimo con el goteo de la prosa. El día que me fui, lógicamente, tuve que dejarle a Eva algún dinero para volver a pintar.

Nunca llegó el internet comunitario –el que se compartía en toda la casa– a aquella habitación tan alta. Nunca tuve ese hilo comunicativo que sirviese para contrastar mis fiebres con la temperatura matinal del mundo, con su realidad pertinente. Así que me alejé como cometa sin dueño, como suspiro del tiempo, y sin moverme del sitio cada vez me separaba más de todo. Había construido un faro, faro de tierra adentro –mi buhardilla– y dentro de él viajaba por los mares interiores de la música, de la literatura y de la soledad.

Despertar con tanta fuerza, trabajar con tantas ganas, pronunciar, ya tan tarde, las palabras que ha de olvidar la ciudad cansada. Ser el farero avizor de la alta noche, juntar sueños con sueños, perfumes con deseos, deslunar el cielo y abrazarlo como se abraza a un niño que viene aún chorreante de estrellas... Y nada más, el resto, la realidad tan real, estaba muy lejos, y yo determinado a hacerme fuerte en aquel mi faro, a no dejarme arrastrar por las corrientes flojas de la vida, por la resaca familiar de lo posible; quería romper con la frente el cris-

tal de la noche, entregarme en ella y ya desnudos los dos, abrigarme del frío de tantos mares desalentados con la vaporada caliente de todos los barcos de mi imaginación.

No es una deformación de nada la locura, es un estar lejos. Empezar a tener una visión no consensuada de las cosas, no contrastada. Hacer original el pensamiento por la vía de la no oposición. Es un hacerse expansivo hacia adentro. ¡Cómo no van a volverse locos los fareros! Habrá un día, me decía yo entonces, en que tendrás que cambiar la seguridad de este cuarto por esa realidad *aplazada* que ves ahí fuera, en que tendrás que asomarte al mundo para comprobar, aunque sólo sea, si tu faro está encendido, si alumbrá poco o mucho, y en qué dirección. Hay quien nunca abandonó su faro, quien quemó su vida en él, y pienso en van Gogh, en Nietzsche, en Baudelaire, espíritus más fuertes que el mío, menos vanidosos. Ellos mordieron los nervios de la locura y de su corazón brotó, iluminándolo todo, la eterna canción de los faros. Los que finalmente abandonamos nuestro puesto de vigías, los que por una u otra razón decidimos volver a enfrentar el mar como navegantes inquietos, nunca podremos ya aspirar a tanto. Todo lo que fue verdad seguirá siéndolo, pero nuestra canción ya no tendrá la divina luz de los faros sino el humano vaivén, perecedero y final, de una nana marinera.

Sí, empezaba a haber canciones, las primeras canciones. Después de unos meses escribiendo esos poe-

mitas —que daré seguramente en un anexo al final de este diario—, llegaron los primeros intentos de hacer una canción.

Recuerdo algunas tardes en que Kyla, apoyada en su barra del *Halfmoon*, se me quedaba mirando muy fijo:

—Se te ve especialmente contento hoy.

—Es que he escrito algo —y detenía su yoyó, que era su forma de ponerse seria.

—¿Y por eso sonríes? ¿Cómo sabes que es bueno?

Cómo no saberlo. Una cosa es la incertidumbre acerca del valor artístico de algo, es decir, de la aceptación de que pueda gozar y la utilidad que haya de suponer. Eso escapa al juicio del artista. Lo que no puede escaparse es lo próximo o lo alejado que uno anda, al escribir, de su centro humano, de esa llamita delicada y viva que es el único valor que uno puede sumar, como artista, a la visión colectiva de las cosas. El mejor arte, cuando esa llamita falta, cuando se la siente lejos, es sólo retórica, campanada hueca. En cambio una canción que nace con mil defectos pero desde ese centro soleado y tierno es, cuando menos, el principio de algo, una cerámica imperfecta soñada con barro verdadero.

*Si el primer luto vistiera de blanco
si el desencanto tuviese remedio
si uno pudiera sentirse tan flaco
que incluso el hambre mostrase respeto.*

Iba escribiendo yo, en cuadernos rojos y negros, con dificultad y paciencia, esas letras primeras en que me jugaba la vida en cada verso, en cada sílaba, porque así debe ser, porque así se empieza siempre: dándole a todo la importancia que tiene. Y pasaba un día decidiendo un adjetivo, y una semana afinando una estrofa, y dos meses para terminar una canción. No había sido así con los poemas, ¿por qué? Quizás debería haber empezado a sospechar ya entonces algo que he ido comprendiendo, como burro a base de palos, mucho después: que hay un componente de desapego en la creación artística, un elemento lúdico, que es necesario para componer. “Lo que se escribe con dificultad se lee con dificultad”. Qué sencillo y qué certero.

Creía yo en Londres que las cosas debían ser perfectas, aspirar al menos a la perfección, y me olvidaba del ingrediente mágico de toda creación: disfrutar llevándola a cabo. Repito lo que ya escribí un día: lo primero es que el poema —o la canción, en este caso— te importe más que la vida; lo segundo, que no te importe tanto. Hay que saber darle un poco de manga ancha a la voluntad creadora, esa maestra de la disciplina que nunca aprendió a sonreír. Por eso los primeros poemitas habían salido tan fáciles, porque no me importaban demasiado, porque los tomaba como un simple ejercicio de muñeca, y ahí está, lo veo ahora, la raíz de todas sus sombras pero también la gracia de su descaro. Las canciones, en cambio, al sentirlas tan mías, me estaban costando más. Y con tanto remover las palabras lo único que

se consigue es matar el aroma poético y que eso que fue violeta espontánea acabe oliendo no más que a formol barato y a flor de invernadero.

*Si cada loco calmara sus dudas
y poco a poco explicase su baile
si la inocencia sí fuera disculpa
y la ignorancia no fuera de nadie.*

Letrillas que repetía una y otra vez, a las que rebuscaba sentidos, encontraba tachas, desmigaba en conceptos y enmendaba disonancias. A las que no dejaba en paz. Qué enfermedad la de andar siempre retocando cosas, qué endogamia paralizante, entumecedora del músculo sano del vivir y del crear. Viene aquí como de calzador el conocido párrafo machadiano sobre la intuición del poeta: “Es muy frecuente— casi la regla— que el poeta eche a perder su obra al corregirla. La explicación es fácil: se crea por intuiciones; se corrige por juicios, por relaciones entre conceptos. Los conceptos son de todos y se nos imponen desde fuera en el lenguaje aprendido; las intuiciones son siempre nuestras. Juzgarnos o corregirnos, supone aplicar la medida ajena al paño propio. Y al par que entramos en razón y nos ponemos de acuerdo con los demás, nos apartamos de nosotros mismos; cuantas líneas enmendamos para fuera, son otras tantas deformaciones de lo íntimo, de lo original, de lo que brotó espontáneo en nosotros.”

Pues eso.

*Si la siguiente amenaza de guerra
no consintiera el dolor de una bala
si los que suelen gritar se rindieran
y los que saben callar nos hablaran.*

Salía a andar algunas tardes y notaba en la espalda ese peso, esa joroba que llaman del escritor y que, amén de las demasiadas horas en una posición nada recomendable, era la somatización de un anhelo que llevaba en sí mismo la simiente de su propio socavamiento: el exceso de celo, el exceso de amor. Debería uno crear no mirando al infinito, no creyendo *definitivo* nada de lo que hace, sino con la vista puesta en lo jovial del acto creador. Eso no significa que no podamos hablar de los asuntos más graves; significa que cuando hablemos de ellos, precisamente por lo que nos importan, nos cuidaremos mucho de hacerlo con el alma jubilosa y el ceño sin fruncir, celebrando como niños imperfectos lo que toda obra tiene de esencial nacimiento, de afirmación de esa realidad no exasperada que es el yo artístico.

*Si cada réquiem durara un segundo
si cada rumbo acertase a perdernos
si el corazón admitiera pan duro
cuando no quedan mendrugos más tiernos.*

Las primeras canciones, ay.

Alguna vez crucé la ciudad, como remero alegre por sus venas más hondas, hacia fiestas populosas y breves en barrios desconocidos, hacia las tabernas de la alevosía y la nocturnidad, siempre mirando en torno, observando y queriendo ser parte de la ligera comedia de lo social, hablando poco, asintiendo mucho, y persiguiendo de vez en cuando unos ojos imposibles, los de alguna chica tímida —en cuya timidez me reconocía tanto que jamás la hubiera osado perturbar—. Eran días especiales, se celebraban cosas, se despedía a alguien, y Naco y Tess subían a mi buhardilla para convencerme de que merecía la pena descansar un rato y salir a conocer el Londres de los trasnochadores, porque sí, porque es un día especial, porque se celebran cosas, porque es la despedida de alguien.

Cuánto me ha costado siempre encontrar mi sitio, mi paso y hasta mi gesto en esa coreografía comunal y optimista de los bares y las reuniones de amigos. Cuánto he tratado, sin conseguirlo, de acercarme con voluntad distraída a esa hoguera tribal y sencilla en que cada uno sacrifica una parte de sí mismo para conseguir un todo fascinado y confluyente, un sueño compartido, el hechizo más antiguo de que podemos dar noticia: lo plural.

Quería ser soluble en la materia humana, en el ritmo atávico de la especie, ser otra sombra en la pared

de sombras, bailar desnudo y sin nombre, aullar a la luna de los tiempos y perder la conciencia en una bacanal sin otro dios que el prestigio inmediato de la noche. Pero no podía, no podía ser eso. A ninguna edad, pienso ahora, ni siquiera en los años más propicios, he logrado serlo. Desde la adolescencia más incipiente, esos años tan favorecedores al asociacionismo, tan tendentes al refugio en el calor del grupo —grupo de amigos, sobre todo—, he sentido una irritación nerviosa, una melancolía calma pero feroz ante cualquier situación que supusiera un adormecimiento del yo en beneficio de lo colectivo, ante cualquier postergación, siquiera temporal, de la responsabilidad de ser uno y no más que uno mismo. Tampoco el alcohol sirvió nunca como aliado. No me expandía ni poco ni mucho, no me absolvía de nada. Lo sentí siempre como un troyano que acaso me ofrecía unos minutos de dispersión y olvido de mí mismo al precio de toda una noche de tristeza boba y apocamiento irremediable.

Esta postura del alma, esta incapacidad para derramarme sobre la multitud chica o grande, conocida o lejana, cordial o indiferente, si bien otorga la facultad de ser crítico ante ciertas cosas, ante ciertas costumbres y espectáculos de lo humano, pone también una elevadísima tasa a la hora de sentirse partícipe de cualquier entusiasmo que deslinda el límite de lo individual, de cualquier empresa que exija la adhesión a un todo comunitario mediante la renuncia a toda sutileza posible. Es esta una traba cierta que me ha impedido, desde que re-

cuerdo, compartir la alegría que otros comparten, la que es tal *precisamente* por ser participativa: en cada fiesta, en cada boda, en toda cena de amigos o reunión familiar he sido siempre el niño triste que sale a la calle buscando un aire que dentro no encuentra, que necesita estar solo y huye sin saber si lo que espera es que le hagan caso o que le dejen en paz. La felicidad –leía entonces– es elegir esos sitios donde no queremos estar. Con la edad, lo sé ahora, vendrá el privilegio de poder evitarlos.

No esperaba nada de esas noches de bullicio y traca, del calor de las tabernas ni de la magia de la madrugada, y a esas horas en que dicen que todo es posible porque andan la noche y el día confundidos uno con otro, a mí lo único que me ocurría era que tenía que ir al baño y no había manera, así que buscaba una calleja discreta y allí, entre dos contenedores y unos palés donde alguien había escrito *fuck you Ernest*, allí, en ese dulce desahogo iba yo notando cómo se volvía más desencantado, si aún cabía, mi desencanto.

Al Royal Festival Hall se llegaba fácilmente bajando en la parada de metro de Waterloo, pero yo solía parar antes, en Embankment, para terminar el trayecto a pie cruzando el río por el Golden Jubilee Bridge. Aunque perdiera unos minutos, me parecía la forma natural de enfrentar aquel edificio de tamaño porte, de presentarme ante aquel gigante amazacotado y gris, esto es,

viéndole la cara en todo momento, respetando lo simple de su propuesta y su no obstante jerarquía incuestionable. Lo otro, llegar desde Waterloo callejeando y como por la puerta de atrás, lo veía un ataque por la retaguardia y me daba la impresión de que la visita empezaba ya con mal pie. Con deshonor.

Hormigón y cristal, nada más, planta cuadrada e imponente, sin floritura, afirmación de la ciudad inmóvil, industrial y moderna frente a la eterna y dócil velocidad del río. De noche parecía un palacio de cristal iluminado, y uno imaginaba que dentro se estaban celebrando bailes de alta sociedad, de aristócratas muy tiesos y duquesas desmayadas, de emperatrices de Rusia y jeques del petrodólar. De día, en cambio, de ser tan gris entre lo gris, a lo que más se parecía era a una lonja de pescado. Y seguro que algún despistado entraba allí todas las semanas, al punto del amanecer, preguntando por el puesto de sardinas.

Y es que en Londres todo lo recargado, lo barroco, lo elegante en sí, queda custodiado y como contenido en la margen derecha del río. Véase Westminster, Victoria o el mismísimo Buckingham Palace. La margen izquierda, a la contra, es un homenaje continuo al pragmatismo, a la arquitectura funcional, y todo es ángulo recto y facha de hormigón sin historia ni lucimiento. Son dos ciudades que nunca se entenderían si no fuera por el idioma uniplural del río. De todos modos, ya digo, si a lo que ibas al Royal Festival Hall era a ver marquesas, tenías que ir de noche.

Una vez dentro era como volver a estar fuera. Era un diseño muy abierto, muy volcado sobre la luz natural del día, de ahí tanta cristalera, y pensado no sólo como auditorio para obras sinfónicas, recitales de solistas y conferencias eruditas, sino como centro de ocio abierto al público con grandes espacios para la conversación, zonas dedicadas al arte visual e incluso una cafetería donde nadie levantaba la voz por encima de lo necesario. Era aquel un ambiente de civismo y cultura actual, de estudiantes por los pasillos y virtuosos de esmoquin, una confusión sana entre lo docto y lo familiar, entre la liturgia y lo humano. Por eso me gustaba aquel sitio, y por eso lo visité tanto, porque allí el corazón de la cultura se sentía en movimiento, no amortajado bajo el peso del tiempo; y porque aun teniendo un espíritu clásico y de seriedad que gobernaba todo aquello, la institución no parecía amenazada en sus prestigios, sino impulsada, por el espectáculo de lo vivo y las carcajadas de los niños.

En la planta superior, o en una de las superiores, estaba la Biblioteca Nacional de Poesía, y yo barzoneaba por allí buscando libros de Bukowski, que era lo que más me interesaba por aquellos días. Recuerdo que fue complicado hacerme socio, que al ser extranjero, además del contrato de alquiler —como prueba de residencia— me pedían algo más que yo no tenía y que tuve que chanchullear con Eva. Lo que no entendía era tanta burocracia para lo que pensaba tomar en préstamo, y se lo trataba de explicar al absorto funcionario: que no, que yo no voy a coger nada de Shakespeare sino de Bukowski,

sólo de Bukowski, y que si finalmente no lo devuelvo será por el bien de la poesía y con permiso y espoleo del autor, el viejo Charles, aquel odiador de Disney que viendo la autopista de Los Ángeles con sus seis carriles atascados en ambos sentidos, lo primero que pensaba era que unos u otros tenían, irremediabilmente, que estar equivocados. Yo, ya digo, lo trataba de explicar todo. Pero nada.

Había en la sala una serie de armarios mecanizados que funcionaban con unas manivelas que debías girar pacientemente hasta que se abría, entre estantería y estantería, el pasillo donde se encontraba lo que querías consultar. Era una forma lenta y seguramente dolorosa de matar aficionados a la poesía, pero se ahorrraba bastante espacio. Cada vez que yo ponía en marcha la fatal rueda de engranajes para acceder al pasillo de la letra *B* tenía que asegurarme de que no hubiera nadie en el de la *C*, a riesgo si no de cometer el homicidio más imprudente y literario de que nunca se haya dado cuenta. Y entonces sí que no me hubieran dejado coger ningún libro.

También me servía el Royal Festival Hall, por céntrico y aireado, como lugar de encuentro con esos amigos que tenía en la zona norte de Londres. Jesse, con su olor a zumo de zanahorias, se sentaba en cualquier sitio y me escuchaba hablar, o me preguntaba cualquier cosa –todo en inglés, porque a él no le importaba aprender español–. Sólo quería, me parece hoy, un ratito de paz en esa vida extraña, holística y doliente de la que

nunca llegó a contarme casi nada. Le veo aún mirando por la cristalera y girándose hacia mí con esos dientes tan feos y aquella sonrisa tan pura, siempre entre lo hermoso y lo indescifrable, entre lo tierno y lo fatal.

Malena y yo pasamos también algunas tardes conversando en aquellos bancos a cubierto que había en la planta baja. Malena, tango y olé:

—Si quieres cogemos juntos el metro.

Y se sonrojaba como si el eco de la frase hubiera caído en la cámara resonante de un erotismo que yo no entendía. Luego, ya en casa, me acordaba de que todo el español de Malena lo había aprendido en Argentina, aquel verano de hacía tantos veranos. Y de la resonancia del *coger* latino. Y lo entendía.

El Auditorium, verdadero eje gentil del edificio —y sede de la Orquesta Filarmónica de Londres—, tenía todo el ornamento y la cátedra que se le supone a una gran sala de conciertos. Maderas nobles, acústica propia y esa sobriedad de conjunto que suele estar hecha no más que de falsas simetrías y de miedo a hablar. Me acordaba entonces del Clapham Grand, aquel teatro en el que anduve de cronista con Tess, y me preguntaba por qué las salas de conciertos de rock iban siempre envejeciendo tan mal, cargándose de años y cretonas, mientras que este tipo de auditorios de lo único que se cargaban era de dignidad. ¿En qué consistía esa nobleza, de dónde le venía la solemnidad de su perfil, la gravedad de su tipo?

He observado siempre que el público que suele acudir a representaciones de música clásica, salvando a

los excepcionales, es un público que llega dispuesto a emocionarse y que generalmente se marcha, una vez terminada la obra y muerto el último tenor, con un cierto grado de decepción: la música les ha rozado sin traspasarles. Pues bien, esa expectativa no resuelta, ese aplazamiento de la satisfacción, no regresa a casa con el oyente sino que se queda allí como aerosol musical, perfumando y dando densidad al ambiente, enrareciéndolo de anhelos. Y todo ese amor no ventilado ya se encarga el tiempo de transformarlo en digna apariencia, en prestigio contenido. En el Clapham Grand lo único que quedaba en el aire era el olor a cerveza.

Así que si alguna vez va usted a un concierto clásico y no acaba del todo satisfecho, si no siente ese arrobamiento wagneriano que usted esperaba, no se preocupe, está contribuyendo con la leve propina de su desencanto al esplendor soberano de la atmósfera musical y, con él, al estupor de los siglos. Por tan leve propina.

El Auditorium tenía un programa continuo de obras sinfónicas entre las que se iban intercalando, no periódicamente, conferencias, charlas y ponencias. Científicos y literatos extendían allí el tenderete de sus ideas, hacían sus torerías filosóficas delante de un público intelectual y receptivo —tan receptivo que a veces alternaba entre lo pasivo de la atención y lo inconsciente del cabezazo somnoliento—, y daban su voltereta existencial, metafórica o darwiniana, cada cual según su especialidad, para concluir el acto, por lo general, con unos

minutos de preguntas y respuestas en que siempre se preguntaba lo mismo y se respondía, según el genio del ponente, lo obvio o lo que le daba la gana.

La mejor conferencia, la de temperatura más exacta, fue la de George Steiner. Y eso que no recuerdo nada de lo que dijo. Pero a veces no hace falta. Me bastaba con mirar sus manos, ya viejas entonces, aquel brazo mustio, el derecho, medio incapacitado y oculto bajo la mesa casi todo el tiempo, no sé si por timidez infantil o por simple comodidad. Iba de traje y corbata, tenía el pelo blanco y desmigado, ojos de travesura y la boca en sonrisa fina y permanente. Se puede juzgar el alma de un hombre, dijo alguien, por la cantidad de años que se quita cuando sonríe. A mí me parecía que Steiner —ya octogenario— se reía como un muchacho de diecisiete.

Qué hermoso el espectáculo de esta clase de hombres, los que han conseguido tanto y no se han complacido en ello sino que han seguido goteando sudor y esfuerzo sobre el yunque vivo de la creación, modelando interminablemente su obra para que esta, el último día —sólo el último día— les dé la imagen y la medida exacta de sí mismos.

Aquella tarde me acompañó a la charla un caballero inglés —de quien ya he hablado aquí y de quien sigo, imperdonablemente, sin recordar el nombre— con quien paseaba a veces por el sur de Londres. También sentía un aprecio especial por George Steiner, el celebrado crítico, así que ese día quedamos un rato antes de

la conferencia, se tomó un vino conmigo, saludó a conocidos que iban muy elegantes y hasta nos detuvimos unos minutos a escuchar a un trío de jazz que había en uno de los halls del edificio. Todo, aquella tarde, tenía aire de refinamiento, oreo de distinción.

—Tengo la sensación de que en cualquier momento van a aparecer Oscar Wilde, de dandy riguroso, o Sir Bertrand Russell, de levita y sombrero, por estos pasillos.

—Hace tiempo que ya murieron los dos.

Pero yo estaba seguro de que para gentes de tal calidad, y en una tarde tan propicia y fina como esta, la muerte había de ser poco más que una inconveniencia.

Solía volver a casa por una ruta distinta de por la que había llegado, caminando lentamente y en paralelo al río hasta el puente de Westminster. Era un paseo ancho y muy animado, con mucho arte callejero, mucho mimo y mucho turista mareado. En torno, el London Eye, el Big Ben y el Parlamento Británico. A mí lo que más me gustaba de todo aquello era una furgoneta color crema que aparcaba al comienzo del puente y vendía helados de cucurucho. Me paraba y veía cómo se repartían uno tras otro en sucesión coloreada, saboreada y constante. Así es como me enteraba, después del baño de intemporalidad del Royal Festival Hall, de que todavía era verano.

La voz, aquella voz. En la tanta soledad de los tantos días, la palabra lejana y cercanísima, la dicción

barroca, el acento colorido y arenoso, la flor resumida en verbo, el azul nombrado azul. Estaba solo y tenía una radio, y en la radio una voz, y allí un arrecife de coral y la sal de todos los continentes: David Attenborough, pionero de las junglas, hombre de las cuevas sin nombre, dinosaurio feliz.

Nacen ciertas personas con un dibujo tan claro de ellas mismas, con una fe tan profunda y silenciosa en aquello que finalmente deben ser, que parece que siempre lo hayan sido. Imposible imaginarse a David Attenborough en su infancia de campiña inglesa de otra forma que escudriñando fósiles, puliendo berilos y desenterrando alabandinas. Imposible no superponer, como calco inverso, la imagen de su hoy sobre su ayer difuso, aquel pequeño David, natural como un jilguero, olvidándose de los quebrados porque había visto, al volver de la escuela, un nido de colirrojos igualito que el de su libro *La naturaleza y yo*.

Me traía aquella voz una paz de grillos dormidos, de serengetis soñados; y en medio de la ciudad tan grande y tan repetida en sí misma, se llenaba mi cuarto de mariposas azules y reptiles del mesozoico. Toda la geografía de lo mineral, toda la marea de lo vivo, en aquellos programas de radio en que escuchaba yo la lluvia de los trópicos, el cliqueo de los abismos oceánicos y el ronquido del leopardo de las nieves.

Conseguí finalmente hacerme con algunos documentales de la BBC producidos y presentados por Attenborough, y no tardé en darme cuenta de que no

eran las tomas aéreas sobre islas remotas ni las imágenes subterráneas de la hormiga y su mundo vivo; ni siquiera lo espectacular del plano secuencia más tremendo dentro de la cueva más profunda. Era la voz, aquella voz, lo que yo buscaba, la que me hacía cosquillas en el músculo cansado de la imaginación, la que de verdad calmaba mis nervios diurnos y me invitaba a soñar. Llegaba la noche y ponía aquellos documentales, apagaba la pantalla, cerraba los ojos y me dejaba mecer solamente por el vaivén de la locución y la prosodia rítmica de aquella voz.

Y más que dormir, bogaba.

Había tantos musicales en Londres que si no andabas con cuidado te contrataban en uno. Decenas de desapariciones adolescentes resolvía Scotland Yard cada año simplemente asistiendo a los ensayos matutinos que se realizaban en los teatros del centro de la capital todos los días. Registraban tramoyas, desordenaban camerinos y hasta subían a las oficinas, muy de paisano, a pedir descuentos para el pase de la tarde, por indagar.

—¿La han encontrado ya?

—Sí, señora. Estaba haciendo de Zazú en *El Rey León*.

Y la niña ya podía volver a casa.

El circo, muerto; los cines, muriendo; el teatro, en llamas. Y en los musicales cada vez más gente. Tuvo

la edad antigua sus mayúsculos misterios, sus tumbas de Cleopatra inencontradas, sus troyas posibles e imposibles. ¿Por qué no ha de tener nuestro siglo sus propios indescifrables? Vivimos en una época sin faraones, sin intrigas palaciegas, sin cicutas, belladonas ni apariciones marianas; somos un siglo más científico que místico, más dialéctico que ascético; nuestra fe es la estadística y nuestra palabra-dios, la democracia; somos hijos de la razón kantiana, de la duda de Descartes; preferimos la norma a la excepción, lo empírico a lo trágico, la exégesis a la revelación; atrás quedan los mitos y los profetas, atrás la eterna noche de la hechicería humana; somos el átomo, el bosón de Higgs, la vida neutra, insensible y explicable, el sexo aséptico, la moral anestesiada; si se nos apareciera un ángel de verdad, pensaríamos que es un niño que se ha perdido justo el día de su primera comunión.

Por eso era bonito sentarse en Leicester Square, aquella plaza de las mil bombillas, y ver la larga fila en torno a la oficina de venta de tickets para los musicales: siempre concurrida, siempre con descuentos de última hora —a cualquier hora del día—, siempre popular y alborotante. Todo un muestrario de representaciones en cartel, un recetario casi: para los demasiado serios, *The Producers*; para las almas sin ilusión, *Billy Elliot*; para los nostálgicos de lo romántico, *Love Story*; y para los nostálgicos de la nostalgia, *Les Misérables*. Veías la cara de la gente una vez que ya tenían las entradas en la mano y ocurría como con los pacientes en los ambulatorios: que

aun sin haberse tomado las pastillas ya se encontraban mejor. El milagro de los musicales como un jarabe para la tos.

Decía Pascal que “toda la infelicidad de los hombres procede de una sola cosa que consiste en que no sabemos quedarnos tranquilos en un cuarto”. De ahí que la dispersión, el ocio, todo eso que buscamos fuera, no sea un vector positivo de nuestra conducta, una fuerza expansiva, sino más bien la tirita que le ponemos al alma, que efectivamente no sabe quedarse sola consigo misma y en diálogo sincero con sus miserias últimas. El musical, por eso, cumple con todo: nos entretiene con sus luces, nos arrebatata con su trama y nos eleva con su melodía. No deja rendija por donde pueda colarse, en esas tres horas de baile y pirotecnias, nuestro yo. Y volvemos a casa todavía aturridos por ese espectáculo de superabundancias, por ese mundo colosal que se nos ha despeñado encima, con sus coreografías a compás y sus coros armonizados; por esas máscaras que portan los actores y detrás de las cuales no están ellos sino nosotros, escondidos y niños, jugando a ese juego infantil de taparnos la cara para que nadie nos vea.

Así es, regresamos a lo doméstico, preparamos la cena y nos vamos a dormir todavía absorbidos por el desfile de personajes, por los cambios de escena, con todas nuestras facultades receptivas sobreexcitadas, sobrealimentadas, saturadas por el cúmulo del estímulo. Hemos dejado de ser nosotros, un rato, para convertirnos en el recipiente de lo que pasaba afuera, y eso

siempre es reconfortante. Ahora, ya en la cama, continuamos en esa inercia y sólo progresivamente volvemos hacia nuestro propio sentir. Es posible que hasta bien entrada la mañana siguiente no nos acordemos de lo infelices que somos.

Con esto no quiero desalentar a nadie: larga vida a los musicales. Ya he dicho que vivimos tiempos muy freudianos en los que todo se analiza y todo debe tener algún sentido. Aceptemos el musical como un misterio venial y necesario; sea, en este siglo tan Pasteur, nuestra lírica quijotada. Además, como empieza a faltar público en los teatros, como se constipe aunque sea un poco la taquilla, el primero al que van a desplumar —entiéndase profesionalmente— es a Zazú.

Llegó noviembre y qué susto, después de un verano largo y bueno, como un gigante tumbado al sol, ahora el otoño con vaho en todos los cristales, el ritmo lento de la hora anochecida, el cielo innumerable como un campamento pobre sin luz de antorcha ni hoguera de salvación. Porque una vida en la que se elige no ser feliz ni infeliz sino preciso también tiene sus días desmoronados, sus aludes quietos y perfectos, y en esos días en que uno no puede llorar por sí mismo es cuando sale a la calle sin ángel ni camino a llorar por los jardines solos, por las estatuas vencidas, por un parterre en Holland Park que ha perdido su último tulipán.

Holland Park y sus diez mil tulipanes vivían a la sombra del *tododemocrático* Hyde Park. Era su contraparte aristocrática, su prenda de bien vestir, y mientras el sol repartía salud y alborozo en el primero —siempre tan plural, tan expandido—, en su parque vecino, mucho más familiar y como demorado, lo que repartía era dignidad sobre los lirios y distinción entre las visitas. Porque Holland Park no era una excursión ni un paseo ni una caminata, era una visita a la casa de muñecas de la primavera. Todo en su sitio, todo calculado, cada flor con su flor y cada abeja en su miel. Y el polen esparcido como canela en los caminos, convirtiendo la tarde en una alameda de baldosas amarillas para una Dorothy imposible, para sus zapatos de rubí, que hubieran sido felices para siempre en aquel jardín miniatural y provinciano.

Pero ocurre con la belleza lo mismo que con cualquier otro licor, que con la promesa de distraer nuestros ánimos acaban concentrándolos aún más, y uno bebe para olvidar y termina tropezando todavía más de frente con el bulto de su olvido, el que quería esquivar con la media verónica de un tequila mal servido o de un vinito corto y cabezón. Aquella mañana había caminado desde Fulham Road hasta Holland Park sólo para ver las flores —que ya conocía de otras veces—, para quebrar a fuerza de color el vidrio gris de un noviembre que me pesaba ya.

Llegar y encontrarme un jardín roto, los encañados sin hiedra, los arriates sin sembrar, y pensar que era

cierto, que hay momentos de derrota absoluta que sólo están hechos de pequeñas insinuaciones, de claudicaciones nimias, invisibles, inexpresables. Son derrotas sin enemigo, momentos de ciega claridad, en los que el tiempo, flecha desnuda, elige una punta de diamante cualquiera para atravesarnos el corazón.

Busqué los tulipanes como quien se golpea duramente el pecho para encontrar un penúltimo grito, paseé mi tristeza sin otro adorno ni otros ecos que los de la propia soledad, y no había niños ni familias bien vestidas aquel día; en cada rincón, sólo tierra y silencio. Seguramente no lejos de allí había algún jardinero que, de haberme visto, me habría explicado que los tulipanes son flores tan especiales que no saben nacer dos años seguidos en el mismo suelo y que lo mejor que podía hacer para volver a tenerlos delante, para sentirlos reconfortantes, era sentarme en cualquier sitio, cerrar mucho los ojos.

Y recordar.

Londres debía de ser el agua de nieve, bajar del autobús y encontrarme un cielo nuevo, civil y uniformado, dar un paso y luego otro, volver a casa feliz y enronquecido, otoñal y aguanevado, después de haber conocido a Bénédicte.

Londres debía de ser el hall del Imperial Hotel, y yo llegando tan pronto, como siempre, a una de esas

veladas de conversación en que todo podía pasar y nunca pasaba nada. Habíamos cambiado, aquella tarde, la trastienda bullente de los bares por un saloncito en orden, con moqueta grana y sillas tapizadas en loneta, con mesitas bajas y lámparas de pie, columnas de azulejo dorado y un ambiente de capilla pulcra y silenciosa, de cuadros feos y espejos impecables, y una gran claraboya, central y sola, por donde penetraban la luz y el ruido como dos milicias ciudadanas queriendo invadir generosamente, cada tarde, aquel sanctasanctórum del decoro y la municipalidad.

Se notaba que aquel había sido un sitio elegante veinte años atrás pero que luego, en sus sucesivos afanes de renovación, se había ido desajustando consigo mismo. Ocurre en muchos hoteles, que comienzan con un clasicismo Luis XIV, continúan con un aligeramiento modernista y finalmente, un día, al darse cuenta de que hasta ese modernismo se les ha quedado moaré y como muy floreado, cuelgan en la pared unas cuantas reproducciones de Max Ernst, de Kandinsky o de Paul Klee para que a última hora de la tarde venga el gerente, toque con la nariz los cuadros, de dos pasos atrás, pasee un poco y finalmente diga:

—Ya está. Así, sí.

Y allí quedan en perpetua disonancia las cretonas y damascos —esas telas pesadísimas, monárquicas—, las mesitas de un blanco descascarillado y utilitario, unos taburetes de cuadro escocés muy chic y, en las paredes, como riéndose de aquel collage luctuoso, un expresionis-

mo abstracto tan americano, tan Pollock, que parece ya más una bandera de rendición que un remate decorativo. Lo mejor de ambos mundos, sí, lo clásico y lo moderno, lo vintage y lo contemporáneo, dándose de hostias. (Disculpe el lector lo rudo y crudo de la expresión, pero hay ocasiones en que el castellano tiene una fórmula tan exacta, por vulgar que sea, para hacer tangible y sonora una idea, que lo ineducado sería no usarla.)

La norma en aquellos encuentros —que organizaba un inglés muy inglés y muy pastoso— era que la primera hora se hablaba en el idioma local y la segunda en el foráneo, en un intercambio cultural de todos con todos muy cívico, prosódico y caótico. Por darlo en esdrújulas. Sin embargo, la tarde que conocí a Bénédicte en aquel salón del Imperial Hotel, se nos propuso hacer un par de círculos en torno a las mesas y cada cierto tiempo se movía uno a la silla contigua de su derecha, de forma que se mantenían conversaciones uno a uno y no de grupo, supongo que por crear una atmósfera más conspicua y entonar un poco con lo ceremonial del sitio en que nos encontrábamos.

Bénédicte fue mi segunda charla. La primera no la recuerdo; la tercera no sé si existió.

Bénédicte te miraba como si ya lo supiese todo sobre ti pero quisiera que se lo volvieras a contar. Tenía un ingenio rápido que no iba a compás con lo demora-

do, felino casi, de sus gestos, y eso le daba ya la primera ventaja en la conversación: era como un pistolero con tiempo para pensar. Ojos de un color descomplicado, un marrón armónico e inmediato, como de tapa de violín; dedos de arpista que nunca ha tocado el arpa; las muñecas y las manos sin adorno, limpias de pulseras, anillos y otras nostalgias. Se notaba que no le había costado cara su belleza, que la llevaba como prenda ordinaria, sin campanillas de afectación ni velos de desconcierto. Hay mujeres que laboran durante toda la vida, o durante una larga juventud, en el perfil griego de su hermosura, que van juntando virtudes, como el que suma inciensos, para acabar dando a los treinta años el perfume exacto de la feminidad. De su feminidad. A Bénédicte, bastante más joven, se le veía descansada de ese apuro, dispensada de aquel trabajo, como si alguien, muy de niña, cuando seguramente era más rubia, le hubiera dado un espejito en el que ya siempre se iba a ver hermosa y con trenzas —aunque no llevara trenzas—, perfectamente delineada, no complacida pero sí sabedora de su encanto, de su sonrisa fina, de su nariz francesa, de su andar seguro pero ligerísimo, como de gorrión pisando el tul de una coqueteante muñequita de ballet.

Con cuántos cielos no confundiremos la belleza, y más aún cuando es así, tan sin esfuerzo; a cuántos laberintos no nos llevará ni nos habrá llevado. Y yo allí, indefendido e indefenso, las dos cosas, con esa doble torpeza de la timidez y del idioma, aquella primera hora

de conversación en un inglés balbuceado y como sin música, de acentos perdidos y sensibilidades brutas, donde me encontraba como un niño que persigue una ola y acaba siempre derribado por la que le viene por detrás. Pero de algún modo no me ahogaba. Una frase, otra frase, una sonrisa; iba poco a poco, sin darme cuenta, entrando en el compromiso sencillo de esa cadencia.

—Una frase.

—Otra frase.

Una sonrisa. Qué más da lo que se dijera. La cadencia, eso sí, el ritmo taquigráfico del decir, el pestañeo lento de lo que se presume, la flor asomada de la intuición. Una frase, otra frase, una sonrisa. Fueron pocos minutos, fue vida y media; fue el suicidio ejemplar de todos los relojes. El resto de la tarde, un juego de sillas cruel y sin sentido: verla pasar por otros ojos, sentirla escapar en otras manos, inclinarse en otras bocas. Había un latino guapo, un Luis Miguel remoreno, relamido y repeinado, en cuyos ojos de bolero veía yo la misma expresión de descubrimiento, al hablar con ella, que unos minutos antes habían tenido los míos.

Aunque aquel día tuviese mi vigilancia una razón concreta —e interesada—, siempre es sugestivo el espectáculo de una mujer así transitando los ojos de los hombres que la tienen cerca, ese mirar fijo y desdoblado por cuya pupila resbala, a la par de la luz tibia del instante, la fina película del deseo, como una lágrima hecha de saliva, como una saliva que pidiera ser beso.

Hay una hora que tienen las tardes en que empiezan a desmayar las conversaciones, en que se aprende la pata que cojea en cada mesa y la mirada que falta en cada espejo, en que algunos ya se van y los que quedan se entregan al oleaje de las horas sin rumbo, esas horas de la decadencia en que sólo hay dos destinos, dos escapatorias posibles: lo romántico o lo canallesco. El que se queda es porque quiere ser amante o ser ladrón. Y a mí, sin hechuras para lo canalla, a mí, que nunca he bebido, ni robado, que miento lo justo y maldigo no más que lo necesario, a mí, tan flaco de vicios como cebado de cordura, sin arte para el engaño ni duende para el ingenio, a mí, ya digo, sólo me quedó el amor. Llegó la hora, pues, la de los violines solos, y nos pilló en trance, charlando, a Bénédicte y a mí, naufragados ya en la música exacta de mi español querido, sujetando de nuevo la tarde bajo la métrica pura de nuestro estribillo mejor: una frase, otra frase, una sonrisa.

Pero todos los cuentos han de tener su nudo gordiano, como todos los pillajes su bandido, y en el momento aquel de nuestro querer ser, de nuestro poder ser, apareció el latino Luis Miguel, aquel dominguín enhiesto, engolado y entrometido, entumeciendo el aire, enmarañando el tiempo y encogiéndome, por un momento, el corazón.

—Bénédicte, ¿tomamos algo ahora?

A lo que Bénédicte respondió que sí. Y en un giro de cabeza inolvidable hacia el abismo que yo era, me miró y me dijo:

—¿Nos acompañas?

Y así empezó todo como siempre empieza, dejamos los cuatro (finalmente se unió al grupo otro español, un asturiano buenote) aquel Imperial Hotel de la moqueta burdeos y decidimos, con esa unanimidad alegre de los primeros encuentros, que la noche era fría y lluviosa, pero buena, y que alguien conocía un sitio donde seguir conversando que quizás estaba algo lejos, pero no demasiado lejos.

Hubo tiempos más sencillos en que aquel colombiano apuesto, aquel galán como de Caracol TV y un servidor, habrían resuelto sus disputas tan sólo con dos padrinos, un par de *smiths* y veinte pasos bien contados. Pero claro, aquello no era la Francia del XIX sino un Londres dos veces milenario, en que los duelos eran a ingenio en vez de a puntería y en que el desafío no duraba hasta la primera sangre sino hasta la última copa. Todo muy civilizado, muy *gentlemen*. Bénédicte, entre tanto, se veía que disfrutaba con el pequeño enredo, y aun siendo dama tan descreída y tan ajena a estas moji-gangas amorosas, se había instalado en su alta torre para contemplar, sin desvirtuarlo, el espectáculo, e igual atendía con su sonrisa a uno que a otro, e igual brindaba por la tropical Colombia que por la bienquerida España, pero sin otorgar nunca favor ni predilección a ninguna de las dos.

No había secreto, y los tres sonreíamos mucho comprendiendo que tampoco había solución. El asturiano sigo creyendo a día de hoy que no se enteró de nada. Y eso que nuestro sureño guapo, con su tanta raya en medio y su muy melindroso acento, ya le empezaba a dedicar a Bénédicte finas recitaciones de versos de Alejandro Sanz, muy acarameladas, muy al oído, tanto que ella me miraba de vez en cuando como niña a la que le están proponiendo algún juego y mide en los ojos de su padre si aquella diversión va a merecer o no la pena del castigo por haber llegado tarde a cenar. Me daba cuenta entonces de que hasta en esto iba Bénédicte muy por delante de nosotros, que incluso en estas travesuras lograba ella esa cima de la elegancia que es la naturalidad.

Londres debía de ser, iba diciendo, el agua de nieve, bajar del autobús y encontrarme un cielo nuevo, civil y uniformado, dar un paso y luego otro, volver a casa feliz y enronquecido, otoñal y aguanevado, después de aquella noche, primera y larga noche, al lado de Bénédicte.

“Si la harina de Dios son las estrellas”, dijo el poeta. Si la harina de Dios fueran las estrellas, Bénédicte, te hubiera descubierto yo, mientras dormías, caminitos de hojaldre, zodíacos de ternura, te hubiera dedicado constelaciones puras de miga de pan, con sus trigos nece-

sarios y sus candeales besos, con sus planetas crujientes y su flojo corazón de barquillo; hubiera puesto mi dedo a contar cosmologías, a inventar colisiones de azúcar, trayectorias lentas, albedos claros; me hubiera hecho elíptico, sideral, bisiesto y circunradial; te hubiera dado, para que lo mordieras, el borde de mazapán y queso en que vienen envueltos los asteroides más humanos, los minerales desprendidos del amor solar, y en esa luz de insistencia, como en la aurora más deseante y exaltada, hubiera atravesado el centro del querer y todas sus categorías de heroísmo por su arista más fina, por su eje silencioso o por su estrella más polar. Te hubiera dado el cielo, Bénédicte.

Pero es pronto, es pronto todavía. Contemos la historia.

Las fiestas en casa de Bénédicte tenían clima de salón diplomático, de velada ligera en una embajada distraída del mundo, con una anfitriona dos veces hermosa, por joven y por francesa, y un centón de idiomas culebreando por entre las piedras de la conversación en busca del ratón de una sonrisa, de un cabeceo afirmativo o del simple interlocutor desaparejado. Asomabas por la cocina y allí estaba Bénédicte con una amiga fea y otra guapa, también parisinas, hablando en su francés telarañoso y nativo (qué idioma el francés, como un ungüento de tibiezas sobre el clamor humano); en el salón, en

general, se hablaba ese inglés que se dice internacional y que está hecho de todos los defectos de pronunciación de toda la parlantía no angloparlante —y cuya culpa queda tan repartida que al final nos entendemos todos—; para los murmuradores estaba el pasillo, con sus discretos en árabe y sus coqueteos en el argot universal del guiño, y nórdicas princesas en los cuartos cerrados, llamando a casa en su idioma fuerte y claro, vikingo, como de pezuñas en la tundra; por último, y por la puerta entrando, un español callado, agregado honorario a esta fiesta cosmopolita y radiante, a este carnaval fino, políglota y sofisticado, en el que el tema de conversación era lo de menos. Lo importante, como en cualquier embajada, era el perfume.

Me ponía en algún rincón, hablaba breve y callaba largo, me insertaba como ficha discreta en el juego del ocio, en aquel ajedrez de vidas extrovertidas y gentiles, y perdía la tarde, como otros la vida, por delicadeza, por educación y por no interrumpir. Poco me importaban los asuntos importantes, los grupitos con cejas levantadas o las anécdotas del día. Había venido yo a mirar el reloj que no tenía, a empujar el tiempo hacia delante, hacia el momento en que comenzaban las despedidas, la búsqueda de los abrigos extraviados y esos tropiezos en la puerta, con alboroto de risas, que son como los últimos saetazos del alcohol. Y ya sin ruido, cuando se habían marchado cónsules y princesas, cuando volvían a ser sombra aquellos seres amables pero no cercanos —colindantes— (que al final resultó que no eran

sino los compañeros de la oficina de comercio de Bénédicte), entonces me quedaba yo un rato más ayudando a recoger a nuestra anfitriona, en ese minuto que tienen todas las fiestas, cuanto terminan, en que tan fácil es confundir el silencio recién brotado con un ascua de intimidad.

Alguna vez salimos a cenar. Ella era tan comedida en sus instintos que nunca decía que tenía hambre sino que podía comer.

—¿Tienes hambre?

—Puedo comer.

Bénédicte había nacido cerca de París, en buena cuna y con suficiente apellido, como trapito suelto de esa descotada clase aristocrática que quizás no existe pero que siempre está. Faldita azul, más rubia que ahora, creo que ya lo dije, me enseñaba fotos de entonces, con ese gesto que luego yo conocería tanto, la nariz levantada en travesura y los ojos vueltos hacia mamá, Bénédicte tan niña y tan azul, con los labios abiertos hacia la vida y aquella manera de mirar los pájaros que nadie mira, de querer meterlos en casa por si luego llovía, por si luego llueve, mamá, y reemprender la marcha con ese salto cantarín que dan los niños y que es su manera de olvido, de aceptación, para llegar a casa y allí tomar la merienda, leche y dos magdalenas —a pizcos—, y lo que sobre, que al

final no sobraba nada, se lo daremos a los gorriones, mamá.

Hablaba un inglés con deje americano, un español con zumbido galo y un francés con acento de sueños, de infancia, de estudios en La Sorbona y galanteos en el Sena. Los treinta puentes de París sólo por verla pasar, aquella ronda de peón diaria entre su piso de estudiante en la Rue du Temple y la universidad, su Petit Pont para cruzar el río con la observancia de los vagabundos, los poetas y las gárgolas de Notre Dame, protectoras todas, agresivas todas, aquellas miradas, como de tallista que ve que aún no pero ya casi, que casi está la pieza, que sólo necesita un último aviso de cincel, un brevísimo golpe de maza, el pulimento a besos de las esquinas más tier-nas. No sabían ellos que tú ya lo sabías, que desde muy niña aprendiste a distinguir el azul del negro en la pupila de los hombres, que habías decidido, sin decidirlo, no ser víctima del puñal de su insistencia ni del filo lento de su adoración, que ibas a ser griega, carolingia, hermosísima, pero sin crimen, virgen sin rito, mujer sin chantaje. Ibas a hacer de tu belleza una manzana fresca y sin culpa; no ibas a prometerla ni a jalearla, la ibas a dejar ser, amanecida y lluviosa, para que se cumpliera en tus gestos la esgrima puntual del tiempo y un día yo te encontrara, ya entera, ya perfecta y otorgada, en tu día exacto de caer de la rama al mundo, vestida de mujer y tierra blanca, de manzana inversa, con tanta violencia en tu piel tan clara y tanta dureza en tu corazón tan puro. No lo sabían ellos.

El Tate Modern, de noche, era una llamarada imponente y manufacturada, un taller de óleos y metalurgias colgado de la nada, una herrería santa y fría con viruta de consagración y olor a combustible y metacrilato. Gran industria, gran arte que a mí no me convencía ni me emocionaba, pero que había que visitar con ella: los museos de Londres permanecían abiertos una sola noche al año y Bénédicte no se lo quería perder.

Recorriamos las salas, ella mirando conos de transistor y tenedores colgantes y yo con ojos sólo para su andar tranquilo, para su blando deslizamiento entre los claroscuros, las aguatinas, los diseños post-abstractos, los autores pre-conceptuales y las estampas suprarrealistas. Un jaleo. Pero Bénédicte estaba cómoda, se le veía risueña y natural, comprensiva con todo aquel aparato del arte, y según la cara que ponía me la imaginaba yo en sus dos ternuras posibles: como sobrina descalza de un pintor pobre y hacendoso o como musa inmutable de una nueva tribu estética, de un gran movimiento artístico que todavía nadie había descubierto.

Decía Breton que su mujer tenía hombros de champán. Bénédicte también los tenía; y un cuello de pergamino, y un pecho de bergantín soñado y unos ojos de saeta lista. Un andar de fiebre elegante, una boca con espinas de algodón y una cintura de violín enamorado. Iba yo haciendo literatura mientras ella hacía la visita, y

qué grande aquel sitio, cuánto tiempo para ir sacándole piezas troqueladas a su inminente anatomía, mis ojos buscando esa grieta de la cual beber el agua tibia de su intimidad, peregrinando su altura toda, su perfil exacto, transitando la vida desde sus pies de *pirouette* hasta sus hombros, aquellos hombros lluviosos por los que volvían a resbalar, suicidándose periódica y ritualmente, mis ojos. Se ahogaban en champán.

En casa de Bénédicte, los dos solos ya, o quizás estaban sus compañeras de piso, no lo sé, si están mis compañeras podemos quedarnos en mi cuarto, aquel cuarto con la foto de un novio que la esperaba o no la esperaba en Francia, quién sabe, pero que fue lo primero que me enseñó al entrar, aquella habitación con doble puerta acristalada que daba directamente al salón, sin intimidad para el crimen pero con encanto para la confidencia, aquella estancia que seguramente en su día había sido no una habitación tan a trasmano sino el aparte de la casa donde se hacía pasar a las visitas, después de la comida, para tomar el té.

Era aquello uno de los cogollos mejores de la ciudad, parada de metro de Holborn, y a mí, que venía de las periferias cansadas, aquellas puertas tan blancas con aquellos techos de escayola tan fina, me provocaban una fascinación de clase —clasista, sí—, de joven aprendiz de zapatero al que invitan una tarde a escuchar el recital de piano de una prima delicada y extranjera con la que nunca va a poder hablar. Una vez le pregunté a Bénédicte cuánto costaba vivir en un sitio así. Me contestó, entre

evasiva y cordial, que trabajando en Piccadilly –que efectivamente no quedaba lejos de allí y adonde podía ir andando–, lo caro hubiera sido no alquilarlo.

Lo único que escapaba al carácter nobiliario de aquel piso, y esto me lo explicaba Bénédicte riéndose mucho y a bulto, es que una de sus compañeras había instalado en su cuarto una barra de *pole dance*, nadie sabía si para hacer estiramientos diurnos y solitarios o para provocar infartos a sus misteriosos visitantes nocturnos. Planeamos más de una vez entrar a ver aquel artefacto, aquel mástil terrestre que comunicaba el subsuelo de los instintos con el techo abierto de nuestra imaginación. Al final, más por respeto a la mitología que habíamos creado en torno al trasto que por deferencia hacia la dueña, nunca firmamos el allanamiento.

Tampoco invité nunca a Bénédicte ni a mi piso de Putney, por lejano, ni a mi buhardilla de Fulham Road, por estrecha. Hubiéramos cabido, holgados, ella y yo más su cariño por mí; pero no los dos y mi devoción por ella.

Bénédicte y el beso. El beso y Bénédicte. Esa naturalidad con la que garabateaba por el mundo, ese convencimiento seco, sin proclama, de saberse inclinada de todas las miradas y no hacer de ello el espejo de sí misma sino el adorno de sí misma; esa manera de navegar como distraída por el fondo convulso de todos los erotismos. Esa actitud.

Hungerford Bridge era el puente de los corazones nocturnos, el que mejor hacía caminar lo romántico de las tardes solas por entre las dos orillas de la ciudad. De los dos abismos por los que caía al río siempre elegí el que daba al norte, el que de noche ponía a volar todas las luciérnagas de la zona financiera, aquellos edificios altos y vivos como panales de insomnio y cristal, aquella visión del río deshaciéndose en electricidades salvajes, en voltios sonoros. Y los bien vestidos, los de traje y zapato retintín, volviendo a casa, infelices quizás, pero satisfechos, el día ya cumplido, el deber ya cumplido; y nosotros, los músicos y los pelagatos, los escasos de todo menos de tiempo, los herederos sentimentales de la noche, quedándonos allí un poco más, mirando aquellas luces y preguntándonos si había sitio, si algún día habría sitio para nuestra alma de silencios y de daños en una ciudad que podía ser tan dura, tan indiferente y tan hermosa.

Por eso la llevé allí, por eso te llevé allí, Bénédicte, en la hora del beso. Porque un beso no es nada, qué pesa un beso, nada, qué ocupa un beso. Había que darle densidad y forma, esculpirlo en grande, colgarlo del hilo de una postal, ofrecerle un horizonte, prometerle un horizonte. Por eso quería que fuera allí, Bénédicte, tras aquel paseo tan largo, y después de tantos semáforos y tanta moto loca, pisar por fin aquellos escalones de agua y de cemento y subir al Hungerford Bridge. Te cerré los ojos, luego el beso.

Y ocurrió que tuviste un instante de traición hacia ti misma, un gesto que duró un segundo —o un

segundo que no duró ni un gesto—, en que vi esa naturalidad y esa elegancia tan tuyas quedándose un momento suspendidas, aplazadas. Te delató una fugaz sonrisa de complacencia cuando mi boca estaba ya a un soplo de la tuya, una mueca satisfecha, como de cumplimiento y cierre de una predicción que tú te habías hecho, íntimamente, tiempo atrás. No hubo sorpresa. Ibas, como siempre, un beso por delante.

Sonaron las doce en algún reloj y a mí me pareció una señal del destino. A ti, que se nos hacía tarde.

(Y bien que hubiera contado yo las horas todas de todos los relojes, aquellos días, por un centímetro más de tiempo, por una legua más de conquista. Pero Bénédicte me avisaba: nunca te fíes de una chica con dos tildes en su nombre, aunque vayan en la misma dirección. Y no me fiaba yo. La sabía huidiza, inconstante, volandera. Era una cometa azul que si intentaba llevar por lo bajo, me arrastraba, y a la que si daba hilo suficiente se me confundía con el cielo. No la cogía de la mano, no, la sujetaba con fuerza para que no se me volara.)

Había una pequeña plaza, Russell Square, en la puerta del Imperial Hotel, donde seguíamos quedando Bénédicte, los demás y yo para conversar. Recuerdo que aquella tarde había una chica con manoplas leyendo muy

sería en un banco. Di varias vueltas a la plaza mientras se hacía la hora y ella nunca levantó la cabeza. Parecía que llegaba el otoño. Y llegó.

—¿Quedamos en la esquina de Russell Square y entramos juntos?

—Sí.

Entramos juntos, Bénédicte y yo, pero no revueltos. Pronto se nos acercaron el asturiano sencillote y el donjuán de los mares del sur, el dominguín colombiano, tan refinado, relanzado y refingido como siempre. Tenía ojos de victoria, y con ellos me miraba. Y yo miraba a Bénédicte esperando un gesto que le desacreditase, un amago de complicidad en mi dirección que le hiciera darse cuenta a aquel gavilán de gavilanes de que el beso, el único beso posible, ya tenía su gorrión y su nido. Pero, ay, iba pasando la velada y al que más se le abrían los ojos era a mí. Seguía Bénédicte repartiendo sonrisas a doble o nada, jugando sus múltiples barajas, y yo, que había acudido aquella tarde con la seguridad de mis dos ases, ahora sospechaba que el dominguín tenía tres. Descubrí que también ellos habían estado quedando, que habían bailado hasta tarde por las traseras de la ciudad, y Bénédicte hablaba con soltura de ello delante de mí, quizás queriéndome hacer entender aquello que aún no entendía: que su vida amorosa era un picnic y que lo mismo le daba aparecer con los labios manchados de nata que con las manos pegajosas de moras. Se estaba divirtiendo, simplemente. Y no le había hecho promesas a nadie. Ni quería dietas.

El autobús de vuelta a casa fue largo como un invierno, como un invierno en que cada día volviera a hacerse de noche a las diez de la mañana. Tres o cuatro momentos de desesperación verdadera en aquellos varios años de vida en Londres, no más, y aquel el de fuego más tremendo. No avanzaba el autobús, no me alejaba de mi propio espanto. “Qué sencillo es hacer un fantasma”, decía el poeta-soldado Keith Douglas, qué fácil hacer “un hombre de polvo / de un hombre de barro”. Y el autobús que no avanzaba. Cogí mi libro, aquel *Savitri* del que no me estaba enterando apenas, y me senté en la parte delantera, como si fuera a empujar yo con mi dolor y mi impotencia aquel buque de bajamar, como quien ante un problema filosófico o matemático irresoluble lo primero —y lo único— que puede hacer es remangarse. Cien horas de trayecto y no nevaba, cien columnas de dolor y no nevaba, empeñado el cielo en morderse la lengua para no ofrecerme ni la sílaba de un consuelo, miraba yo a través del cristal empañado. Y no nevaba. Vi más tarde que íbamos tan lentos porque había obras en la calzada, y sonreí amargo pensando si lo que teníamos delante, lo que estaban tratando de arreglar, no sería mi propio corazón derrumbado, el alud sentimental de aquella tarde en que volví a casa con todos los cántaros del alma rotos.

Bénédicte. Unas semanas que fueron una vida, unos besos que fueron un diluvio. Cómo va a importar,

cuando el corazón manda, la burrada del sistema decimal.

Pero no había venido yo a Londres a pasar baudelerianas gripes de amor sino a romperme los dedos contra todas las sílabas de mí mismo, a convertirme en creador de algo, de lo más mínimo, y no a arder tonitruosamente, cual chupinazo humano, en unos quereres de nocturna pirotecnia. Hubiera sido tu faro fiel, Bénédicte, pero no podía ser tu torito de fuego.

Nos vimos sólo una vez más. Imperial Hotel. Un día que se suponía que no debía estar, pero estaba. Y cómo olvidarla: Bénédicte con sus manos de niña y su corazón de garfio, Bénédicte del cristal más fino, del secreto más azul, paseando entre las mesas como entre figurines del Louvre, con su mirar de seda, con su menina pureza, Bénédicte como un diorama, como un boceto veneciano, prenda de prendería, con su nariz de capricho y su sonrisa de picnic.

Siempre se ha dicho que el buen Yahveh creó a Eva a partir de una simple costilla. A día de hoy aún me pregunto qué hueso usó para crear a Bénédicte.

Había habido aviones, idas y vueltas, cabotajes locos entre mi España de siempre y aquel Londres necesario; había habido luchas interiores, asincronías entre el tiempo familiar, tan de casa, tan humano, y el tiempo intemporal, hecho de viruta artística y pan de soledad,

de mi alta buhardilla en Fulham Road; había habido inicios, qué vivo honor, iniciar algo, y había habido siembras que aún tardarían en tirar al aire su flor. Había habido aviones, demasiados aviones.

Al último de todos me llevó Eva, casera maternal y polaca, confundiendo petates y aeropuertos, cruzando rotondas planetarias y autovías en contradirección, no llegamos, Eva, no llegamos, el pulso estrangulado por las manecillas del reloj, la velocidad hecha zozobra, el minuto hecho rejonazo del tiempo, herida en el costado del tiempo, aguja caliente sobre mis nervios descosidos de gusarapo humano.

Pero al final sí llegamos. Dos guitarras, dos maletas, decir adiós. La última cara familiar de aquel sueño espléndido y fatigado que fue Londres iba a ser la de Eva, aquella mujer tan maternal, a la que se le marchaba otro hijo, y tan polaca, para quien la despedida, más que una despedida, era una liquidación.

III

Septiembre fue volver.

Un mes entero para ir volviendo, para tomar decisiones, reunir anhelos y afinar voluntades. Para volver a mirar primero a la izquierda antes de cruzar la calle. También algunas visitas médicas y un plan de recuperación de la salud como de balneario en seco, en casa de mi madre, después de aquella larga temporada de dejación de funciones en todo lo relacionado con lo inmediato, es decir, con el bienestar físico y las normas de alimentación. Había estado comiendo pasta trescientos días al año; los otros sesenta y cinco, sobras del día anterior. Vine también más pálido, blanco como una ausencia, y con el pelo largo, que creo que no lo he contado.

Lo del pelo era, más que una cuestión estética, una necesidad comunicativa. Llega a ser doloroso todo lo que un hombre tiene que remover interiormente, en su fondo caudal, para que eso se manifieste en un cambio visible a nivel de superficie, esto es, en su relación con los demás. Sacudimos el océano, cual Neptuno impetuoso, y a la orilla acaso llega el eco del eco de una ola. Nada. Por eso el pelo era un atajo, un aviso a navegantes sin otra lectura que la simbólica y sin más importancia que la de señalar hacia el centro crispado de mí mismo. Un faro en llamas en mitad de la niebla, una bandera roja para alertar de venideras resacas.

Me instalé en cualquier sofá, dormía bien y trabajaba poco. Hice algunas visitas de cumplido, pocas de gusto y ninguna de provecho. Tampoco esperaba demasiado, se trataba solamente de ir recuperando temperatura social, peatonal, frente a esas tercianas musicales y poéticas que me habían dominado –y modelado– durante los últimos años. Un viaje de vuelta, o eso creía yo, desde el alto círculo de las esferas poético-celestiales hasta la trinchera realísima de la existencia civil.

Tenía dudas, sí, y hambre para vencerlas. Tenía desolaciones de las que aún no sabía nada, barruntos callados por los que se iba deshojando el sentir. Tenía fuerza y timidez: la primera, hija del fanatismo, la segunda, madre de la moderación. Tenía una piel suplicante de labios, de ternuras, y un esqueleto duro aullando a la soledad. Tenía que responder, también, a los atracos e impertinencias, clavar mi espadín literario en el corazón de las almas sin fe:

–Y si esto no sale, muchacho, ¿cuál es el plan B?

El plan B, señora, es volverlo a intentar.

Empezaba a enseñar mis canciones en *petit comité*, con más oficio que acierto, con menos dominio que voluntad, y enseguida me vi cara de hortaliza tierna, de lechuguino verde, de aprendiz de todo en un oficio que era efectivamente vocación de todo, o no era nada.

Aquella vuelta a casa, aquel primer toque en tierra, lo más inmediato que me enseñaba era eso: que mi andanza recién comenzaba. Que regresar no significaba

haber llegado. Que de los sitios importantes se tarda mucho en volver.

Pensé entonces en el pueblo, en la casita del pueblo, aquella tan apartada, la que llevaba lustros sin una visita, sin una esperanza, sin un azul.

Allí estaría bien.

Piedralumbre, diciembre de 2020.

Anexo

Cuadernos de Charlwood Road

Cierro la primera parte de este diario con la inclusión de un puñado de poemas escritos en los primeros meses de estancia en Londres. Fueron muchos más, he elegido unos pocos. Así se salvan malabaramente del olvido y, sobre todo, traen un minuto de presente radical —el de aquel tiempo— a este hoy que recordándolo no ha tenido otro remedio que adornarlo con el azul de la añoranza o corregirlo con el cincel de la resignación.

Por eso, por si en algún momento la memoria me ha fallado o me ha contado un ayer que no fue, doy estos poemitas que no tienen otro valor que el de ser pasado puro.

Raíces de la soledad

Has venido en tu arrogancia a suplicar
que se te llame a un juicio justo.
Y piensas que cualquier severidad es justa.
Te conozco.
Has venido para que se te juzgue en tu aislamiento
y recuerda:
tu soledad será el último rincón en que te adviertan
y el primero en que te alcances tú.
Porque tu soledad no ha oído aún el ruido del mercado
y no sabe hoy que incluso a ella se han atrevido
—infames vendedores de vientre ajado—
a predicarle un precio.
Y como no lo intuye no se ofrece.
Contenla así,
alejada de cualquier adorno que pueda darle
el peso mínimo de un relumbre.
Déjala en su austeridad justa para que ellos la vean
de una pobreza inmensa.
Y cuando ya nadie la piense en su negocio
llénala con la comprensión
de su naturaleza, haz que se sepa
y que se toque a sí misma.
Que se pertenezca y se interprete,
que se reconozca en sus límites y en sus abundancias,
que se alabe y que se odie

pero que jamás se desprecie.
Porque el desprecio
—revés del odio de raíz—
siempre se arrulla entre las sábanas grises
de la pasividad más vil.
Y la quietud es la inercia de quienes no saben
de otra misión más alta que la de llamarse a sí mismos
por su propio nombre.
Y tu encargo es otro, pues atiende,
tu soledad te hará fuerte pero escucha:
también le dará más fuerza a tu debilidad.
Lucha entonces,
mídete tanto por el triunfo de tu solidez
como por la dignidad de tus flaquezas.
Será a ti a quienes todas ellas justifiquen
cuando en cada fondo que alcances
nada más lo haga.
Y pensarás que estás solo porque tu pensamiento
es solitario
pero no consientas ese error:
que tu destierro no ha sido lanzar un dado con tres caras
para que tu suerte sea impar.
No es eso,
y únicamente eres uno
cuando tu juicio presta a tu boca *el verbo soledad*
para entregárselo a otro.
Entonces la soledad es un acto y existe más.
De modo que devenir en hombre recto será tu motivo.
De modo que pensaste que no hay rectitud posible

entre los hombres.

De modo que tu clausura es sólo el medio

de que la rectitud comience en ti.

Te respeto en tu razón, la aliento hoy

para llorarla mañana.

Porque llorarás y se hará eterno,

no aquello de converger en ti y hacerte cierto

sino averiguar la lejanía del punto exacto en que tú

bajo un principio justo

comienzas a ser un hombre recto.

Porque hay una mano que sabe y una mano que toca

y entre las dos cabe un ancho infierno.

Pero nunca al hombre entero, nunca y no,

ha vencido una distancia.

Así que sólo eso te pido:

no hagas concreto el desacierto de brindarte

en medida justa

aquello que sólo es bello

en su acumulación.

Si deseas tuya la tierra tendrás que comprender

más allá de las raíces.

Y crees que ya sabes todo lo dicho. Te conozco.

Niña flaca

Tú que me rozas conmigo, niña flaca,
protesta que hizo la carne un día.

Tú que siempre te digo no eres más
que una tiente de suspiro

—que jadeo entero ya te acaba—
eres sola el borde exacto

que separa un cuerpo
de su sombra.

Y sin embargo tan de verdad tus besos, niña flaca,
que cada vez que lloras me parece que llueve
sobre un carrusel de madera.

Vístete otra vez, que yo te encuentre,
deja que te acierte y que te abrigue
que acalle en ti el hambre entera
de una guerra,

que después de todo yo te dude
y tú en tu trueque
me devuelvas certeza.

Porque al final sí eres
y con mirada lenta de años vi una vez, un día,
en un minuto la lucha de tu carne por ser,
por hacer una forma completa
y terminarse en curva.

Por llegarme al menos a los labios
—que no a los dedos—

y encubrir mi voz que iba diciendo:
¿Cuándo abrazarte
si ya te rompo?
¿Cómo se afinan los huesos, niña flaca,
de un violín callado?
Y entonces no protestas nada.
Ni las palabras te han cabido.

Hombre próximo

Muchacho joven que en tu soledad te llamas
de otro modo,
hombre próximo que aún vienes
con el sudor caliente del primer esfuerzo.
¿Eres tú el poeta nacido un día después
que quien te habla?
Si eres tú y no lo sabes nunca importa.
Si puedes mentirte y ser quien digo, hazlo.
Y sobre tus manos caerán mis promesas
como cien monedas vivas.
(Porque en tu juventud no te incumbe el mundo
sino la promesa del mundo.
Ya sabes, en tu juventud
todo lo tocas.)
Y no me brindes ni una lástima
yo fui poeta un día.
No te consientas piedad
que no es tan triste el amo muerto
como el perro que, sentado,
aún le espera.
Así que dime, ¿aún me escuchas?
No lo hagas, no es tu tiempo de escuchar.
Ve entre los hombres
ofrece de tu mano la escritura inmortal
en la estrechez de un solo día.

Y ten seguro que un sólo día será
–tu hoy–
porque otro poeta, un día más joven que tú,
empezará a escribir mañana.

Capital de invierno

I .

Que fuera cierto al fin
que dos ruinas infaustas hicieran una bella.
Que fueras, violenta y blanca,
mi más valiente capital de invierno.

II.

Y en ese vértigo te diga
ya en calavera descarnada
—escúchame sin máscara,
te habla lo vivo—
que sí hubo noviembres de dudarte.
Sí hubo terreno perdido entre fronteras
banderas bajas
luchas breves para maltratar este amor
y que se rompiera un poco,
alguna esquina.
Hubo quien, bajo el hambre mía,
mordiera tus dientes
pensando en otro vientre blando.
Hubo un silencio custodiando otro silencio
más grave
y más largo.

III.

Tú, mía, que ordenabas, tú, el amor nuestro
con cuidado infinito de dejarlo holgado
y bien medido,
tú con hilo fuerte y bello
para que al otro día yo pudiera saltarle dos botones
y aun así se viera vivo.
Tú que te hubieras abierto las costillas
para dar mayor anchura
a un querer que te aturdía,
como una catedral abrumada ante la grandeza
de una sombra
que resultara ser la suya.
Barroca virgen, fuiste pensada para una eternidad
que nunca viene a durar tanto.
Puesta en el mundo para querer siempre
con un recargo más
que quien te quiera.
Y en ese rizo último, en ese adorno excesivo,
estará siempre el tesoro de tu encuentro
y la fecha de tu dolor.

IV.

Valiente capital de invierno, tú,
que rendiste la obediencia
de un ejemplar zapato viejo,
ve limpiándote de lluvias y solares
poco a poco y dulcemente

y haz que esta vez la sangre cubra más
donde más hiere.

Que yo volveré a volver, lo sé,
alguna tarde a medianoche
a morder la nieve ciega
de tus tejados largos.

Y será revés del cielo desnevado,
capilla nuestra para que el frío en mí
te recuerde al menos.

Para no entender bajo la frente tanto
que la mitad del amor
—aunque barroco y eterno—
es ya olvidarlo.

En minué sagrado y antiguo

De tiempo en tiempo
te he visto llorar
como antes del mundo y del llanto
como después del mundo
y su cruz,
muy detrás de las tormentas
llorabas, en minué sagrado
y antiguo (tan recogida ya
de cualquier milagro de los hombres)
como llora un ciego no
por no ver otro sol
sino para no ver otro sol
—sentirlo, sin tocarlo—.
Te he oído
llorar en el hueco exacto de una mano
y rodear de dudas
tu cuerpo
en ese momento en que no es verdad todavía
ni mentira ya
que seas otra.
Así que llora,
llora blanco y llora largo,
pues sé que al final vendrás
a mí
heráldica y tibia, cansada, para apoyar

tu mitad en mi costado.
Dormirás y nunca dije
que te oí llorar lágrimas
mudas
como el violín de un muerto.

Prohibición, a ti te hablo

Prohibición concebida por artesanas manos
palmo a palmo erguida, talla cierta.

Prohibición que ni una distancia
hacia los cuerpos concede,
a ti te hablo.

Estás mirándoles a un paso
tan alejados ellos del fondo
que en el otro buscan;
estás mirándoles a un gesto, hoy, ayer,
por mañana y otro tiempo.

Di,
¿no les ves también
besándose más lejos, sin tocarse,
allí donde tus cabos ya no amarran?
¿No ves acaso que sus ojos terminan
para el ruido del mundo
donde comienza el alboroto
de los del otro?

Demostraron ausencias más altas que cualquier
presencia humana,
te supieron cada seña y no te obviaron, no,
te cumplieron sin nombrarte:
ni un quejido ni un frío,
se quisieron, lo viste,
entre las estaciones.

Y tan sólo vivir fue vivirse dos vidas
y callar fue la elegancia de un pueblo herido,
pueblo de dos, qué orgullo amanecer, de sí mismos,
vencidos.

Y qué pequeña, por tu mano, su derrota.

Ni distinguirla de otras ruinas
han sabido.

(Ven y escucha)

¿Oíste alguna vez, dime, corazón
tan latido en otro pecho?

¿Supiste tan claro el límite
de la carne con la carne
entre dos que sin saberlo ya han querido
hasta el roce mismo de los huesos?

(No te sirve y sigo.)

Hubo noche y hubo eneros, créeme,
en que olvidándose tanto se encontraron de nuevo
por detrás del olvido.

Hubo espacios que se llenaron
con el rumor de llenarlos

y hubo el amor que no cumplieron

y la clemencia de dos bandos

perdonándose y sabiendo, les había, su enemigo,
perdonado.

Prohibición, que ahora escuchas y has callado,
fuera cierta, hija de ambos, ya te has ido.

Ya te fuiste y tristemente.

Entonces se incendió lo vivo, y ella le miró
y él le dijo:

estos no son los zapatos
con los que te traje al baile.

A los muñones de escritores

Dicen que has olvidado la lengua
de los hombres.

Bestia de pieles viejas,
bardo en el punto medio
del mundo,
dicen que alguna virgen de piel y trapo
trazó tu eclipse y tu condena,
sorbió tus raíces y te ofreció, tibia,
la antorcha que iluminara el día blanco.
Y ahora ya entiendes
que tu ventaja no ha de ser escrita,
que tu mano es del mundo y no tuya.

Tú que has sabido, o intuiste acaso,
cómo despellejar tus nervios como
mimbres secos
y cómo golpear tus venas
dos veces entre cada latido
—latirlo y esperar,
latirlo y esperar—.
Ahora tu mano es
del mundo y no tuya.

La ves retornar a su infancia

de tactos y metales, miniaturas
de lata, soldados buenos.
La miras alto y claro
y durante un segundo
es cierta
hasta que hace un gesto
más importante que ella misma
y la olvidas
(y ya no ha dejado
dactilares de letra y sangre
para medirle el rastro,
como entonces).
La miras aprender un nudo
de corbata
o la velocidad de un adiós,
la miras
enguantada de sexo.
Y ahora tu mano es del mundo.

Hombre bueno, tú, que te has rendido,
te perdones.

La cajita de música

Te regalaron una cruel cajita de música
para que nunca ya bailaras sola.
Hoy la empeñes y mejor zapatees
al tintineo seco
de las monedas que por ella te ofrezcan.
Sea un vals de plata para tus pies sucios,
pies enteros de barro y aguacero
siempre hambrientos
de bailar en más tormentas
como retando a un Dios que subastase cada día
con la mano abierta
la lluvia de seis épocas distintas.
Y te golpea entre la sangre cada gota
como abriéndose de lluvia cada vena.
Porque tú no celebras nada, tú bailas sólo el dolor.
Y después te sientas y lo fumas
descuidada y tibia entre los charcos
y le das al pesar del mundo
—hebra a hebra—
el tamaño justo de una cajita
de primer tabaco.
Porque eres ya esa niña, otra vez,
la que temple la vida
y la adormece
llenándose las retinas, otra vez,

con infancias de las que la piel le aleja.
Y quieres conciliar
entre memoria y desmemoria
el recuerdo, hoy y exacto,
de lo que olvidaste entonces decirte,
segura en que existe un apunte
en algún sitio, un papel
donde escribieras
antes o después de estos veros
que sin duda vendrían más inviernos
a nevarte lentamente en la mano,
que se hundiría con suavidad en tu vientre
la lluvia eterna y quieta
de cuando nunca llueve;
que la derrota jamás fue un golpe en la nuca
sino una humedad
entre costilla y costilla
que de noche a día se escarcha
—niña de lluvia—
con esa inmensa dilación del frío
que al cabo todo lo vence.
Pero no lo escribiste y no lo sabes.
Así que baila
baila toda y llora luego
haz con la tristeza de tu cuerpo
un bello callejón de lluvia.
Y vengan tus dedos de tabaco
toquen mi frente y digan
ante el último misterio:

en esta tarde
no te he olvidado tanto.

El arruinado

Cuando seas realmente un buen impostor
todos sabrán que estás mintiendo.

Y a nadie le importará.

La vejez te dé distancia para entenderlo
y bondad para olvidar que lo supiste
porque entonces no habrá ya
nombre para las cosas ni ley sobre ti mismo
que te llame a un juicio justo.
Colgará de tu pecho un letrero
grabado en madera hueca
que diga:
Perdona las manos del arruinado.

Ya no son tuyas.

Pan bueno y duro esparto

Hay una mañana en el mundo con olor
a pan bueno y duro esparto.

Tú lo viste una mañana, muchacha,
despertaste y a tu cuerpo
le sobraba un pulso.
Lo sentías en la vena de la sien
qué alto y qué crujido, si se oyera;
tan tuyo en su silencio
que pensaste que en su nombre
—si acaso tuviera uno—
parecería no serlo.
Así que lo callabas
(principio de la posesión)
para que fuera al cabo prueba de ti
el latido de un caos que en tu sangre eras tú
muchacha de pan que sacabas ya la cuenta en migas
de tu primera edad.
Y fuiste ensayo entonces
en pieza castellana
de la más fina orfebrería egipcia;
una de esas piezas sin peso propio todavía
cuyo máximo valor es la importancia
de no romperlas.
Así vino a ti un verano

mujer hoy baldía
en que sin sexo ni promesas
tan sólo entre descotes francos
hiciste de tu cuerpo y sus motivos
un lento juego de botonería.
Así vino a ti y hoy lo sepas
porque en este punto ya intuyes
que la distancia hacia la vida se mide siempre
con varillas viejas
—ah la biografía y su afirmación,
todavía separadas por unas horas—.
¿Serás capaz hoy
en esta carne que tiembla
de bailar sin queja
en el ruido del hambre?
Viuda de ti misma
no enlutes al menos tus labios ni tu frente
poesía que fue hueso
boca antigua que tu protesta
no me diga,
pues no va a quitarte la ruina
lo que ni tan siquiera ella desea.
Pero aprende que volverán tus pies siempre
a una lejanía más corta
que la que al partir tuvieron.
Porque quisiste volver
ya rendida
hacia aquel verano de pan bueno y largas treguas
otoño hoy de tronco ardido y perros flacos.

Y contra la saliva misma de tu evangelio vienes
avisándote tu lengua
de estar rompiendo más leyes
de las que siquiera ella conoce.
Y es lengua vieja la que habla
pero no hay mocedad que se redima sola
ni vejez que no lo niegue.
Así que sólo en tu credo último sabrás
que nunca contra un *hoy* se vuelve
de tan lejos.
En tu credo final advertirás
que no lo vi pero yo sé
tras el incendio,
que quisiste volver para llenar tu maleta
—entre las ruinas—
de vestidos viejos.

A quien recoja el cadáver

A quien recoja el cadáver
-tu cadáver-
dile que ya tuviste veinte años.
Di que ya supiste del dolor de la retina
y que ya arrastraste el carro
repleto de cuentas de rosario
que fue tu fe.
Que tuviste paciencia y miedo
que viste borbotones de lluvia
sobre tu abrigo ardiendo.
Que ya tuviste veinte años.
Di que desde tu noble bastardía
amaste hasta el borde mismo de la sangre,
que supiste de presagios
y callaste
que asumiste con dignidad y derrota
la distancia entre la carne
y el pecado,
que los huesos a ti
sí te engañaron o no lo sabes o no importa.
Di que bailaste cada vez más lento
el vals dorado de la desmemoria
y que donde no llega el fracaso
lanzaste tú sus dados.
Dile y te dirá que hoy los muertos han asumido

el nombre que los vivos no quisieron
y que en esta tierra de raíces
y ritos
a ese nombre te debes.
Responde entonces, fijo y cierto:
yo estuve allí, y no te creo.

Índice

Diario del regreso. Primera parte.

<i>I</i>		9
<i>II</i>		89
<i>III</i>		263
<i>ANEXO</i>		269

